

**MUÑECAS 970**

*(Música acuática)*

MARIANO FISZMAN

*Para Ana y Lucas*

**Dpto. 3**

“¿Y qué eres tú, lector, sino un Pez Suelto, y también un Pez Amarrado?”

*Melville*

Desde que murió la madre, Vidal era solo. Así decían con Doña Carla: nosotros, los que somos solos. Dos veces por día, Doña Carla iba a ponerle inyecciones. Le llevaba la *Crónica*, le daba píldoras pisadas con las primeras papillas, lo cambiaba, hablaban del tiempo. De mañana era como un despertador; cuando ella entraba en la casa, él abría los ojos. Pero esa mañana Vidal había soñado que tenían que volver a operarlo, y lo despertó un goteo y Doña Carla no estaba.

Fue cayendo del sueño en cámara lenta, caía sin fin a través del tul del calmante. Capas de tules que ondulaban y se hundían embolsándolo. El aire era un paracaídas de gasa. Hasta cuándo iba a caer, adónde. Abrió los ojos. La luz de un relámpago lo iluminó. Vidal reconoció su pieza, el cubo oscuro olor a gasa y desinfectante, el ruido de la lluvia sobre las chapas. El vidrio de la ventana vibraba. Hundió otra vez la cabeza en el agua del sueño y un trueno lo volvió a sacudir. Vio el cielo eléctrico. La noche anterior, Doña Carla se había olvidado la persiana abierta, la iba a reprochar cuando llegara. ¿O se lo había dicho él: no me cierre? ¿Se lo dijo o le parecía ahora, un poco arrepentido, por el miedo a que la lluvia no la dejara llegar? Se acordaba de haberse dormido tarde, como siempre, con las muelas apretadas y haciendo muecas. Los párpados entreabiertos dejaban una ranura, ahí bailaba la pupila el clip del sueño. Después los truenos, la lluvia, las primeras hebras de agua rápidas por las canaletas... no había sentido nada. Estaba como velado. Enfrente los relámpagos. En la mesita de luz,

la radio ronca poca pila. Quiso girar para ver el reloj pero la piel de la espalda escarada, el brazo dormido, los puntos, la trampa de su cuerpo de pez náufrago en la orilla.

Se había ido a internar el catorce. El dieciséis lo operaron, el veintidós volvió a su casa. Contó los días, las visitas de Doña Carla, la escala empezaba y terminaba en el mismo pulgar, la música de las cuentas lo tranquilizaba. Iba a ser la décima vez que la escuchaba luchar con la puerta de calle, puerta achatarrada, papa para los vientos, y acercarse por el pasillo largo cargando con el peso de su cadera y la bolsa hecha de sachets con la *Crónica* y medio zapallo, una botella de agua, algodón. Cuando dejaba de ojotear, venía la llave. Adentro, descalza, las plantas duras tajeadas sobre el frío de la baldosa, Vidal la oía poner a hervir a baño maría aguja y jeringa: el canto bajo metálico, el cuchareo, el cajón, la canilla, captaba cada paso de la operación con su oído de tísico o perro echado esperando verla aparecer con el estuche de acero inoxidable, la sonrisa y las cejas rojas proa al cielo raso mientras preparaba el pico, ya le había dicho buenas o buenas buenas desde la escalera con su voz chillona y dulce, un saludo para la mañana y otro para la tarde, nueve visitas en total desde el día que volvió del Policlínico en una ambulancia con la radio demasiado fuerte y el enfermero y el chofer a los gritos y para colmo fumando. Le había dado un vahído en el viaje que sintió que no podía respirar, veía todo borroso. ¡Socorro! La radio en la cabina le tapaba la voz. Después lo entraron a su casa a empujones dejándole hematomas en una mano y arañazos del bulón de la camilla en una puerta del bahut finamente enchapado en caoba, y se fueron sin parar de gritarse ni de fumar. No esperaron propina, no cerraron la puerta, no levantaron las macetas volcadas en el pasillo, como si nada de él existiese.

Solo, se acordó del sueño que había tenido durante la anestesia: alguien golpeaba la puerta y él no podía ir a atender. Estaba recién operado. Quién era. ¿Era un inspector? ¿Él o el de la puerta? No puedo ir a atender, gritaba. Tampoco quería decirle

al otro que se encontraba convaleciente. El otro era un hombre. ¿Está bien?, le preguntaba. Diez puntos. El hombre golpeaba. Déle, déle, decía Vidal, puro roble. Oía los golpes cada vez más fuertes con una sonrisa canchera hasta que se le ocurría, en un desdoblamiento de sí mismo en el fuelle del sueño, que se los estaban dando los médicos para revivirlo. Quería gritar pero no le salía la voz. De pronto el hombre estaba adelante suyo. Era un inspector joven, uno que había visto por el barrio antes de internarse. Lo había reconocido inmediatamente por el saco raído y con aureolas y la carpeta negra pegada al pecho, por las arrugas de la nariz asomando por la cortina de tiras plásticas del almacén. Vine en representación del cuerpo municipal, explicaba. Era el intendente. Hablaba del cuerpo con un discurso vago, a veces elogioso y a veces amenazador. A ti, Lázaro, me dirijo, fue la única frase que le quedó del sueño, lo demás se deshizo en murmullos. Al abrir los ojos, Vidal vio las mamparas plásticas blancas que rodeaban su cama y la sombra borrosa de una enfermera pasando por atrás, el bulto de sus pies en la otra punta, las manijas, una mesita sin revistas ni flores, encima de la silla su bolso con un par de pijamas y la radio portátil.

Desde que había vuelto a su casa, dormir era una tortura. No por las molestias. Estaba débil pero no cansado, tampoco fresco ni mucho menos, más bien exhausto de no moverse, esperar a Doña Carla y más nada. El tiempo era para él un territorio despoblado y liso. Dormir, medicarse, pasar la vista por los rincones, por la sexta que mancha, tráfico de recuerdos. Aparte incómodo con esa primavera, el techo frío de mañana y muy caliente a la tarde, el rollo de cobijas, la pelusa de los plátanos venidos demasiado grandes le picaba en la garganta, no estaba seguro de que no entrara pelusa por una raja o un ventiluz, los últimos gobiernos municipales no podaban nunca, lo habían jubilado y al mismo tiempo dejaron de ocuparse de todas sus necesidades, lo

habían abandonado a su suerte, lo único que le quedaba era una cama en el Policlínico y había tenido que estar de últimas para que se la dieran.

De tanto mirar por la ventana oscura forzando los ojos empezó a distinguir las siluetas de los plátanos de Thames; con cada ráfaga agitaban sus ramas largas como cuellos de jirafas. Las vio asomarse a la ventana abierta, buscándolo. Motas, hojas mojadas aleteantes, ganas de estornudar: apoyó una mano sobre el vendaje con los puntos. Se había levantado viento, y aunque la lluvia era más fuerte que antes, gotas más grandes y más decididas, el viento igual la tenía de los pelos y le daba contra los vidrios, zum, contra la pared, zum, contra las ramas, y a él le daban más ganas de estornudar viendo el remolino que se levantaba en la pieza cuando afuera se encendía un segundo, cegadora, la guerra de rayos sin cese.

De chico, las noches de tormenta se acostaba inquieto y la madre se quedaba horas en el borde del colchón. Sus yemas ásperas por el agua de lejía y las agujas rozaban su frente, su nariz, su cuello, sus orejas, sus labios, manos lentas como los caracoles que de noche salen de las macetas y suben por las paredes del pasillo dejando un rastro de plata, ni pastillas ni leche tibia ni tisanas, lo que calmaba era su voz. Vidal dormido, ella se sentaba a la máquina o salía a la terraza. ¿O todavía no era a máquina, manual, que cosía su mortaja a crédito? Había sido chico tanto tiempo. Varias veces durante la noche ella volvía a subir, siempre intemperie, siempre haciéndole frente a los relámpagos, el saquito sobre los hombros, el rodete, las canas prematuras, la joroba, iba a dormir a través del sueño de su hijo hasta asegurar el nacimiento de la luz en la terraza.

Doña Carla de la madre algo tenía. Como a la madre, a ella tampoco se animaba a preguntarle algunas cosas. Sobre los hijos que no la iban a ver, de los que hablaba poco, y cómo habían llegado. Sobre otros hombres, atrevido a incluirse él como



hombre entre otros. Si se habían visto en total diez veces, nueve más una antes de la operación, de esa tarde su familiaridad al entrar por primera vez a la cocina, cuando enjuagó dos tazas, puso la pava y bajó la lata de Canale como si la hubiera dejado ella en ese estante de la alacena mientras Vidal espiaba todo desde el respaldo de su silla dolorida.

El día que se iba a internar, pasó por lo de Doña Carla. Ella vivía en una cuadra más baja, más peligrosa. Fue con las llaves esperando que le dijera que le vaya bien, pero no la encontró. La primera mujer a la que le daba las llaves de su casa, iba a ser a través de otro, un vecino que apestaba a Uvita. Vidal lo conocía, era hijo de un antiguo bicicletero del barrio, años que comía y en especial tomaba del juicio al dueño del camión que atropelló a la bicicleta del padre por Juan B. Justo, había que darle oído por limosna. Roto el aire ritual de la entrega decidió caminar hasta la parada del 106, no taxi, se sentía chato. Lo afligía la argollita con las dos llaves sin llavero ni adornos, el juego que había sido de su madre en el bolsillo sucio del pijama del otro.

Ya era hora de oír esas llaves agujereando su puerta. A veces le parecía sentirlas. Las manos de Doña Carla no temblaban para abrir ni para inyectarlo, firmes, no como las suyas; ella usaba guantes ajustados de piel dura, con manchas, nervuda, y uñas romas.

Sin poder girar la cabeza, estiró el cuello buscando la hora. Más le costaba y se esforzaba por acercarse al reloj, menos fuerte lo oía. Afuera empezaba a haber un poco más de luz, la salpicadura de una gota de gris en el tacho de la noche, ahora los plátanos apenas más oscuros que el cielo. Encima de las copas se estaba armando algo. Moretones de nubes sucias, mal anuncio. Se va a descomponer el tiempo, le había dicho Doña Carla a la noche, antes de irse, con la seguridad que le daba ese crujido en esa articulación y un resto de instinto de su infancia en el campo, atender al viento, al

olor del aire, al humor de los animales y de los insectos, ¿y no le había preguntado después, con dulce humildad: le cierro? ¿Y él, qué había dicho? Ahora el detalle de la persiana resultaba muy importante, lo principal de que viniera, más que verla, más que recibir la medicación. De últimas los agarraría el agua con ella adentro, pero necesitaba saber por qué no había cerrado, y también qué hora era. Se le estaba acalambrando la nuca. ¡Hasta para enterarse de la hora la necesitaba! Lo único que podía solo era sostener la *Crónica* y esperar el pinchazo mirando ese rincón de la pieza que olía a muebles apolillados, a tinta, a alcohol, a meo.

La única mano que le respondía palmeó el colchón con fastidio.

De pronto los truenos empezaron a traer una vibración nueva. Se descargaban con saña sobre el nervio de la casa. Los rayos eran espadas de mago que la atravesaban. Vidal apretó fuerte los párpados y se encogió. Su impaciencia disuelta como el berrinche de un chico viendo venir caballos desbocados, y otro trueno, y una descarga de gotas gruesas contra las chapas, menos grave que el granizo pero compacta. Lo va a romper, dijo en voz alta sin oírse. Encajó la cabeza abajo de la almohada, un vértice filoso de fibrocemento podía atravesar su cabeza y el colchón y clavarse de punta en el piso de tablas. La ventana temblaba y se sacudía por los golpes del agua. Tuvo miedo de que se abriera sola, de no volver a verla, ¡trizas!, a través de la funda goma espuma párpados vio la luz de un rayo rápido, una garra que iluminó todo y se escapó apurada, como si atrás viniera algo todavía peor. El viento inflamó la pieza y la presión estuvo a punto de hacerla explotar. Se hizo el vacío. Por un segundo la quietud en el interior y la falta de peso del aire silenciaron la tormenta. Sólo se oía el silencio, y crujir las vigas. Se ancharon antiguas grietas de la pared y escupieron un polvo de revoques. Vidal sintió que se despegaba de la cama. Se estaba elevando. Asomó la nariz de abajo de la almohada y quiso abrir los párpados, entonces le cayó encima el Trueno.

La casa corcoveó, sacudida en su cresta de estruendo.

El Trueno tapó todos los relojes, latidos, gritos, súplica, demasiado estupor para llanto. Desmayo.

Del día que lo jubilaron se acordaba por la fecha, primero de abril, el año no le decía nada pero la fecha la había paladeado muchas veces queriendo definir su amargor, retener algo del gusto del tiempo, y siempre escapándosele.

Primero de Abril: más palabra que número, casi el nombre propio de alguna personalidad, día para la coronación de un rey o el nacimiento de un líder. El suyo, en cambio, era un nombre antiguo sin uso, que no le iba, como el par de zapatos negros en su caja arriba del ropero. Desde chico habían dejado de usarlo, y con los años lo había ido reemplazando su segundo nombre, Vidal. El apellido que figuraba en la libreta de enrolamiento, en el expediente médico, y borroso en una cápsula de bronce junto al timbre 3 de la puerta de calle, era el de la madre.

Del almanaque de felpa azul y letras doradas colgado en la pared de la cocina sobresalía el volumen del año en hojas. La madre se había muerto dejándole esa casa y algunas costumbres mantenidas como si hubiera querido evitarle a la casa el dolor de enterarse que ella ya no estaba. Regar con el balde de hojalata las macetas a eso de las nueve en verano. Los patines de fieltro sin uso en la puerta de entrada, par de cachorros del felpudo. Dos timbres y dos silencios antes de atender el teléfono, los arlequines torcidos en su marco de hojalata en la pared que daba al baño, un pan de siempre seco en la heladera casi vacía, un paquete de velas Ranchera sin abrir en el cajón de los cubiertos y ese almanaque. Otros hábitos de ella lo abandonaron, hubo olvido, y Vidal,

que nunca había imaginado que le pudieran faltar, se asombró de no poder no perderlos.

Cada mañana, apenas entraba a la cocina, antes de abrir la llave del gas y poner la pava, y antes de traer la radio desde el botiquín, con el cuello de la camisa todavía abierto y en la derecha el peine que chorrea, iba directo al almanaque.

El taco del almanaque roído hoja por hoja, el toco del tiempo.

Ese primero de abril había entrado a la cocina oliendo a loción y sintiéndose limpio como el cielo de otoño sin nubes, la miel del sol endulzaba las cenefas. Ayer treinta y uno, papel gastado a la basura. Hoy la plenitud del uno erguido, negro sobre blanco, San Celso y Hugo, mártir.

Afuera el brillo de la calle, el colectivo, roce de olores, el trocén. De golpe, la mañana dejó de ser la misma. Los municipales habían cortado el tránsito por Avenida de Mayo y golpeaban las puertas, las paredes alrededor encastradas. Andaban todos a los gritos entre bocinazos, conatos y rondas acaloradas, inspectores que él conocía, secretarías, subjefes de subsección y simples maestranzas.

Una ascensorista Roldán, la Roldana, familia de municipales de toda la vida, pasó caminando rápido hacia la esquina de Chacabuco. Lejos del ascensor, no la reconoció. Iba sin el delantal azul y con una energía insólita. Vidal, que siempre la había visto como momia en su féretro de alambre a rombos negros, pálida a la luz de la bombita amarillenta, sostenida ella por la manija y sin aire para decir los pisos, tuvo que cortar el paso. ¿Qué pasaba? Reestructuración. Suspensión. Despidos. Traslados. Personería. Licencias. Retiro. Viéndolo pálido, tambalearse, la Roldana le dijo que no se hiciera problemas, que a él lo habían jubilado con el equis por ciento. ¿Cómo sabía? Se sabe. Pero me falta un año y medio, dijo Vidal. ¿Y la ceremonia? ¿Y la palmada del intendente, la medalla, la sensualidad heroica del día que esperaba desde treinta y cinco

años atrás? La Roldana, lechuzón de jaula vuelto leona, le dijo es una lucha que vamos a pelear juntos todos, apretándole demasiado fuerte el brazo, y que fuera a ver a los delegados.

Los delegados eran dos, Zanjón y Chalet. Acercándose a ellos, la masa humana se espesaba. Vidal pasó a través de los llorosos, desorientados, con baba de hijos o hipotecas en la boca. Después se atascó. Los veía de lejos a los delegados. Las papeletas les llenaban las manos y los bolsillos y giraban alrededor de sus cabezas. El fervor de los comunes por acercarse, tocarlos, que retuvieran su nombre, su número de expediente, descargarse, recién entonces podían irse pero llegaban otros que empujaban con más fuerza y ocupaban más espacio, y Vidal, que también empujaba, cada vez estaba más lejos. Después de tantos años, de todo lo que había hecho por la Municipalidad, qué le podían decir. Ni siquiera ningún intendente podía decirle nada. A empujones le fue entrando en el cuerpo un desprecio por todos los que lo rodeaban. Los delegados levantaron los brazos con las palmas hacia adelante pidiendo silencio, iban a hablar. La gente gritó silencio, silencio, y gritó compañeros. San Celso y Hugo, mártir, dijo Vidal para nadie, y nadie lo chistó. Media vuelta y se fue. Ya estaba suelto.

No le hizo falta abrir los ojos para ver que estaba acostado sobre el lado derecho. Pensó que Doña Carla lo estaba inyectando y lo inundó una ola cálida de bienvenida, un principio de frase fácil muy oída y nunca dicha.

Lo rodeaba un silencio hondo, a mucha distancia de cualquier sonido posible. Estaba aislado. Estaba en una cámara, en un pozo. Olor únicamente a agua. Los párpados apretados, que lo retenían en algún lugar seguro y firme, los fue abriendo con mucha cautela. Así soltaba palomas curadas de las alas, pichones de zorzal caídos del nido, aves de rescate en los bajíos más allá de la curtiembre.

Entró a la luz con ojos de virgen.

El reloj lo miraba a él desde el piso con la expresión desnucada de un muerto de *Crónica*, esas pupilas que ya no reaccionan al flash. Alrededor del reloj, ahogándose en un charco, la luz gris deja ver una punta de manta, gasa, cajas de medicamentos, el vaso con la cucharita puesta, tiras de comprimidos disolviéndose, el termómetro roto, su estuche abierto y municiones de mercurio, una servilleta, una pantufla, el diario de ayer, todo embebido, hinchado, cambiando de color y de forma bajo el agua. La radio vibra. Viéndolo bien, el vaso se mueve. Gira muy lentamente apuntando a la cama o a la pared y Vidal también siente que da vueltas, mareado, debe tener la presión por el piso. Hasta hace poco, todo eso armaba un barrio infantil sobre el mármol de la mesita de luz, con sus casas, sus calles, edificios, estaciones y torres, la maqueta de su convalecencia. ¿Qué brazo la barrió? ¿Cuándo? Las seis y diez no dan a ninguna

salida. La pila rodó hasta el medio del charco y se empieza a oxidar, se descompone, Aguas Contaminadas en Villa Crespo, Aguas Tóxicas. Tos. Totalmente destapado, y las cosas en el piso, y el chiflete, todo lo que ve lo asombra como si acabara de entrar a la pieza y se sorprendiera en falta. ¿Qué estuvo haciendo todo este rato? Sondea el tiempo. No sabe qué pensar.

De golpe destapado, sin inyección, solo.

¡Qué Cabeza! Descubren Antiguo Espejo en Cajón Mesita de Luz. Si lo trajo Doña Carla antes de ayer; Vidal quiso ver cómo lo afeitaba y ella aceptó haciendo como que protestaba, ese juego de que él podía rebelarse.

Cuando consigue abrir el cajón y levantar el espejo, rearma su imagen despeinada. Vuelve a las órbitas. Después ve en segundo plano el vidrio de la ventana roto: habrá granizado.

Fijándose bien, atrás de la ventana falta algo. Faltan las ramas de los plátanos y la pared del galpón del aserradero de a la vuelta. Es una pared sin revocar, de ladrillos rojos desaparejos, que estuvo ahí desde siempre, desde antes que la madre mandara a construir esa pieza achicando la terraza. Entre los ladrillos se fue perdiendo la mezcla, y parecían sueltos o apilados, y brotaban yuyos, helechos, altas ramas de palán palán, esa insistencia vegetal de aparecer hasta entre las piedras. Algunos ladrillos cuadrados y otros rectangulares, de diferentes largos, cabos de vigas doble Te, manchones de material, Vidal leyó esa pared durante muchas noches de insomnio a la luz de la luna y muchas mañanas de fiaca, rezó esa oración tantas veces que después de no verla en el espejo todavía sigue buscando más allá, en las nubes y en el color del cielo, datos de la tormenta. La pared está en él.

Se le acalambra el brazo. Cuando vuelve a levantarlo, además de la pared del aserradero, en el espejo también falta el cielo. Lo que sí ve es un edificio muy alto que



no cabe en la ventana, sin balcones, pared gris y barrotes en las ventanas. El edificio se desplaza hacia la derecha y deja entrar copas de fresnos escalofriadas. Después el edificio desaparece.

Ya no lo puede sostener. El espejo cae sobre la hoja del diario y él, decapitado al borde de la cama, ve su foto en primera plana llorando sin lágrimas, deshidratado o perdida la costumbre, y como si la respuesta estuviera en sus ojos en el espejo reconoce el edificio: pero si son los monoblocks de la otra cuadra, los fresnos de calle Camargo, y no queriendo enterarse de lo que sigue los cierra.

Volvió a ver los monoblocks varias veces. La casa daba giros amplios y lentos, flotaba sin violencia. Iba de una vereda a la otra meciéndose y los monoblocks se achicaban, se inclinaban, salían del cuadro, entraban la terraza con su torre de hierro y las antenas torcidas, el cielo gris, los departamentos apagados indiferentes. Nadie parecía despierto. Ni el brillo débil de una bombita, ni el corazón de un televisor bombeando azul en la oscuridad, ni un solo cuerpo pasando de una ventana a la de al lado en su bata de sombra.

Un olor fuerte ganaba el aire. Se habría terminado de aflojar la conexión de gas de la cocina, una burbuja entre las contratueras que mezclada con el olor a madera, a humedad, a loción, a polvo, a años, dulce y denso, ya era parte del olor de la casa. Doña Carla había querido llamar a un plomero, pero él dijo que la traicionaba el olfato, no quería que le tocaran nada. Además, no le gustaba que entraran extraños, y menos los de los oficios, eran una catástrofe.

Penumbra... silencio... monoblocks... aislándose... olor... satura el ambiente... vaharada punzante... descompuesto... Llegando a la avenida, columnas y hongos de humo tapiaron la ventana. El cielo se oscureció todavía más. Al oeste, paredes de edificios de cuatro o cinco pisos con todas las persianas chamuscadas y de fondo el cielo chivo. En la esquina, la estación de servicio ardía incólume. Los vidrios de las oficinas multiplicaban las llamas, y el cartel y los árboles de la vereda bailaban, blandos, deformados por el calor. Toda la imagen parecía a punto de fundirse.

En la avenida la casa se enderezó, dobló como el tránsito hacia el este y Vidal pudo ver la estación de servicio. En el agua flotaban islotes de fuego, y un bote de goma con cuatro bomberos de neoprene les disparaban arpones de espuma. El fuego respondía embistiendo el bote, o se replegaba y daba un coletazo que obligaba a los bomberos a saltar. El agua les llegaba al pecho. Escupían, trepaban al bote y volvían a enfrentarlo. Era su lucha, se preparaban todo el año para eso, debía gustarles. En el cuartel, alrededor del mate, enrollando las mangueras o probando la presión o si funcionaban las sirenas, se marchitaban. A Vidal también lo alegraban esos desastres, la euforia del testigo ocasional. Al otro día buscaba ansioso la noticia en el diario, y hablaba horas en la oficina y en la mesa de “El Dandi”.

Se acercaba un helicóptero, agujereando el humo y las nubes con un reflector. La pieza vibró. La fuerza del viento arremolinado, como si estuviesen por aterrizar en el techo, sacudió las paredes de papel. Bajarían con apuro pero tranquilos transmitiéndole calma. Traerían suero, su inyección, oxígeno, maletines repletos de calmantes. Conocen los síntomas, saben que los puntos empiezan a tirar aunque no se mueva y que la presión lo aplana, momentos de ahogo y otros demasiado calor desde la base del cuello hasta las sienes.

En la medianera de la estación de servicio, dos bomberos de traje rojo colgaban de una soga. Los últimos vidrios, ahumados, ya no reflejaban nada. El helicóptero subió y se fue alejando del fuego. La casa también.

En la otra cuadra empezaron a desfilar frente a su ventana los balcones del edificio del Consejo, cada uno con su escudo tallado en la piedra. Conocía esos escudos de memoria. Había visto cómo colocaban los bloques durante la construcción y aprendido el significado de cada símbolo en la escuela, la historia de los fundadores y de dónde provenían, había hecho bocetos de escudos, calcos y copias en la época en

que sus reproducciones adornaban aulas y vidrieras, la pared de atrás del mostrador en almacenes y bares, se repartían en almanaques que después colgaban de un clavo en las cocinas, esos veintiséis ojos ovales y vigilantes de piedra tallada que eran el símbolo del edificio más importante del barrio.

La misma cantidad de balcones sobresalían de la pared, todos en semicírculo, con su baranda y pilastras panzonas de mármoles traídos también de Allá, y sobre el plano de la pared otro semicírculo o mejor ojiva, tres paños de puertas de roble, dos angostos y uno más ancho en el centro, en total cuarenta y ocho rectángulos de vidrios biselados por ventanal, y encima de la puerta el mástil erecto hacia la avenida y hacia el cielo, hacia el mañana, como decían en los actos cívicos. Las formas y los materiales, las figuras en los escudos y tallas y molduras labradas por los artesanos, y las figuras ofrecidas por la naturaleza en madera y piedra, se unían para volver a contar la historia del viaje de los pioneros y su sacrificio.

Ahora las banderas empapadas se enrollaban en los mástiles. Las paredes chorreaban; brillaba la piedra negra de hollín. En perspectiva, más allá de la línea de balcones, se veía la avenida ancha y desierta sumergida en el agua, algunos techos de autos flotantes y la pata de garza de los semáforos con su luz amarilla intermitente. Vidal se acordó del bobito de Murillo, el bobito en camiseta, siempre guiñando los ojos, saludando a los bondis y babeando al padre Leopoldo para que le dejase tocar las campanas. A cada persona que pasaba, el bobito se le iba atrás; después volvía rápido a su esquina por si se le escapaba algún coche. A los pibes les daba risa y terror, y misterio por sus años y por el mito de su fuerza, de su hambre sexual, más las viandas de algunas viudas por ahí caritativas pero que estimulaban las sospechas. Una noche de invierno que en la calle no había un alma, el bobito salió de un umbral oscuro y le dijo llevame con vos, o alguna otra frase con esa cantidad de sílabas que burbujeó en su

baba. Después lo empezó a seguir con pasos rápidos, y Vidal a correr. Se daba vuelta y lo veía siempre atrás, los guiños le espasmaban la cara, estiraba un brazo temblón y llegaba casi a tocarle la espalda, para Vidal la frase el corazón en la boca sería siempre esa noche.

Pronto vendrían más edificios, el cruce de Corrientes, el cartel luminoso de “El Dandi” apagado, prados de membrana asfáltica, la esquina de Vera, el quiosco de diarios de chapa azul “Los celtas” y encima del techo del quiosco una silla, torsos de muñecas de plástico, una pelota pinchada, un cajón, cables y cámaras de bicicleta, anguilas del color del barro que esperan el momento oportuno para deslizarse hasta el agua, irse ellas también.

Sentado a la mesa, esperando que apareciera la madre, se fue durmiendo sobre un puño.

Lo despertó el ya está sonriente de ella contra el marco de la puerta del baño, perlas en su sonrisa y sobre el cuello del vestido azul de las ocasiones, esa noche ningún brillo era falso.

¿Qué justificaba tanto preparativo, obligarlo a pararse, plancharle con las palmas los pliegues del traje? O estaba todavía medio dormido o la euforia rara de la madre, forzando el festejo, ¿era la misma madre que hacía veinte años que musitaba entre agujas o se repetía medidas de paño sin que la voz sobresaliera nunca del rincón de máquina y foco blanco, bajo la campana o cono Rembrandt de luz donde subsistía a resguardo, como una especie de flor no frágil pero muy especial?

La felicidad de él sería la suya, juramento de siempre.

Pesaban en la memoria padeceres anteriores a su campana de costura ya sin repisa, con los dos tacos de madera en la pared a la altura de sus ojos sin tapar por falta de medios, dejadez o por ahí para no dejar de verlos nunca salvo esa noche.

Estaban salvados: festejaban. La madre le fue metiendo esa noción en la cabeza entre brindis, vino en cuna de mimbre en la mesa que daba a la calle de “Mangiano bene”. Saludaba a los conocidos, que él sospechó que salían por turnos de “La pura” para verlos en el marco de la vidriera fileteada con hojas de muérdago bajo la guirnalda de lámparas verdes, rojas y blancas, con el tenedor hacia arriba y los aros esa noche de

oro y rubí bailando alrededor de su cuello, los aros que marcaban el lóbulo y años más tarde, frente a un espejo confuso, lo harían parecerse tanto. A los más caraduras, a los que se animaron a entrar, ella mandó que les trajeran una copa, ahí Vidal rompió su promesa de no avergonzarse, no le gustaron unas miradas y apuró la cuenta ensayando gestos de inspector aunque a partir del lunes siguiente y por años sólo ordenanza en Subdirección de Inspecciones. Ella en cambio actuaba sin excusas la escena del festejo escrita para otros, tan denostada por vulgar. Como esas parejas que quieren complacerse, disimulaban las diferencias. La madre juvenil y él serio, en cuida, relojeando. Todavía no nos vayamos, pidió ella, y puso una mano menuda y caliente alrededor de la suya.

Por fin quedaron solos repasando lo que dejaban atrás, la lista de humillaciones o errores que no necesitarían volver a sufrir, los pequeños oficios, el aprendizaje manual, el comercio, la pizarra en el portón del aserradero de a la vuelta que era como si no la vieran, de fondo el miedo de ella por las juntas, los caídos por la pendiente verde del billar, la mala vida. El miedo al desamparo de él sin su vigilia o penitencia en la Singer, el tejido muy sutil de relaciones durante años de miedo y esmero con determinadas clientas, dosis de elogio al hijo y desdicha, exagerar o disimular la joroba según.

Cómo no pedir postre y copas de espumante chasqueando los dedos de pachá, órdenes y contraórdenes y que le duelan los juanetes al calabrés en chaquetilla, ligero mareo al levantarse para ir al baño, arabescos en la letrina de loza bombardeada, la cuenta en plato de plata, la cara espléndida de la madre tan cerca de la suya al sentarse mientras por abajo de la mesa le pasaba el rollo de billetes dándole una palmada en la mano culpable sin lavar.

Afuera los faroles parecían más brillantes gracias al aire helado. La noche transitaba lenta por Corrientes. Las barras, las marquesinas de negocios y cines y confiterías les guiñaban, ella volvió a transformarse en su hija durante un mohín que significaba no me lleves, no volvamos todavía a la máquina, al álbum, a asentirle a Radio Splendid. Pocas cuerdas separaban su mundo ahorrativo y en penumbras de esa farra de emociones y de luz, pero esa noche habían franqueado la frontera.

Casi llegando a Canning, “La Perla” era un desfile de mujeres que fumaban y parejas de baile oliendo a colonia, telas caras y cortes que ella grabó mentalmente desde su anís. La orquesta era muy superior a la de cualquier radio. Sentían que podían quedarse a vivir en esos sillones de cuero capitoné, respirando tabaco, perfume y sudor ajenos sin estornudar, embebiéndose en el vaivén alegre de los otros.

Volvieron a una hora nueva.

Arriba, la gélida más blanca y redonda que nunca.

Muñecas nueve siete cero, chofer, desopilados.

¿Por primera vez ante esa visión del frente de la casa, celeste y sin rejas, se les apareció el imperio del techo propio, o ya maquinaba la madre en los respaldos con créditos a treinta años para municipales? Entonces inspector municipal era apenas la nave, y el puerto de destino era techo propio.

En el pasillo las botellas de leche, vacías y tambaleantes, sonaron como campanas. El dueño alarmado salió a su puerta en dialecto. Aunque se les cerraban los ojos, pusieron la radio. Lunes... lejos... llevar... muy... digno... nunca... entredientes de la última madre antes de que Vidal la arrojara en su cama de hierro, a un costado de la mesa también de hierro de la máquina, y apagase la radio y la luz.



Loyola, Aguirre, Castillo. Ramírez de Velazco.

Conquistadores venidos en naves. Nombres tajantes, alcornia del barrio, la chapa azul de estas esquinas lo choca. De este lado de Corrientes, difícil que Doña Carla venga a asistirlo. Calles que ellos no frecuentan. Casas con frente de piedra Mar del Plata, pinos enanos, perros de raza y la pesadilla del hijo doctor. Casas con veletas, sobre el tanque un gallito de lata gira ciego y husmea de dónde vienen el humo, las campanadas, los remolinos que arrastran hojas de árboles, bolsas de nylon y papel. Las copas de los plátanos se abrazan y forman un túnel fotogénico para paseos de novias en pose, novias en miniatura de comunión, muñecas de cima de torta listas para amar. Sobre la línea de árboles, asoman vigilantes las torres de la iglesia.

Vidal tampoco podía pisar esa parte del barrio. Borrado. Vuelve ahora porque la casa lo lleva, como en su momento algo más fuerte que él lo llevaba todas las noches a uno de esos caserones sólidos como una fortaleza, paredes de cuarenta y cinco, un zaguán oscuro revestido con mármol de Carrara y dos guardas de cerámicas de Bohemia color marrón que iban de la puerta maciza a la cancel dejándole su sello entre los hombros al apoyarse. Trichi, más baja, las soportaría sobre la nuca, esa nuca de pana tan olida por él, reverso del cuello de alcanfor inolvidable, inolvidable.

Ahora vuelve, ese cuello tan blanco, a coronarse en su memoria (aunque al principio visto siempre de reajo y a escondidas, ofrecido a la tulipa amarillenta y con altibajos de tensión del zaguán entre flujos también de lavanda, el secreto de una

bolsita bordada con lavanda entre otros secretos en el cajón donde Trichi guardaba las combinaciones, cartas, pétalos y un pañuelo de batista con sus iniciales manchado, el mundo Manzi de ellos dos).

Los sábados, en la negrura de los cines, de perfil a la película, atendía solamente a su cuello. Se sentaba a la derecha para estar cerca de los tres lunares que lo orientaban en la oscuridad como una constelación. El rodete derramaba una pelusa tímida, tierna. Límites: el crucifijo cerrando el paso como un retén militar, la curva del mentón, esa línea golosa que subía dibujando los labios, el bozo, la punta de la lengua. Su cuello blanco, liso y puro. En ese cuello pantalla él seguía la película por rebotes de luz. La veía contraerse en escenas tensas, de aliento retenido, acechaba un temblor, una palabra repetida en sus labios pálidos, en segundo plano la música, las voces de los actores, el griterío del público y sus propias manos desbocadas.

De un carnaval en el club “Villa Crespo” al siguiente en el “Fulgor”, cincuenta sábados, todo un año de faltazo a “La Pura” y al “San Bernardo” y a la cancha, y cargadas vengativas de la barra viéndolo cruzar la frontera de Corrientes con un ramo de violetas atrás de la espalda.

Y otros pétalos caídos del me quiere no me quiere: con la yema de dos dedos muy besables Trichi jugó todo el verano, sin tutearlo, al verdugo tristón. En otoño se agregó la caminata a la plaza o si estaba lindo hasta Palermo. Para el invierno entró en la casa. Conoció los anteojos de oro del ingeniero lombardo, a la madre y las hermanas. Lo atrajo el fuego. Se acomodó, abrió la boca. Pronto tuvo su sillón, tareas, otro nombre, opiniones sobre el escalafón municipal, los automóviles de los sobrinos del ingeniero y la tiranía, tema de los tés donde las cejas fruncidas de las otras mujeres y la pipa fría del padre resaltaban en el fondo su falta de maña con los cubiertos, la pobreza bajo el disfraz de humildad.

Ningún otro año pasó tan rápido, ninguno pareció durar tanto.

Para octubre, la casa abierta hacia el fondo de jazmines y ciprés, el duraznero empezó a endulzar el aire y la noche soplabá halagos de celestina en sus oídos, noche empalagosa de glicinas y madreSelva. Una puerta se abrió para su paso, tembló un piano, caprichos de la corriente cálida, ahora Trichi caminaba entre las damas de noche como buscando la luna, pasaba por abajo de esa especie de arco de cañas y plantas trepadoras abrazadas acariciándose la nuca, el cuello repetía el palor de su hermana lunar, y él iba atrás imantado hasta los canteros. Mientras, en la Municipalidad cesantearon inspectores (política), su ascenso caía de maduro, y casi se agarra a trompadas dos veces: con un desconocido de bigotes finitos que la miró en el tranvía 19, y ella a él, y con un vendedor de medias de nailon.

Un martes de ese octubre, después de apagar la radio y levantarse los cuatro de sus sillones, el ingeniero tomándolo de un brazo y su mujer del otro lo invitaron a que fuera a almorzar con su madre el domingo. Ese viernes, cuando volvió del trabajo, encontró la cabeza de su madre sobre la mesa de costura, tan encajada en el arco de la máquina que hubo que empujar desde la pared hacia adelante para sacarla. Lo salvó la sobrina de la rusa del 2, que escuchó sus gritos. Vidal iba y venía de la madre a la puerta, temblando y revoleando los brazos, inútil. La sobrina de la rusa del 2 la desenchajó, trajo un auto, ayudó al taxista a cargarla en el pasillo y a la enfermera del Durand a bajarla y hasta le consiguió a Vidal un bebedero al fondo de otro pasillo de hospital asfixiante, lo último que él se acordaba era de haberse inclinado sobre un rastro ocre de chorreadura como de pis en la loza blanca del bebedero antes de caer.

Se despertó con un dedo dulce de mujer en la boca. Chupó el terrón. La sobrina se llamaba Rebeca. Manos de magdalena. Su misma cartera mínima manaba azúcar, plata para el taxi, un pañuelo blanco. Ella lo entretuvo con su historia muy triste

mientras la noche oprimía los ventanales del Durand. Pudo ver a la madre en batín y conectada y besarle la frente. Volvieron o lo llevó Rebeca a través del parque oscuro, escena ya vista de reojo en el cine pero sin araucarias. En casa, la rusa del 2, desde esa noche señora Goldstein, le mandó entre dos platos transpirados un menjunje olido mil veces en el aire del pasillo: como lo comió lo vomitó de camino al baño y en la cama de hierro de madre se tiró a soñarla abierta como en láminas de anatomía por partes era Rebeca.

Jufré, Lerma, pronto Córdoba, otro límite.

Pronto el puente, el delfín de asfalto saltando sobre las vías y la ocurrencia de que ahí termina todo, sin salir del barrio, que de alguna forma la casa vuelve al primer casillero del juego, la tormenta para, amanece, oye abrirse la puerta y la voz de Doña Carla dice buenas, él ansioso por contarle todo deja la *Crónica* sin abrir plegada a un costado y habla, habla sin respiro aunque sienta la garganta seca, más habla y más se acuerda, tira de la sogá del recuerdo con voz cascada hasta que aparece el dolor del pinchazo, entonces deja que entren el metal de la aguja y el líquido y se calla para que la nalga los absorba.

Todo se iba a arreglar, insistía Rebeca: la enfermedad de la madre y el enojo de Trichi desplantada. A Rebeca le sobraba tiempo libre. Eran sus últimos días en esta estación. Al pie del catre improvisado en el comedor de la tía Goldstein, su valija dura esperaba que la llevaran de vuelta cincuenta siglos atrás. Mientras tanto, lo acompañaba al Durand de mañana y se quedaba en el jardincito de abajo familiarizándose con las palmeras y los cítricos, un anticipo de su tierra prometida, mientras él subía a ver a la madre envejecida de golpe, débil y cana, más preocupada por el futuro de él que otra cosa. Durante la visita de la tarde, Rebeca aprovechaba para limpiar su casa, hacerle la cama, comprarle fruta que se terminaría pudriendo. Se dio

esa fluencia rápida de imágenes hacia el futuro convocado por Rebeca, que existía sólo en potencial, o por la sucesión misma de camas a barrotes vistas desde la entrada de la sala de yodo hacia un final cantado entre Vidal y Trichi, desde ese sábado que nadie salía a abrirle la puerta de la fortaleza y las excusas, los dos heridos hirientes, él ostentando todo el desamparo, su muñón de madre hasta ahí oculta, ella lerda para compadecer en falsete y como pensando en otra cosa, ¡en otro!, sensación antes vaga y que desde esa noche no lo abandonó, que había otro, siempre cerca, como sombra y al acecho, el futuro de ella sin él.

La última semana del mes, la más larga, hasta el alta, la pasó descifrando jeroglíficos médicos. Una semana como péndulo de una punta a la otra del pasillo bajo lámparas blancas, atento a los índices leves, paulatinos, una semana vibrándole en el pecho esa cuerda tañida por la angustia, semana de licencia que el ingeniero juzgó inoportuna, postergará tu ascenso, Trichi se lo dijo sin mirarlo a los ojos y la vibración se extendió hasta el estómago como el peor presagio. Semana además de la carbonilla, Trichi retrataba a todos, los despeinaba, les fruncía la frente o ahuecaba ojeras con un pulgar déspota, los tiraba al tacho insatisfecha y volvía a empezar siempre hablándole de costado, la vista fija en el modelo o en la hoja, nunca en él. Una semana sin ningún zaguán, gusto a comida judía en la boca y no querer aceptar que la mano que separaba la vulva de dos platos, el de arriba hondo, invertido, sobre el hule rojo de su mesa, pronto sacaría callos arando Israel hasta dolerle desatar ese pañuelo de seda que Vidal le regaló para que se cubriera el pelo del sol y del polvo. Una semana de horas incalculables, la mirada recayendo siempre en el mismo punto del pasillo formolado, ácido, laico, una semana de revistas del corazón y canciones sentimentales, horas sin fin de naufrago, de iluso seguro atado al espejismo de Rebeca que lo acompañaba solidaria pero sólo mientras esperaba que la llamasen a embarcar y olvidarlo, o

recordarlo para un Año Nuevo, el de acá, con una foto postal del Mar Rojo y letra de desvirgada. ¿Qué contestarle, para qué?

Las puertas que se abren solas se cierran igual.

Trichi pasó del dibujo a la acuarela, a corregir exámenes, a los adornos del arbolito, al bordado, al piano, formas de no tenerlo enfrente, o en la calle buscaba un punto impreciso entre el hombro y la oreja de Vidal, nunca sus ojos. Él se despidió de su cuello con besos voraces rechazados en la penumbra del zaguán, de su familia con un fracaso estridente como equilibrista del pocillo en plena alfombra del comedor. En el baile de máscaras del “Fulgor”, le faltaron más ganas que coraje de cantarle cuatro verdades, y además Trichi ya se había conseguido un risueño nuevo.

Una novia, una infamia. En la imaginación, su único lujo, ella lo vino a visitar algunas noches. Llevaba guantecitos de terciopelo abotonados en la muñeca, labios temblorosos rojos, una capucha también roja, descubría su cuello blanco con humildad y se entregaba; siempre la terminaba decapitando. Pero Vidal a la imaginación le desconfiaba, y sin poder evitarla como a esas calles volvía de la imagen rápido, con recelo, no era como otros viejos de “El Dandi” que se daban a cualquier ilusión.

¡Sombras horribles de avenida Córdoba, sombras latentes impregnadas de gasoil!

Abajo del puente el aire era frío. Entre esas columnas vivía Esteban, uno que en otra época iba a “El Dandi”. Se había jugado la fortuna familiar y ahora estudiaba *La fija* y *Palermo Rosa* en la última casa que le quedaba, hecha de cajas. Vidal estiró el cuello por si alcanzaba a verlo pero el puente se le vino encima. Vio por dentro las costillas de la bestia de hormigón. Un remolino hizo girar la casa, el nivel se inclinó y la cama se deslizó sobre sus patas, vértigo, la corriente llevaba a la casa hacia un fondo de oscuridad estancada. Fue un acelere intenso y breve. Después la sombra se ahuecó para recibirla, y la casa calzó y se frenó sobre las vías.

Se deja ir y cuando vuelve a la superficie diurna encuentra siempre a Doña Carla levantando cosas del piso, sacudiendo la sábana, está todo hecho un asco, reniega, la humedad pringa y ella le toma la fiebre, lo pica, lo tapa. Es un segundo. Enseguida Doña Carla desaparece y Vidal ve la luz, ese punto brillante del otro lado del puente, más grande y más intenso a medida que se acerca a la casa o mejor: que la atrae y succiona. Luz salida del paquete desenvuelto sin romper el papel, por las cintas, como le enseñó la madre. El papel parte del regalo iba en el cajón de madera clara y cerosa del bahut. Con los hilos madejados, con las etiquetas doradas de Felicidades secas sin pegamento y los sobres. Cajones de la mesa de la cocina y al costado de la máquina de coser, cajón de la mesita de luz, cajones del ropero, del botiquín, del neceser. Cajones en miniatura hechos con cajitas de fósforos guardados en un cajón de la cómoda. La luz, abierta del todo, entra a través de la ventana y baña su cuerpo, la cama y todas las cosas desparramadas en el cajón que ahora es su pieza gris.

Del negro al gris la mañana revive. En los dinteles pían pájaros fríos, sacudiéndose gotas de las plumas. Vidal también revive, en su nido de mantas, gusta el fruto gris de la luz y bendice la mañana como si todo lo anterior hubiera sido un sueño. Ahora que la casa retomó la corriente, y a cada lado de la avenida los árboles la saludan agitando sus pompones de porrista verde boba, él se abandona al ritmo de la flotación y descubre que es placentero. De espalda, sin almohada, los brazos abiertos y todos los hilos flojos, deja caer todo el peso del cuerpo sobre el colchón y respira

hondo, semi párpados, semi boca, cuerpo de goma pinchado perdiendo aire y un hilo de saliva por la comisura hasta encharcar en la nuca.

Cielo cemento, pasan nubes rápidas por la ventana.

Por encima de la pared baja que separa su terraza de la del 2 ve asomarse la cara de Milton, el vecino. Milton levanta los brazos y los cruza en el aire. Hace bocina con las manos alrededor de la boca. Vidal quisiera contestarle, pero apenas se puede mover y no lo escucha. Ahora que lo piensa, no escucha nada. Ni la lluvia sobre las chapas, ni los truenos, ni el viento en las hendidias, ni los pájaros, aunque los puede ver moverse, como a la lluvia, que cae al sesgo, y las sacudidas de los árboles. Estoy sordo, se asusta. Sale a flote el sueño de la operación. Piensa que va a tener que volver a pelear por un turno en el Policlínico y el alivio de hace un rato se diluye. Sin ganas de responder, mira los gestos de Milton preguntándole si está bien y diciéndole que espere, que ya vuelve. Por primera vez lo encuentra parecido a la señora Goldstein. Nunca había creído que realmente fuera su nieto. Además de Rebeca, no le había conocido familia. Cuando murió, sola, sus muebles la velaron en la oscuridad. Mucho después llegó este Milton y se instaló de un día para el otro. Vidal, que venía leyendo mucho en la *Crónica* sobre usurpadores y sectas y traficantes de drogas y órganos, empezó a vigilarlo desde su lado de la terraza. Hasta fue a hablar con Nascate, el vecino del 1, que se lo sacó de encima como siempre. El día que Milton le tocó el timbre con un pan hecho por él mismo en la mano, se le fueron las dudas. Ahora que sólo ve su cara, con el pelo pegado a la cabeza por el agua, cree ver a la señora Goldstein en persona. Quisiera decirle que vuelva a su casa, que se cuide, que se va a resfriar, ser cortés, pero no le sale la voz y los brazos no le responden. Cuando la cabeza de Milton desaparece, sólo quedan las nubes, la pared baja y el silencio.



El primer muerto que vio fue un ahogado a la deriva, y lo descubrió él. Musgoso y marrón, como el río, el cuerpo llegó flotando a la costa del balneario de Vicente López un domingo después del almuerzo.

Tenía veinte años. Ese verano la barra lo había iniciado en la mezcla de sol con cerveza, y Vidal quedaba toda la tarde a la sombra de las casillas, la espalda contra un poste, parpadeando. A través de la vibración de las tablas podía sentir la actividad de las mujeres cambiantes en lo oscuro. Con su oído muy fino llegaba a aislar lo que pasaba adentro de la casilla del barullo que la rodeaba: jugadores, ladridos, bocinas, violas, loros en las ramas. Las oía cantar bajito mientras se desvestían, oía sus suspiros, los golpes del talón contra las tablas del piso, y más atentamente, el roce de las telas, los elásticos. Estaban un instante completamente desnudas, ahí, a un metro. Después la puerta chirriaba y las veía salir disparadas hacia el agua acomodándose el pelo, los breteles crepé, un dedo metido entre el borde elástico negro y la ingle blanca. Ya se acercaba otra balanceando su bolso. En una quietud muda, vasalla del sol, asistía a este film sensual. Alrededor todo era carne, agua, arena, espinas. Todo consistente, desde los olores de eucaliptos y humo de leña en el aire, el timbre de las risas, los zorzales, la luz, la sombra negra de los sauces y el viento que castiga los manteles. A sus espaldas, en la calle, la caravana de camiones calientes, el sol explota en cada cromo. El sombrero de cerveza le aprieta. El cuerpo reblandecido sobre la arena pero al palo mirándolas salpicarse, fingir y zambullirse abrazadas o de la mano, rodeadas por un

círculo de nadadores de los que asomaba el codo blanco en alto como la aleta de un depredador, Vidal descubrió el bulto del ahogado que planchaba hacia la orilla.

La obvia falta de reconocimiento para Vidal y su primer índice alzado, qué esperaba. Después hizo lo mismo que todos, gritar, señalarlo, ver como los cuatro intrépidos se achican hacia el horizonte y vuelven a agrandarse arrastrando a su presa. Salieron todavía con fuerzas para levantar el cuerpo y apoyarlo en la arena. No había qué hacer. Las mujeres sollozaban y se tapaban la boca, los hombres sacudían la cabeza. Vidal entre mareos, descalzo, pantalón y camisa blancos con botones ancla de nácar copia de la moda náutica vista por su madre en las páginas sociales, evolución de aquel traje de marinerito azul con gorro, foto sellada estudio Caputo que ella guardaba en el cajón de su mesita de luz, se dejó condecorar las botamangas por el agua. Sus ojos encontraron los del muerto, negros. Parecía un chino de acá, como Don Pereira o los otros paisanos del corralón de Gurruchaga que asustaban a los chicos con su horqueta. Éste sin boina ni bigotes chuzones, sin briznas de alfalfa pegadas, nada más un pantalón Grafa y líquenes. Estaba inflado como un globo. La cara, los pies y la panza hinchados, la piel marrón gruesa sin pelos, piel de cerdo carcomida por los peces.

El mal olor deshojó la flor de curiosos. Náusea: Vidal corriendo y en cuclillas atrás de la pirámide de botellones vacíos con las primeras sirenas. A través de los culos verdes vio llegar policías y camilleros. Algo parecido a su almuerzo bajaba por el declive. Se durmió encima de un catre de cortezas.

Despertó viendo paleteros cóncavos. Giraba lento un tanguito, una ronda de barajas, familias venidas para matear estiraban el último resto de tarde. Mientras la arena siguiese tibia harían durar su domingo, esa línea ya casi imperceptible de horizonte entre el resplandor en el río y la oscuridad del casatrabajocasa.

En la calle faltaban los camiones: volveré a pie. Encontró sus alpargatas cara con cara al costado de una casilla. Mientras se sacudía la arena de entre los dedos se acordó del muerto y pensó en él como una persona, no como cadáver. Pensó en la vida del muerto, lo perdido, lo que quedaba atrás. Lloró. Se hizo de noche. Tyrone Power lo agarraba del brazo, también todo de blanco pero impecable. Cansados de buscarlo, se habían ido sin él, pero cuando Esthercita se dio cuenta de que no estaba en el camión había hecho que volvieran. Me vas a hacer poner celoso, le dijo Tyrone Power en broma. En Vicente López, Esthercita y él se disimulaban de tarde atrás de las cañas altas. Corrieron al camión. Típicos los chiflidos de la barra, las cargadas, y Leone en la cabina puteando bilingüe a través del escarbadientes saltarín infaltable, su colmillo mutante.

Muchos años después reaparece Leone manejando un fúnebre negro en los caminos de la Chacarita, en vez de camiseta musculosa traje con moño, gorra y guantes negros, y el escarbadientes convertido en chicle.

La madre de Vidal ya había muerto, él empezaba a alejarse y lo llamaron para avisarle que la desenterraban. Un error administrativo. Más tarde le dieron ganas de volver al cementerio, algo extrañaba. Empezó a visitarla todos los miércoles después del trabajo. Se le escapaba el por qué, y la rima de sus movimientos: siempre las mismas calas dignas esperándolo al salir del subte, bajo las mismas dos columnas clásicas de la entrada principal abotonarse el saco con una sola mano, cinco y cinco, cinco y diez pasaba por las bóvedas señoriales, después los monumentos, Gardel y otros artistas, mafiosos del partido oficial, iba leyendo los nombres de bronce por si encontraba familiares de compañeros de oficina o vecinos y de golpe la planicie ripiosa

se abría ante él, nudo: en una de esas cien mil tumbas de terrones reseco dormía la madre.

Su lápida era un rectángulo de granito gris. Tallos viejos flotaban en la jarra. ¿A quién le hablaba Vidal del clima avistando el este y el oeste, encandilado por el último sol? Resumía en voz alta otra semana idéntica sin saber donde poner las manos, al final metía una en el bolsillo de los billetes y el cuidador que hace que barre de reojo se acerca. ¿Cómo despedirse? Se iba para la salida de Jorge Newbery sin volver a cruzarse nunca a Leone ni a nadie conocido, a esa hora apenas algunas siluetas aisladas que esconden el rostro, el viento que hace oscilar cipreses y revuela papeles alrededor de cruces pobres de palo, tercera y última ojeada al reloj en el pórtico de piedra gris, recto y sin ornamentos. De norte a sur, de las bóvedas de la entrada a estos nichos, pasando por la tierra, la Chacarita perdía todos sus adornos.

En la vereda goteaban las tipas. Enfrente los galpones de la Dirección de Limpieza, la plaza vacía salvo dos o tres cimarrones flacos que ya lo vendrían a oler en el barro, y a decepcionarse, y el yiro friolento. Se ve que paraba ahí, en la plaza, alrededor de la calesita entoldada o del mástil o abajo del gomero. Friolenta pensó por el cuello de piel del tapado sostenido con una mano de uñas rojas, el mismo color de los labios, y la otra mano en el bolsillo, por los pasos nerviosos y el echarpe de aliento. Morocha, flaca, pestañas muy largas negras, tacos siempre sola.

Vidal la miraba con disimulo desde la vereda de enfrente hasta que ella lo empezó a seguir en su cabeza camino a casa y a metersele adentro, y en la oficina, y reflejada en los vidrios de “El Dandi”. Sin embargo era incapaz de pagar. Era el eterno aguafiestas cuando la barra tramaba visitas a lo de la vieja de Canning, o mismo en Vicente López, esa casilla de tablas desteñidas entre los pastizales, augurada de humo de quema. Tyrone Power y él nunca iban. Tyrone Power no lo necesitaba, pero él, ¿por

qué se borraba? No sabía bien, siempre había aceptado esa prohibición sin rebelarse como ahora empezaba a aceptar el deseo, los miércoles menos minutos frente a la tumba de la madre y más vueltas a la plaza intuyendo que algo estaba por pasar, sin qué ni cómo.

Un martes pasó Santa Rosa, erizada de granizo. Esa noche el barrio se hundió hasta la cintura en el agua negra de la inundación, y al otro día el aire era pegajoso y tibio y la casa de los muertos se veía renovada, con flores frescas, árboles llenos de brotes, las placas de bronce de los nichos fulgían en el paredón y Vidal se encontró a la salida cruzando Jorge Newbery en diagonal y mirándole de cerca la sonrisa. Tenía una linda boca, de labios finos, con forma, un pico carmín que guardaba bien el tesoro de su lengua. Sorprendido por la falta de distancia, medio mudo de repente o ahogándose en un vaso de saliva no le dijo ¿qué no viste en tu cuerpo que te vendés así?, ninguna línea de diálogo remanyada en semanas de ensayo, sino ¿frío, no?, con voz finita, ella acostumbrada a fruncir los labios sonrientes, tratarlos de papito, decirles a todo que sí.

Antes de desmentirla como friolenta supo qué lo atrajo y qué lo había animado a cruzar. En su soledad ella era alguien próximo pero también inferior, disponible. La mano que a pesar del calor se apretaba contra el cuello abrió el abrigo: en blusa traslúcida se le daba. El pecho blanco alunarado, los pezones hipnóticos a través de la tela.

Que la tenía en sus manos, sintió, esa frase.

Sacó el carné con su foto, el de asustar puesteros. Ella se agarró la cabeza. La vio nublarse, bajar la vista, estaba perdida. Cuando levantó la cara, volvió a sentir que la tenía en sus manos y algo de compasión. Los labios rojos de ella temblaban muy cerca de su boca. No era ni vieja ni joven, como a él le convenía. Vas a venir conmigo, dijo

con autoridad, cerrándole el cuello, la bragueta firme contra el bolsillo que guardaba la otra mano.

De atrás de la calesita salió una sombra y vino bailoteando hacia ellos dos a contraluz, en la mitad del camino escupió su brasa. ¿Pasa algo Lili? Era un rufián feo como un mono, sin sombrero, con traje negro de solapas angostas, pantalón bombilla y zapatos negros, el pelo negro duro de gomina sobre las orejas. Resaltaba una pirámide blanca de vendas sobre la nariz. Le había hablado dulcemente, a ella, como a una nena, y Vidal sin querer dijo nada, nada. El otro le sonrió, lo tuvo amistoso por encima del codo apretándolo de más. Vidal miraba hacia la esquina de Limpieza, por si pasaba algún municipal conocido, pero ya era tarde. Lo soltó mientras le pegaba con la derecha. Caído, lo pateó bastante en el barro. Antes de irse, se limpió los zapatos negros en el forro del saco de Vidal, encendió un Imparciales y le tiró el fósforo a la cara.

Entre las patas de los perros, vio que se la llevaba del brazo como antes a él, como llevan los policías.

Mudaron de parada porque Vidal siguió yendo los miércoles al cementerio pero salía por la entrada principal y se tomaba el colectivo en Corrientes. A lo largo del paredón inscripto, ni en la plaza se la veía.

Sentado en el colchón, con una almohada entre la espalda y la pared, veía desenrollarse la cinta del paisaje. La casa iba paralela a las vías. De este lado del terraplén la silueta de las bodegas, corralones de material, algunos ranchos endeble huérfanos de plomada, chicos rotos versus gallinas. Del otro, la ciudad armaba un juego de bloques. Pampa de edificios sin horizonte, sobresalían el campanario de la Anunciación, la torre Eiffel y la Estatua de la Libertad del parque de diversiones, la cúpula del Congreso y algunas antenas de hierro en punta. Cada diez metros, el tronco de un plátano cortaba fotogramas. El ritmo de la casa es el del agua. Los trenes entran en el cuadro electrizantes y después que salen queda en el aire el ruido y la vibración de su paso.

Se había sentado con miedo, animándose de a poco a estirar cada miembro entumecido y reseco. No extrañaba la medicación, diez puntos. Los puntos, justo, le tiraron apenas al sentarse, pero después tuvo un acceso de tos y no le dolieron. Si cuadraba, más tarde iba a tratar de caminar hasta la ventana, o por lo menos pararse, o sentarse en el borde de la cama.

Pasó una formación de carga con troncos, montañas de arena, algunos vagones cisterna y otros cerrados, un tren eléctrico que sin embargo remontaba una columna de humo. En un vagón abierto de paredes bajas vio cuatro hombres alrededor de un cajón, ferroviarios o cirujas, una parrilla humeante, una damajuana, y dándoles vueltas, como si fueran los hijos, varios perros que se perseguían, se rascaban y trataban de montarse,

los más viejos echados, los cachorros acercándose de más a la brasa o a la baraja y espantados por la visión de una suela.

Ese vagón se alejó, terminó el tren y los hombres rodantes, sin advertirlo a él ni a la casa, se llevaron su enigma. ¿Qué hacía de su vida gente así? Un gato o un perro, aunque nunca tuvo, le resultaban más cercanos que ellos. ¿Adónde iban, de qué hablaban, cómo se habrían conocido? Vivían en otro mundo, hablaban otro idioma, del que Vidal no entendía ni jota. Pero él mismo, el idioma que había hablado hasta hoy, ¿lo entendía? Le vinieron a la mente frases dichas durante años, palabras sueltas, líneas cruzadas con desconocidos. Al repetir las se desintegraban y le costaba volver a formarlas. Más pensaba en las palabras, menos reconocibles eran. Y todo el resto, todo lo aprendido en la escuela, la reglamentación municipal de memoria hasta el último inciso, la charla entre vecinos, las frases que usaban para saludarse, sus apodos, incluso las miradas repartidas con destreza entre él y la madre, ese diálogo ahorrativo, diáfano, propio.

Entraba a dudar del sentido de todo lo suyo, no solamente las palabras, todos sus hábitos le parecieron de pronto insensatos. Por qué la eterna pérdida de gas en la cocina, el cortado en vaso en “El Dandi”, la sexta sólo del canilla de Vera, el caramelo Media Hora en el bolsillo del abrigo para regalar y la caramelera de cristal tallado llena sobre el bahut. Para qué seguir hirviendo la jeringa de vidrio en vez de comprar descartables. Por qué calas, por qué se borró a último momento de la excursión a las Termas, operado de qué. O no sabía o se había olvidado.

Se recuperó en otro tren de pitidos intrusos, tren de pasajeros pintado de blanco, a la antigua. Por una de las ventanillas se vio a los diecinueve años volviendo de Retiro a su casa en mangas de camisa y cabeza descubierta. El vagón está lleno de cadetes de uniforme y sable que tienen de qué hablar entre ellos, en comparación se siente



desnudo en público. Flota el perfume de las parejas que se abren paso de la mano aprovechando para apoyarse. Ante cada boleto, el guarda rengó se toca la gorra. Pero algo afuera, el sol naranja al final de la vía, enorme pozo de luz que absorbe al tren, las señales que bajan su guillotina, la venia del banderillero, campanadas en cada paso a nivel, autos impacientes, chicos y algún futuro suicida fascinados, matas altas, enredaderas, el relieve desparejo de los paredones grabándose en el gel de sus ojos y los fondos de las casas una tras otra tras otra lo van ensimismando hasta hacerlo seguir de largo y más tarde, ya de noche, va a encontrarse perdido en la provincia pero mientras tanto avanza, se deja arrastrar por la velocidad y el ritmo hasta que ya no le importa quién es ni adónde iba, es lo que ve sin parpadear, lo que aspira muy lentamente por la boca abierta babeada al borde del trance en el segundo escalón del estribo.

La estación Pacífico estaba desierta.

Hojas de diarios desparramadas por el viento volaban a lo largo del andén y se abrazaban a los postes. El cielo jugaba a los torturadores: primero un chaparrón, encima una descarga eléctrica y enseguida, sonriendo, enseñaba el diente de oro. Pero la mañana se había ajustado su capucha gris en torno a los ojos y no pensaba despojarse. Grises las vigas remachadas del puente, grises los edificios, los hangares, los jardines y el casino de oficiales del cuartel militar. Ahí se había presentado Vidal para el servicio obligatorio. Sostén de madre soltera, estaba eximido por ley. Igual imploró. Un uniforme le dijo no sea mujercita, otro golpeó la hoja con el sello, dijo su apellido en voz alta y tono marcial sin saber cuánto lo hería pero disfrutándolo extendió la libreta, atrás de su nuca ardiente Vidal sintió que la fila de futuros siervos de la patria murmuraba.

La casa pasó por abajo del puente de Pacífico y dobló a la izquierda. De nuevo en un barrio bajo, entre casas con frente de mármol negro y rejas a rombos y paraísos florecidos en la vereda. En ese paisaje que lo tranquilizaba, como si hubiera vuelto a un mundo familiar, habitado por gente como él, con sentimientos conocidos, aparecieron las sandías. Venían doblando la ochava. Boyaban en la corriente, todas en el mismo sentido, miles de sandías lanzadas como torpedos verdes contra la casa, las cáscaras rayadas con ese temblor de electro, o esas estrías que según la *Crónica* sirven para que los peritos policiales identifiquen de qué arma salió una bala.

El miedo ahorrado desde el puente de Córdoba volvió con este flujo de sandías... miedo y dolor... puntada como abajo del esternón... ¡sandías!... el verdulero gritón de la esquina de Thames estrujando el delantal rojo... mostachos... ¡a las sandías! gritaba el tano... sentíme... pibe... salvar las sandías del tano a cambio... carne... roja... fragante... bien enjuagada... el premio de los pibes de la cuadra... vidrios... ojo... nadaba con los zapatos puestos... a la madre la hizo llorar... la cara el cuello el pecho picados de semillas... se infectaban... fiestas de la inundación... a nadar también aprendieron en la esquina... todavía no eran únicos ni privilegiados... para ellos el club no... el mar en luna de miel... más adelante sí La Salada... Vicente López... el remolque... tiradores y breteles... insolación... recreo sindical... vaqueros... piratas... rescatando sirenas labios de rubí... ingeniaban balsas precarias... trampolines... ¡a la caza de la sandía!... ¡plaff!... ¡todos al mercado de Gurruchaga!... los pollos vivos los hunde el peso de la jaula... se ahogan cacareando... acrobacias con sandías... mejillas rojotas del tano sofocado al final... la tragedia del petisito Pinozzi... ¡el Pinochito!... tragado por una alcantarilla en la esquina de Thames... el velorio... sin cuerpo... madres unidas hechas unas magdalenas... estrujaba la gorra hasta dolerle los nudillos... puntada... las tormentas en penitencia... chito... en el rincón del pesar... sandías... puntada... ola... ford T encadenado al árbol... ¡el Pinochito!... sin cajón... sin cuerpo... velorio... ahogo...

Contuvo la respiración. La puntada duraba cada vez más y volvía más rápido. En los descansos respiraba, tragaba saliva. Desde el entierro de la madre que no lloraba. ¿Y ella? Esperaba que él se durmiera, discretísima también, en la yema de la noche enterraba sollozos abajo de la almohada, o sola en la cocina, lágrima muda frente al Primus.

El cielo se había vuelto a oscurecer. En la pieza borroneada por las lágrimas, con la ventana que se triplicaba y se torcía hacia los costados, le vino a la cabeza un sueño

viejo. Merodeaba una casa. Adentro había una fiesta. No se animaba a entrar. Angustia. Cruzando el jardín ve otra casa más chica, la de los caseros. Se asoma a la ventana. En un colchón grande tirado en el piso está acostada su madre con las rodillas flexionadas, convaleciente. Entra. Se acuesta al lado de ella, la rodea con los brazos y llora.

Sale del baño con los ojos cerrados jugando al ciego, es un camino que la memoria ya conoce. En una mano el espejo, el picaporte a la altura del ombligo y a la izquierda. Se deshace de las pantuflas antes de entrar. El aire húmedo y sombrío del comedor se huele, se siente en la piel como antes el sol tibio de agosto sobre los hombros. Va rodeando la mesa con cuidado, la mano libre palmea el respaldo de cada silla, después topa con un borde, ojo los frascos, ojo ahora el alhajero, el portarretratos de encima de la cómoda cuando apoyes el espejo, dale más pie. Centra la banqueta, se sienta y abre los ojos.

Esta es tu cara, Vidal. Amarillenta como un papel guardado muchos años, sin arrugas profundas salvo las que despide la nariz, dos hacia arriba, el ceño carnosos, y dos hacia abajo en triángulo con la boca. Cada mañana, después de afeitarse, arranca con una pinza un pelo de cada ceja. Trata de que sean iguales de largo y que ocupen el mismo lugar del otro lado. Así, a ojo, se calcula unos doscientos pelos en cada ceja. Otros le brotan de los agujeros de la nariz y de las orejas y de un lunar en la pera, pelos duros, alguno que otro cano. A esos los deja que salgan.

Una mano tapa la frente y otra la nariz y la boca. Su mirada es glacial, desprovista de emociones. Ojos grises de francotirador. Por la mirilla del espejo le apunta al retrato de madre enmarcado en madera con el sello oval del estudio Caputo en el reverso. De atrás de la cortina negra y pesada de la trastienda del localcito que solamente Caputo llamaba atelier salían las clientas sacudiéndose las cosquillas y ojos

brillantes ¿del flash?: entre bastidores Caputo acomodaba corsés, caderas y bustos con dedos ávidos mientras ellas se agitaban, reían, este Caputo..., gran susurrador y exclamador impostado menos de su madre, santa de traje sastre, el último botón de la blusa a la altura de su nuez en el espejo y ese broche que destella en la foto ahora encerrado como los aros y el collar de supuestas en la oscuridad del alhajero de conchas pirograbadas, recuerdo de...

Destapa el frasco de loción y se frota las muñecas sin desviar la mirada de la foto en el espejo. Navega en esa agua ambigua, va de una cara a la otra o las dos, borrosas, de bordes superpuestos, y el remolino que las arrastra y por momentos son la misma mientras el perfume se expande como la voz de la vecina que todos los domingos practica canto lírico, recodos, cuando se lociona los lóbulos y ese baldío de piel sensibilísimo entre cuello y nuca necesita cerrar los ojos, oler.

Ensayo dos modelos. Un vestido de tela liviana floreada muy suelto, sin mangas, cuello en U y lazo en la cintura, y otro verde a rayas gruesas, el dobladillo de la falda empezando a descoserse sobre sus muslos peludos lo deja atónito, ¿a quién se lo va a llevar para repararlo cuando se suelte del todo? Ese vestido ella lo usaba de entrecasa, fijándose bien la falda está llena de pinchaduras de alfileres y agujas, se lo acuerda en invierno bajo un pulóver negro de lana que después hizo trapo y todavía huele a cera para pisos. El cuello del pulóver lo ahorca un poco y en el espejo empieza a verse transpirar, esto perjudica el maquillaje. Algo le impide concentrarse: hambre, demasiado calor para agosto. Afuera la agudísima vibra, de una casa la chiflan y en otras canarios, cumbia, pelotazos, risas de televisión, esquirlas de la guerra de patios se incrustan en su cabeza. Los ruidos lo distrajeron y ahora se levanta irritado y descubre que la puerta del ropero está mordiendo una chalina marrón de crochet mal doblada y caída entre las blusas. Es este desorden, grita, y se arranca el pulóver. Trata de

mantener la puerta del ropero siempre bien cerrada para conservar el olor. El olor de otra persona puede durar para siempre, y el de ella estaba impregnado en la cocina, en el botiquín, en los cajones del bahut, en el colchón y en las mantas, pero especialmente adentro de ese ropero. Incluso envejecía con los años, más espeso, se acidaba por la humedad, incorporaba el aire de las estaciones, un poco de naftalina, otra pastilla de lavanda, como todo lo vivo.

¿Quién será esa soprano? En el espejo de la puerta del ropero, por abajo del borde del vestido verde, asoma su calzón azul. Vuelve a sentarse y a cerrar los ojos. Abre la tapa del alhajero y va palpando el interior de pana, las joyas, pocas y baratas: dos collares, ese prendedor pinchudo de la foto, el par de aros de plata y los pendientes con una piedra ovalada negra. A ciegas calcula el centro del lóbulo de cada oreja, el broche le hace doler, ya se acostumbrará. Aros, tacos, fajas, corsés, corpiños, medias de nylon, portaliqas, pobres mujeres, siempre llenas de adornos dolorosos o incómodos. Se tapa la cara con las manos y queda un rato así, escuchando a su estómago y a la vecina, el resto de la mañana de pronto mudo, él atento para asistir a la soldadura de sus partes. Siente las palmas fundirse con los pómulos y sobre las cuencas, el tabique y los labios, y se aleja entre vapores de loción. Inspirando, las palmas se deslizan apenas hacia arriba, sin separarse de la piel de la cara, y bajan al exhalar. Los pulgares estirados hasta la superficie pulida de los pendientes acarician esos dos medios óvalos de piedra en éxtasis, como gemelos que alcanzaron las antípodas. Mente en blanco. Ausencia. Gozo.

De a poco va separando los dedos hasta espiarse.

Última olida al ropero antes de cerrar. Afuera el sol pega en los vidrios del baño.

Vuelve a colgar el espejo, se lava la cara y sube a vestirse.

Más tarde, sentado al sol, leyendo el diario en una de las mesas de la vereda de “El Dandi”, el gallego lo viene a palmear.



Al abrir los ojos reconoció el Parque de la Patria, la variedad de árboles plantados cien años atrás con sus copas florecidas y las alas de los viejos biplanos de exposición.

Lloviznaba, pero se había abierto una franja angosta de claridad a través de la masa de nubes y la casa avanzaba despacio justo por abajo, en línea recta, colgada de ese riel de luz. Iluminada por su rayo débil atravesó las estaciones del calvario de entretenimientos, historia y naturaleza del Parque: el museo de la Aviación, el de la Armada, el de Numismática y Sellos, el de la Poesía, el Patrimonial, los invernaderos empañados, las sedes de los guardianes, el Observatorio Astronómico, los jaulones de pájaros exóticos que graznaban y se picoteaban para hacerse un lugar en la cima a medida que subía el agua, el anfiteatro, el recreo eléctrico, las casitas normandas de las cervecerías y restaurantes y el arco rojo de madera del puente japonés. Todo hundido en ese caldo barroso en el que flotaban pañales, bolsas, trapos, palos, latas, botellas sin mensaje, ramas, una alfombra de flores lilas bajo la hilera de jacarandas y otra de flores amarillas al pie de las tipas.

Un racimo de botes movidos por las olas se topetaban. Ahí abajo debían estar los lagos artificiales. Vio el anillo de palmeras y las aves zancudas que sobrevolaban la zona posándose sobre cualquier saliente, el techo de las glorietas o la baranda de la terraza, y volvían a levantar vuelo como chicos que en la multitud confunden cualquier mano extraña con la de su padre y se dejan llevar unos pasos y después la sueltan espantados, y a los castores que nadaban en círculos sin encontrar sus madrigueras. Así

rondaba el Parque la imagen de Trichi, consagrada por la primavera entre tallos de rosas y chupándose una gota de sangre del pulgar, la de Tyrone Power bajando patitos de lata con el rifle y Esthercita feliz con sus regalos.

Pobre Tyrone Power, la otra semana lo había visto, iba del brazo de su hija por Corrientes. Ya no se llamaba así. ¿En cuánto estás?, le preguntó Vidal. Ciento sesenta y tres, dijo orgulloso, uno seis tres. La hija se mordió. Él al contrario, los ojitos brillantes a punto de ahogarse en la grasa de la cara. Los años lo habían ido forrando de capas de grasa y la almacenaba adentro, en el corazón, las venas, todo. La grasa parecía protegerlo también de cualquier preocupación. En el café se burlaba: viví mi vida. Cuando los médicos le dieron el ultimátum, la hija se lo llevó con ella al departamento. Veinticuatro horas vigilado: se acabaron las facturas, las picadas de “El Dandi”, la pizza, los vermús, la sal y el vino. Sólo salía diez minutos todas las tardes a comprar la *Crónica*. Un mozo cómplice lo esperaba en la puerta de la pizzería con una grande de fugazzeta tibia cortada en cuatro envuelta en papel. La entraba a la cárcel abajo del diario, sin que se avivase el portero, y se la tragaba en el ascensor. La hija se volvía loca de por qué no adelgazaba. Yo me opero ahora, el dieciséis, dijo Vidal. A Tyrone Power volvieron a destellarle los ojos. Se desearon suerte y la hija lo arrastró.

Al que le pareció ver por un instante fue a Esteban, en el bosque hípico. Estaba sentado en una de las escalinatas de la entrada al Paddock esperando que abrieran el portón para entrar. Estudiaba *La fija* con los pantalones arremangados y los pies metidos en el agua que ganaba los primeros peldaños. La revistita le tapaba la cara. Pero cuando la casa rodeó la cintura de rejas vio la pista oval y las tribunas, todo desierto, y se negó.

Fue, mal que mal, un desengaño. Extrañaba. Se le aparecían todos estos conocidos remotos, volvía a ver la sombra que proyectaba la pared del aserradero en la

ventana, a oír las guillotinas de los talleres gráficos de a la vuelta que no paraban de dentellar en su cabeza y le latían las sienas. Para colmo la casa ahora iba a toda velocidad, empujada por el viento que había empezado a soplar inflando ubres cargadas de tormenta, y cortaba brazos de árboles con la baranda de la azotea, trac, trac, trallazos, la corriente la hizo entrar ladeándose por el medio de una avenida de plátanos como los Thames y fue podando las copas, dejaba atrás un dolor de plátanos que tratan de estirar sus ramas quebradas hacia el de enfrente, un caso *Crónica* de gemelos que no sobreviven a la operación. Por fin, se frenó adelante de la pantalla en blanco del autocine. Así quería estar él, en blanco, vacío como esa playa sin vehículos, sólo el silbido de su respiración pausada, el aire entrando por un conducto angosto llegaba hasta los pulmones, cura de aire, antídoto, paz. Pero no, ninguna paz. A la salida de la rotonda, la máquina grande del aserradero arrancó con una explosión y las correas patinaron alrededor de las poleas. Conocía bien esa secuencia, la llave, la explosión, el impulso, el motor a toda velocidad que de chico lo empujaba a refugiarse abajo de la cama aunque años más tarde se iba a colgar de la pared de ladrillos rojos y desperejos encajando la punta de los pies para ver cómo los obreros empujaban los troncos hacia la hoja afilada y los iban abriendo en fetas, al motor le costaba, tensión, en cualquier momento la sierra podía pegar el chicotazo o caérseles un rollizo encima, ese era otro ruido y lo había escuchado también, el del accidente, los gritos, las corridas y el silencio pesado y sólido que después quedaba en el aire. La pared del aserradero estaba de nuevo ahí pero él ya no podía treparse. Más allá vio el campanario de la iglesia de San Bernardo con un juego de sotanas empapadas colgando de una soga. Todo volvía. La presión por las nubes, el aullido de sirena del cambio de turno en la curtiembre, las zanjas infectas, los gritos de los obreros, los cascos de los caballos de la policía, todo se agolpaba al ritmo de la taquicardia. Volvía la madre a estrujar un

pañuelo húmedo: sacate esas ideas de la cabeza, y él a esperar que le despacharan en el almacén cuando una nube de aserrín trajo a los obreros que espiaba desde arriba. Estudiaba sus caras buscando alguna que lo reflejara, una palabra, cualquier señal. Ya había percibido la tocecita y el cuchicheo entre la almacenera y la otra vieja que sólo abandona el banquito para alcanzarle la hoja de papel de estraza. Después los obreros se van sin que ninguno al salir apoye sobre su cabeza una de esas manos con mutilaciones leves, sombras chinescas en sí.

No podía sacárselo de la cabeza, sacarse nada.

La sal del sudor de la frente, a chorros, le estaba haciendo arder la vista. Había vuelto a lloviznar. El aire saturado de olor a agua y otra vez sin volumen, y la casa en la misma línea de luz abierta entre las nubes, seguidora de un Moisés que allá arriba marcha sajando el cielo para salvarla, salió del Parque hacia el este y pasó una fábrica en desuso, el esqueleto de un hospital a medio construir, los tinglados del mercado de flores, el cementerio de autos, mausoleos de chatarra.

La verdad que extrañaba a Doña Carla. Que le diera sus remedios, ahora que los puntos se tensaban obligándolo a corvarse y el pinchazo bajo la costilla se expandía por el pecho hasta el hombro y bajaba a lo largo del brazo y el calor se hacía sofocante. Para colmo, cuando al fin pudo destapar una pierna la encontró hinchada, y las venas rígidas, de un color cianótico, azulado, resaltaban más que nunca, ríos de un país desconocido cuyo mapa se empezaba a trazar bajo la piel. Pero no la extrañaba solamente por los remedios, ni para que le cambiara la bolsa fétida desbordada y limpiase el charco de meo frío que era su hábitat, como el estanque de un pez. Y si podía aguantar eso y no la esperaba por el diario de hoy, las pilas nuevas para la radio, el puré de calabaza, ni para oír su voz de pito comparando precios de diferentes almacenes hasta el cansancio, ni para verla revolver la bombilla aunque supiera que

estropeaba el mate pero sin poderlo evitar, mientras él, que no tomaba, se iba poniendo cada vez más nervioso, ¿para qué la quería? ¿Para que lo ayudara a pararse y a llegar hasta la ventana? ¿Para indicarle, señalando el contorno oscuro de las villas: amiga mía, desde hoy todo esto también será tuyo? O atrayéndola, como si recordara un viejo verso: ¿es que acaso no quieres, oh viajera indolente, soñar sobre mi hombro posando en él tu frente?, mientras agarraba la cabeza de ella entre sus manos y le enseñaba las grandes praderas inundadas mudas que se extendían hasta el horizonte.

Le pareció oír sus pasos en el pasillo. La llave; ese tin tin en los peldaños debía ser ella. Primero vio su cabeza. Las sortijas de pelo rojo mojado se le pegaban al cráneo y se lo frotaba con un repasador. No lo inyectó ni hizo falta que hablaran. Se agachó para juntar las cosas del piso y las rodillas le crujieron. Usaba un par de medias botas de goma negras abrochadas sobre el tobillo. Al pararse, apoyó una mano sobre el colchón y Vidal la abrigó con la suya.

El espejo de la villa les devolvió ventanas sin vidrios o cubiertas con nailon o cartón, carteles de letra despereja escritos en otro idioma, montones de chapas y tablas y casillas una sobre otra desbordadas de gente. Algunos vivían adentro del esqueleto de autos descompuestos, como gusanos. También acá los chicos zambulléndose, huesudos, en calzones de elásticos flojos. Doña Carla, que barría el piso, suspiró y meneó la cabeza. En cambio, la alegró el grupo de jóvenes que bailaban sobre una plataforma de maderas flotante y ella misma dio unos pasos graciosos abrazada a la escoba. Iba y venía por la casa. Por suerte para Vidal, había bajado a la cocina y no pudo ver lo de la chica en la ventana. Una chica jovencita asomada a la planta alta de una de esas casuchas con el pelo negro sobre los hombros, el brazo en cabestrillo o sosteniendo algo, a Vidal le costaba discernir, la escena era oscura, iluminada apenas por una línea de velas encendidas y del cuerpo de ella para atrás sombra, una boca de

oscuridad absoluta. Cuando la chica se acercó a las velas él vio que lo que tenía en brazos era un bebé. Ahora ella lo miraba fijo a Vidal. La cabeza erguida, desafiante, se terminó de levantar la ropa para mostrarle una teta muy blanca, redonda y grande como la cabeza negra del bebé que tapaba la otra, y estiró una mano que se doblaba invitándolo a probar la uva del pezón.

A la ciudad ya le quedaba poca tierra para ofrecerle.

Lo que faltaba, Doña Carla se lo señaló con un índice de turista excitada que pasa rápido las páginas de su guía. Ahí el portal de la Aduana, ahí el astillero, ahí las grúas, los guinches, las chimeneas, el arco de la última esclusa.

Vidal miraba todo atento pero borroso, además el dolor lo doblaba. Doña Carla le masajé el vientre. De pronto el cuerpo entero se brotó de sudor, y ella se apuró a taparlo, un enfriamiento podía ser fatal. Ahora estaba sentada en el borde de la cama, le corría el flequillo de la frente y lo apantallaba con su abanico. Afuera el viento también soplabla, haciendo vibrar los vidrios y las paredes de papel de la casa. El calor se hizo insoportable. El viento era un lanzallamas, un fuelle avivando el fuego. Vidal sintió que se ahogaba. Se replegó y apretó el cuerpo con todas sus fuerzas contra el colchón como si quisiera imprimirle su molde. Su mano y la de Doña Carla se buscaron un rato, temblorosas, antes de conseguir apretarse. A cada golpe de viento el calor aumentaba. La pieza se había convertido en un infierno. Llovían los martillazos del herrero irascible: casa, cama, cabeza, ladridos, remolino y más ladridos, perros salvajes furiosos con él. ¡Ahí viene el perro loco que cambia de caras! Que no me alcance, que no me alcance. Quiso correr, subirse a Doña Carla, pero sólo llegó hasta la cintura. La abrazó y se desplomó sobre sus muslos. En primer plano, como un par de montañas, vio sus rodillas pecosas roídas por la artritis y atrás la ventana y el río que lo esperaba con los brazos del horizonte abiertos.

Dos colmillos de fuego le atravesaron el tórax y sintió que se fundía con el colchón.

Ardiendo solo en su cama, preguntando qué hora era, entró en el río.

**Dpto. 2**

**Dpto. 1**



“Así se nace.”

*Antonio Di Benedetto*

Milton había heredado el departamento 2 de una abuela desconocida. Salido de la nada sin nada, se calzó la casa encima con naturalidad, y hojeaba sus fascículos de *Los grandes pintores* en el sillón provenzal de cedro con almohadones de tela a rayas, comía en sus platos, escuchaba sus discos y dormía en el colchón a resortes de la vieja cama, entre sus ásperas sábanas blancas. Ah, sábanas blancas y un teléfono negro que nadie atiende, la vieja y chirriante cama de metal, los candelabros, la cabecera de barrotes de bronce con los dos de las puntas más anchos y altos rematados por una bola opaca adonde se reflejan los cuerpos de Milton y Ma durmiendo, imagen elíptica vista como en la pantalla de un ecógrafo. El cuerpo extendido de Milton corta la cama en diagonal. Tiene los brazos estirados, una mano dobla la esquina del colchón y los pies sobresalen de la opuesta. Tendidas se ven las prendas, otras desparramadas por el piso y atados a los barrotes, con nudo grueso, una medibacha negra, un cinto de cuero y la manga de una camiseta blanca que pide paz imprevista y rendición. En el triángulo de cama que queda duerme Ma arrebujada. Una perla de plata brilla en su oreja, la marca de la pulsera metálica del reloj sobre el pómulo. Flota en el sueño plácida, sin recaudos, indiferente a la tormenta y a la respiración de Milton, o más que flotar se hunde en espuma, cae con el peso de una moneda tirada a un estanque y se pierde en su fondo de barro y líquenes y hojas descompuestas.

El Trueno viene a arrugar esta lámina de amantes abandonados al cansancio post.

El cuerpo de Milton se contrae sobre la cama y salta elástico. Espía el patio por la celosía. Abre las puertas del baño y de la cocina, toca la tapa del horno, la heladera, las llaves de luz, todo sin reflexión ni respiro. Sube a la terraza. Vuelve a la pieza adonde Ma duerme inmóvil y se la queda mirando mientras alrededor la casa todavía se sacude y en los estantes vibran adornos antiguos que no sabe de dónde vienen ni qué significan, animales de cristal en miniatura, jarritos, artículos regionales, platos colgados de la pared y espejos y cuadros balanceándose del clavo como ahorcados recientes.

Del departamento 1 llegan ladridos histéricos.

Cada punta del pelo de Milton termina en una gota suspendida. Cuánto tiempo la va a mirar dormir, su sobresalto y la calma de ella comunicándose en un idioma que el Trueno no interfiere, dejándose contagiar, apaciguarse, hasta que respiran al mismo ritmo, cierra los ojos y se esconde abajo de un toallón blanco Hotel Termas de Río Hondo, y frotándose la cabeza, disfrazado de fantasma, recuerda...

Sábado. El bailable Nápoli explotaba. El la distinguió enseguida nítida, no tuvo dudas. Ma sobresalía de la multitud de la pista como el único cuerpo con volumen en una superficie plana. Caminaba hacia Milton y sus amigos. Erguida, llevada por un cable de acero en tensión, se iba acercando al grupo con su vaso de vidrio lleno hasta el borde. Tenía en la mira al Capitán, el centro de siempre menos para Milton ya desencantado de tantas hazañas ajenas mal contadas y ahora absorto viéndola venir: qué había tomado que le daba esa claridad para aislarla de la masa del Nápoli, qué había tomado ella para avanzar sin pestañas hacia el gesticulante. Milton trató de entrar en su cara. Nada. Neutra. Ojos brillosos no de alcohol. La calma en la superficie de su máscara inversamente proporcional a la profundidad de la ofensa recibida. No vaciló cuando paró la música, no la desviaron un centímetro los aplausos de las parejas despegándose y volviendo a abrazarse, las risas, las olas de euforia inferior y sin rumbo se iban deshaciendo a sus pies y ella avanzaba. El pianista sacó su pañuelo. Un mozo hizo malabares con la bandeja. La masa de ruido del bailable se apagó un segundo para que Milton pudiera oír el tin tin de sus pulseras alarma y los cubos de hielo contra el vaso, y enseguida el golpe del líquido chocando contra la cara, el cuello, la camisa y la cruz de plata del Capitán. Se hizo un silencio profundo. Los salpicados, en pose de asombro, retenían la respiración. Con los primeros murmullos, como si lo que pasaba ya no le interesara, Ma se dio vuelta. Al choque de sus tacos la música volvió a

arrancar. Después se fue perdiendo de espaldas entre parejas que saltaban otra vez a la pista.

Milton dejó atrás su silla, la cara roja del Capitán y el grupo que lo ayudaba a buscar los lentes, todo ese escándalo fingido. En realidad se escondían abajo de la mesa y gateaban buscando una mueca de indignación, esa noche se irían a sus casas temprano tristes para quedar bien con el usurpador de anécdotas, Milton los conocía y lo tenían hartos. Lo nuevo era esa mujer apoyada en la barra enseñándole la espalda.

Es suyo, dijo Milton, alcanzándole el vaso vacío que había dejado arriba de la mesa. Ma le sostuvo la vista. Fue de fuego. Él dijo la verdad, nunca se me ocurriría. Pero Ma desconfiaba, se mantenía en tensión. Dolor. Cero escándalo. Consultaron el vaso en la barra, oráculo mudo, hasta que un mozo lo hizo desaparecer. Pareció una respuesta. Milton vio que el brillo en el centro de sus ojos negros se multiplicaba en sus aros, y el equilibrio entre esos puntos de luz y el hueco oscuro, húmedo, carnoso rojo de su boca. ¿Bailamos? Mucho más tarde y en otro lugar, donde hablarían de los descubrimientos, de lo nuevo con mayúsculas, y del instante preciso en que alguien se desprende de la nada que es todo y empieza a existir para otro, y él la va a hacer reír contándole su última mudanza en bicicleta.

En el vestíbulo, sus voces fuera de volumen y enronquecidas por el humo. A través de sus nombres escritos con un dedo en el vapor de los vidrios se ve la calle oscura, la lluvia que picotea el asfalto. Él la ayuda a ponerse el impermeable. Cuando ella dice gracias él sonríe y apoya muy suavemente su mano abierta sobre la cara de Ma y comprueba que le cabe.

En el lavadero del departamento 1, Benyi salta contra la puerta de chapa despintada por sus rasguños. Clava los colmillos en el almohadón, lo revolea contra las paredes y ladra. Cuando se cansa de sacudir el almohadón, vuelve a darle con la pata a la puerta.

Yamila oye sus ladridos desde el baño, sentada sobre el bidet con los ojos bien abiertos. Su reloj se paró. Estate atenta. Dormía mal y el Trueno entró como cuña en su cabeza abriéndola en dos, de un lado del sueño Chelo y el de química y esos matones de cuarto que le partían la nariz, del otro ella se escapa por los pasillos de la escuela que es la casa y termina en el baño. Sabe que Chelo está esperándola. Podría volver, salvarlo, qué se lo impide.

Hasta el baño descalza, hasta que el borde del bidet se entibia y se pega a los muslos oyendo ladrar a Benyi y el temporal, su respiración agitada, las ráfagas de lluvia en el patio y el chorro de agua infinito del inodoro. Oye todo en un mismo nivel. A su cabeza, envuelta en capas de un musgo finísimo, las cosas llegan lejanamente, sin prestarle importancia. Sus ojos verdes, enormes en el esfuerzo de oír, ven todo borroso. Las líneas de los azulejos se cruzan desdibujadas y tiemblan. Me muero, me muero, dice sin voz, apenas el aire que desplazan esas palabras en su boca. Dos dientes de mujer clavados en un labio de nena, una mano entre los muslos. ¿Lujo de nostalgia por el almohadón que ella misma ayudó a coser para Benyi cachorro, mucho antes de que

perdiera el color, las lentejuelas y la mitad del relleno y la funda se llenara de baba y tierra y mechones de pelo del animal?

Alguna pérdida la abrume contra el bidet.

Ahora cae que no soñó. Durmió apagada, profundamente oscura, y lo del Chelo fue una película de ayer a la tarde... ya se acuerda... caminaban de la mano mirando el piso, un poco antes de llegar a la estación adonde cada tarde se separan. Las zapatillas de los dos, escritas con marcadores, iban al mismo paso sin esfuerzo, por simpatía pura, las de ella rojas desflecadas y las de él bordó. A veces levantaban la cara y se sonreían. Saliendo de una de esas sonrisas lo vio: abajo de una de las mesadas de mármol del laboratorio / la nariz hinchada de sangre / no lo dejan gritar / uno le tapa la boca nuca contra la pared otro lo patea / Chelo se ahoga / tose / escupe / rojo. Entonces hubo una explosión, el sobresalto del tren a sus espaldas. Yamila escondió la cara del ruido y se agarró del brazo de Chelo clavándole las uñas para no contarle lo que había visto, después siguieron caminando de la mano hasta despedirse. Eso había sido todo. Después, mientras se besaban, él le puso el paquete envuelto en celofán y papel de diario en el bolsillo del guardapolvo, que se lo tuviera hasta pasado mañana, y se fue con una de esas miradas lánguidas, serio, soplándose el mechón que le nubla un ojo, y ella cruzó la barrera pisando los cuatro rieles, viejo juego, sin conseguir liberarse de su inquietud.

En algún momento se levanta del baño y aparece parada en el pasillo frente a la puerta de la pieza de sus padres. El piso del pasillo es de mosaicos, como el del baño. Baldosas cuadradas grandes y verdes, viejas como las montañas sobre la tierra. Ónix. Orgulloso, Nascate acentuaba mucho la o y exageraba la equis como en acción y en pizza. En cambio, los pisos de las piezas eran de un parqué rojo. Desde que tenía nueve años, Yamila quería que pusieran alfombras. A Nascate esa pretensión lo enfermaba.

Cada discusión terminaba con la alfombra. Lo que cada uno suponía que el otro no podía entender era la alfombra.

Un pie en cada piso, helado el de mosaicos, el de madera menos, Yamila abre la puerta sin que chille. Los padres yacen distantes boca abajo, cada uno en su borde. La almohada larga, que tanto cuesta enfundar, como un tercer cuerpo entre los dos. Tres bultos paralelos bajo la sábana blanca. La madre abraza la almohada y él le cruza una pierna encima. Nascate duerme con un brazo colgado y la mano rozando el piso, por si el agua sube. Mientras todo el imperio descansa, una yema de Nascate se mantiene vigilante en su puesto.

El aire entra y sale por los labios de Yamila con un silbido. Antes de esa almohada, antes que naciera su hermano, el del medio era su lugar en la cama grande. Ella estiraba sus piernitas sobre Nascate y apoyaba la cabeza en el brazo de Beatriz. Ahí sudaba la fiebre y se refugiaba de truenos como los que ahora retumban en el toldo. La fiebre, las tormentas, ¿no venían siempre juntas? ¿O en su miedo se prestaban las máscaras para despistarla?

Los aullidos de Benyi tirándose contra la puerta de chapa despertaron a Beatriz, que ve a Yamila, salta de su cama y la abraza: estás temblando. Con susurros la encamina a su cama, la acuesta, la cubre y ahueca bien su almohada. ¿Queda algo del vahído, de Chelo, del pantalón sucio de sangre, después de que las manos de la madre le frotaron suavemente los brazos y alrededor de su silueta, como algunas noches alrededor de la luna se ve una brillantina, un polen, o se duerme de toque, liberada de cualquier inquietud por su mano de chamán?

Beatriz se pone el impermeable encima de la cabeza y sale al pasillo.



Cuando Ma se despierta no abre enseguida los ojos. Siente los músculos contraídos, se estira, va desperezando también lentamente la memoria hasta que reconstruye la noche, la madrugada, y la profundidad del sueño en cama ajena, con un desconocido, le da miedo de sí misma y la avergüenza. Por suerte está sola. Enciende el velador hecho con un candelabro sin pantalla, un pie y cuatro brazos terminados en bombitas puntiagudas. Una sola se enciende, amarillenta, débil, casi alcanza a oírla vibrar, un punto de luz que rebota en el ropero espejado y que ilumina apenas la cama, la cabecera de barrotes de bronce, el chifonier, el silloncito, las flores de la alfombra. La pieza le hace acordar a una casa donde trabajó hace mucho. Estuvo en tantas casas, que a cada una nueva que entra es como si volviera, enseguida reconoce algo, como un fisonomista encuentra la misma nariz o un gesto parecido en dos personas con años de diferencia, y de todas guarda algún detalle en la memoria para cuando tenga la suya.

Afuera, además de la lluvia, escucha hablar al tipo que la trajo. La noche rota a pedazos se recompone por partes en esa voz grave y Ma vuelve a ver el brillo de una muela plateada, un muslo, una constelación de granos sobre la espalda, su voluntad, su risa.

El olor a humedad y a encierro es el mismo al que entraron anoche. Se levanta hasta la puerta de la pieza y pega la mejilla al vidrio frío, a las rayas de luz gris de la celosía. Un relámpago la espanta. Cimbrea los vidrios. La voz del hombre tironea de la tormenta. Ahora escucha otra voz pero de mujer: otra mujer, es con una mujer que

está hablando a los gritos. Desde ahí sólo alcanza a ver un rincón de patio vacío, pero reconoce la voz de él y la de esta mujer que le grita. Es casado, dice Ma desde el fondo de su idéntico nuevo pozo. No puede creerlo. Dijo que se llamaba Milton, dice. Se viste a las apuradas repitiendo esta frase, dijo que se llamaba Milton, como si alegara, la otra un jurado y ella la víctima culpable un poco ahogada, dijo que se Mil.

En el apuro, tira el velador al piso y vuelca una silla. Se... lla... ma... Mil... El candelabro estira sus brazos tratando de atraparla y el cable enlaza un tobillo, pero ella zafa y sale al patio llevando los zapatos de taco en la mano, dando pasos muy largos con sus piernas cortas bajo la lluvia.

Los encuentra en el pasillo, transparentes bajo la ropa empapada. La mujer trata de agarrarla. Dijo... que... se... Estúpidamente, le da hipo. Corre. De la puerta del primer departamento aparecen más brazos, de las paredes del pasillo angosto, de cada ladrillo sale un brazo estirado queriendo agarrarla.

A pesar de todo llega hasta la puerta, ya los condenó al silencio y a verle eternamente la espalda, pero el picaporte no responde. Está acorralada. Milton y Beatriz se le acercan mostrándole las manos.

¿Qué quieren?, dice.

¿Lloraba, ya?

No se puede salir, está inundado, dice Yamila, que se volvió a levantar de la cama y mira todo desde su puerta.

Ma se asoma a la mirilla. Ve lo que hubiera visto por el ojo de buey del camarote de un barco: el río, el horizonte y el cielo, todo del mismo color, picado por rayos, y sigue jalando la manija un poco más.

Esperaba despertar en sangre, no en agua. Ma: la que no lo esperaba. Ni a Milton, ni esta casa, ni a mí. Y sin embargo, el juego de muñecas que encastran una adentro de otra se iba armando al azar.

Mira a Yamila, que la mira seria. Se mira. El vestido negro de noche, corto y escotado, pegado al cuerpo, chorrea. Apoya la espalda en la pared medianera y se va deslizado hacia abajo, como más lluvia, sin sentir los raspones. Ve el cuello largo de Yamila, su campera impermeable sobre el camisón amarillo de plush, sus piernas flacas, sus ojotas, y esconde la cara entre las rodillas.

Beatriz la atrapa tirándole un toallón seco sobre la cabeza, pero ya estaba entregada.

Abajo de la lluvia, Milton ve cómo se la llevan por los hombros.

Ese primer domingo gris...

La lluvia se fue diluyendo de a poco, se hizo más liviana y silenciosa, sus chispas frías desparramadas por el viento.

La casa flotaba y el río la soportaba sobre el lomo diciéndole dejate llevar, relajate, río idiota, parecía divertirse con esta cautiva nueva, prometía mostrarle sus tesoros si ella olvidaba su necesidad de saber dónde estaba, adónde iba, cuándo iba a volver. No fuerces la vista buscando costas inexistentes, indicios de los puntos cardinales. ¡Renuncia, renuncia!, dulce el río, como el guardián que vigila la ley, o como un dealer peinando el flequillo de mono de un ex-adicto, o un cura cocinando a una mujer vendada, o un editor realista, o tantos otros o: renuncia, renuncia, todos ofreciendo la misma palma humanitaria para apoyarla sobre mi futura mano, mi frente, mi boca, mi hombro, mi sexo.

Después ya no hubo violencias. El domingo incorporó la deriva a su cuerpo chirle, la amasó con la casa entregada y las nubes, mezcló todo, Ma se fue secando junto a la hornalla encendida, de a poco fue dejando de hipar, mansa también la mirada de Beatriz que iba de Ma a la pava al rescoldo al mate, un mate de loza blanca orejón que se pasaban en silencio en la cocina del 1 apenas iluminada por la corona azul de la hornalla y un tubo blanco encima de la pileta. Cada una estudiaba callada la piel, el pelo, las manos de la otra. Ma sin cigarrillos, su cara chica afilada, el mentón y la nariz

agudos, los ojos negros, algunas pecas inexplicables. Cuando oyó que Milton golpeaba la puerta sus labios finos sumieron.

Ya estaba en marcha, activado nadie sabe por quién, ese mecanismo que hizo salir de la cocina a Beatriz apenas oyó los golpes de Milton, antes de que Ma tuviera tiempo de incomodarse, y volver a entrar sin mencionarlo, o acompañarla hasta la puerta del baño, esperar que saliera y de camino a la cocina, viendo el cuerpecito de Brian todo destapado en su cama y la puerta atrás de la que dormía Nascate, atracción, fraternidad, qué sentimiento listo para conectarse con una mirada, un resto de perfume o el aliento de la otra latente en la bombilla mucho antes de darse las manos, ¿enternecidas por la aparición de la carta del Hijo sudado en sueños, o jurando mantenerse juntas ante el misterio de la que no se mostraba, insondable, y de la que había mucho para hablar pero en susurros? De esa mano nueva pero familiar, como si hubieran sido amigas veinte años atrás o parientas lejanas que se encuentran por primera vez pero de las que otra, ya desaparecida y que las adoraba, les habló mucho, entraron a la cocina. Yamila dormía en su silla, la cara apoyada en los brazos arriba de la mesa. Beatriz la tapó con un ponchito liviano rojo con guardas y flecos negros. Su cara y la de Yamila eran dos versiones de la misma cara redonda con ojos marrones, boca ancha y nariz redonda y chiquita. Una piel tersa casi traslúcida y la otra rellena, abullonada. Labios rosa y labios bordó. El delineado de la hija eran ojeras en la madre.

Que arregló un poco el mate, volvió a apoyarse en la mesada y recorrió la cocina con la vista. No necesitaba mirar el almanaque de la pollería, foto de gauchos de gala, fajados con monedas, para saber que era domingo. Para ella, los domingos empezaban el sábado a la noche. No salían nunca. Cenaban y después del café Nascate se retiraba al baño, adonde pasaba sucesivamente por el inodoro, el bidet y la pileta, una línea de montaje que terminaba con su cuerpo limpio en su pieza. Las visitas sabían que era el

momento de despedirse, los chicos de irse a acostar. Cuando Beatriz entraba a la pieza oscura, él la estaba esperando atrás de la puerta y la agarraba por la espalda.

O si no un velador encendido en la mesita de luz y él desnudo sobre la cama, los pies cruzados, las manos juntas bajo la nuca.

Después él se dormía y ella, deslizándose adentro de una oscura gruta profunda, de paredes resbaladizas y blandas que la envolvían primero con placer pero enseguida empezaban a aplastarla, se agitaba y abría los ojos. Ese sueño de cinco minutos la desvelaba por horas. Se iba a fregar los platos, a ver televisión sin sonido en la cocina hasta que ya no daban más nada, cosía, repasaba los cuadernos de sus hijos, el álbum de fotos familiar, las de su propia infancia, facturas con gastos de las compras o impuestos, radiografías que ya no sabía de cuál de los cuatro eran ni, como algún cuadro moderno, en qué sentido mirarlas, y encontraba cosas perdidas, fichas de juegos en los zócalos, grageas en nidos de pelusa.

De mañana, Nascate se miraba en el espejo del domingo con satisfacción. El domingo se ajustaba a su gusto como un traje a medida. Desayuno, almuerzo, merienda y cena, y alguna media mañana radiante, desde atrás del diario, en el patio de generalas, podía ocurrírsele querer un vermú.

A la hora de la siesta volvían a encerrarse en la pieza.

Nascate era un poco más alto que Beatriz. Pesaba setenta y cinco, como antes de casarse, y tenía el mismo pelo negro de siempre. Se habían conocido en las Caridades, un baile anual a beneficio que se organizaba todos los años en la Costanera. Ella era de las que iban para dejarse ver. Acostumbrada al círculo de derviches en torno, apoyada en el muro como ahora sobre la mesada de la cocina, mostraba las diferentes fases de su cara, o caminaba distraída cambiando de color a lo largo de la guirnalda de luces, contando, al volver, cuántos le habían hablado al oído. En una de estas pasadas por el

borde del río, de un lado la música, la gente, los colores, del otro la garganta negra del agua, descubrió a Nascate. Solo contra el murallón pero sin apoyarse, manos atrás de la espalda, asistía al desfile de los bailantes. Bien proporcionado, bien vestido y pulcro, a Beatriz le encantó. Era un intocable, igual que ella. Con los años, Beatriz había visto que entre las infinitas combinaciones posibles, algunas personas buscan en su pareja lo mismo que son y otros todo lo opuesto. Los que necesitaban un parecido físico, de intereses, coincidencias familiares, sociales, de opiniones o gustos, según Beatriz se mantenían unidos para siempre o hasta que algo les revelaba que no eran idénticos. Entonces, espantados por esa especie de traición, se rechazaban y separaban. Así eran ellos. Por instinto, sorda a las otras chicas del curso para ayudante contable y sin esperar respuesta del correo sentimental, ella supo que para atraerlo iba a tener que moverse, y por primera vez fue la Festejante. Ninguna derrota. Al contrario, en esa renuncia veía la confirmación de que lo suyo era verdadero amor. Había leído lo mismo en diferentes revistas para mujeres a propósito del matrimonio: la pareja necesita complementarse, repartirse el espacio. Uno de los dos cede el predominio de lo que comparten. La mujer artista casada con un artista famoso deja de pintar o de escribir o componer música y se dedica a la docencia, la del arquitecto dibuja los planos en su casa mientras él trata con los clientes y dirige las obras, casi siempre son ellas las que se ponen en segundo plano a cambio de un proyecto de familia que es su creación, su gran obra. En la piecita que estaba arriba de la cocina, a mitad de camino de la terraza, Beatriz tenía una pila de revistas mordidas por la humedad que trataban el tema.

Ma la felicitó por el departamento, en especial por los zócalos altos de la cocina en la misma baldosa del piso, el horno empotrado y el extractor turbo sobre las hornallas. Esa cortinita era una de las cosas más lindas que había visto en su vida. De

una tela gruesa, como de sarga, blanco sucio, con flores bordadas a mano en hilo violeta, desparramadas por el paño en perfecta armonía, con la misma gracia y naturalidad de las flores silvestres sobre un prado. El de Milton, en cambio, era un desastre. La grasa tapizaba la cocina, las alacenas viejas de chapa estaban oxidadas y vacías, los platos sucios se amontonaban en la pileta, rajados, uno de cada juego, y los muebles antiguos sin brillo, el tufo de los ambientes, montones de ropa usada tirada por todas partes. Para colmo antes de dormirse ella dijo que tenía frío y él bajó del estante más alto del ropero una frazada que cuando la abrieron estaba llena de gorgojos.

Pero él, dijo Beatriz, intrigada, ¿cómo es él? Y al oírse desde afuera, como a una radio, las dos se dieron cuenta de que acababan de poner en ellas una canción, y la cantaron a coro con regocijo, en voz baja, *Y cómo es él, en qué lugar se enamoró de ti, de dónde es, a qué dedica el tiempo libre, es un ladrón, que me ha robado un poco de mi vida, es un ladrón, que me ha robado todo...* y estirando la o final, el aire de sus risas llegó hasta Yamila, que se removió en su asiento.

Ma tomó un último mate. Tosió. Cruzaba las piernas irguiéndose en la silla, sonriente, carraspera, pinzas de índice y medio despejando los ojos de esos mechones que se le venían encima, desenrollaba una alfombra de falso suspenso antes de darle entrada a un Milton falso, mezcla de D'Artagnan y cuadros de fotonovelas leídas a escondidas en los baños de las casas donde trabajaba, que se pelea por ella con su mejor amigo en el medio de la pista de baile y le da una paliza que si ella no se mete lo mata, después escapan por los pasillos que dan a una puerta lateral, a un callejón oscuro donde la mira como por primera vez abajo de la lluvia, le seca la cara y el cabello con sus manos enormes, la envuelve en su impermeable y se la lleva.

Mentía sin mala intención, conmovida por el discurso romántico de Beatriz o porque ya planeaba perdonarlo por algo que él no había hecho, o nada más cambiaba la



versión “real” por una menos amarga y que, oída como de otros labios, pasaba a ser la auténtica. Después lo puso en ridículo por sus piernas chuecas. ¡Los pisotones que daba en la pista de baile! Cuando el Capitán se acercó a Milton y le hizo esa seña de pelear, y él, antes de atacarlo, la depositó con suavidad a un costado de la pista llevándola por el talle, como el que viendo venir un huracán envuelve un jarrón precioso y muy frágil en diarios trapos cartón y lo arrolla con mantas, lo primero que Ma pensó fue qué alivio, ya no me va a seguir pisando. Y torpe también, el pobre, aunque eso sí, entusiasta, en la cama de sábanas apelonadas. Ni idea tiene lo que es una mujer. Para ella había sido insignificante, pero tantas molestias que se tomaba le dieron ternura.

Corría el mate de ida y vuelta, siempre espumoso, y en el espacio sin límite abierto por las voces de las mujeres, derrumbada la pared de la cocinita en penumbras y más allá, en dominó, las de la casa, por puro placer de hablar, de oírse en otra durante horas y dejarse desbordar en cascadas, cómplices, prendidas al cimarrón hasta hincharse, y así todo el domingo si desde abajo de la mesa no vienen los ladridos de Benyi a avisar que alguien entró al patio, un Milton agitado sin aliento que cuando le abren dice Beatriz y respira hondo: trepé, dice, por la terraza, respira, Vidal, hondo, entré al 3...

Ya vuelvo, dice Beatriz, y Ma que clava la vista en el borde de la mesa de pino con pudor de yegua recién domada, y ahí Yamila con esa impunidad de los chicos para dormirse en cualquier parte del cuento y abrir los ojos preguntando ¿y después qué pasó?

¿Lo quería o no despertar? Indecisa, Beatriz ensayaba maneras en el pasillo.

Cuando por fin abrió la puerta de su pieza, Nascate ya estaba despierto. De las mantas asomaban la cabeza y un brazo que manejaba un títere de radio portátil. El cable blanco del audífono bailaba adelante de su cara. Si ese perro no paraba de ladrar, mejor que le dijera a su hijo que si lo llegaba a agarrar él no lo veía más, ¿lo entendía? Cuando Nascate se concentraba en sus cosas, alrededor necesitaba silencio.

Beatriz quiso hablarle y él la paró con una palma. El Papa en su trono. Encíclica rápida, para seguir tratando de sintonizar la carrera tranquilo: no es la primera inundación ni la última. Decidido a proteger su domingo, lo repitió en la mesa de inapetentes y más tarde, para sí, mientras jugaba solitarios sobre la felpa de la mesa del living. Las cartas se desplazaban rápidas, las yemas rozaban el paño apenas erizado, acariciaban varias veces el canto de cada carta antes de mostrarla. Mezclaba y volvía a empezar, los dedos en movimiento continuo, la mente en blanco. Los domingos, Nascate se limpiaba. Tiraba los restos de la semana anterior y se acicalaba para encarar la próxima.

Jugó dos escobas del quince con los chicos, la interferencia de la radio masticándole un oído, y los mandó a meter las botas de goma en los charcos de la terraza.

¡Llévense al perro!

Caminó en puntas de pie hasta la cocina. Beatriz terminaba de lavar. Le deshizo el nudo del delantal y el rodete y hundió su cara en el pelo de tuco, de jabones de mujer. En ese tren se fueron para la pieza. El audífono colgando se bamboleaba entre las piernas de los dos.

Acostada en la cama de Yamila, Ma soñó que la habían dejado sola en una casa con muchas habitaciones. Una casa antigua y elegante vista en propagandas, cuartos de techos altos y paredes blancas, sin muebles, muy luminosos. Iba llevando un balde, un lampazo, franelas, pulverizador, plumero y un teléfono, pero no había nada para hacer. El parqué era un espejo, el bronce de las manijas brillaba, como las lámparas y los vidrios biselados que daban al jardín. Podía tirarse a fumar, hacer llamados de larga distancia, a su amiga en Monte Lindo, si ya tuvo familia, o a su padrino, pero se sentía en falta, incómoda, inquieta. Se le ocurría que estaba manchando todo de barro con la suela de sus zapatos, después, con sangre. Alarmada, miraba alrededor. Alivio. Más adelante empezaron a aparecer habitaciones sucias, una impecable y la siguiente un asco. Y personas muy bien vestidas. ¿Por qué la felicitaban? Las mujeres con un beso delicado y falso, un chuic disuelto en el aire antes de tocar su mejilla, y los hombres dándole un apretón, una palmada en la espalda y un cigarro envuelto en celofán. Sólo conocía, de vista, a los mozos y las sirvientas, tenían las caras de personas que alguna vez se había cruzado por ahí, antiguos vecinos de pensión o despachantes. Los escuchaba murmurar a sus espaldas. Discutían si alguien era varón o mujer escondiéndose atrás de las bandejas. Los invitados hablaban de gente y lugares desconocidos y ella asentía, amable, esperando que se callaran rápido para poder oír lo que decían los otros, pero había mucho ruido. Quiso salir al jardín a respirar un poco de aire fresco. De golpe, todos empezaron a aplaudir con suaves guantes blancos, una

explosión de aplausos mudos. Entonces entendió de qué hablaban. Truco del sueño: ya despierta, al acordárselo, la idea se le escurrió de las manos mientras la estaba pensando, estaba ahí y de pronto no estaba más, como una frase que se borra a medida que se dice. Después estaba acostada en la cama de Milton. La reconocía por el olor. Yamila y Brian estaban también. Milton roncaba, con jadeos y gruñidos, como si estuvieran cogiendo. Ma le pedía que parase, que los iba a despertar, y a cada rato se daba vuelta para controlar si los chicos dormían. Un solo cuerpo, destapado, era el de los dos. La raza que vive acá, pensaba...

Los domingos en casa son una ilusión, el fin de una ilusión.

Se arrastra el tiempo, parece que se detiene, que sus horas están hechas de otro material más elástico y se miden en relojes donde cada minuto no es un minuto menos. Sin apuro, mientras la luz gastada va guardando sus herramientas, la oscuridad empieza a desplegar un telón púrpura. La oscuridad, la que vela todo, llegó su hora. Adormeció a Nascate, que flotaba en la bañera, hizo que se pelearan los hermanos, y apuró los pasos de Beatriz a lo largo del pasillo, pasos de entre furtiva y prófuga más unas imágenes de vieja película de terror soplando a sus espaldas.

Oscuridad también en el patio del 2, segundo round de estudio del domingo entre Milton manos en los bolsillos y Beatriz sin guantes de goma, mientras arriba daban una de nubes frenéticas y el viento bailoteaba en el pelo de ella, en su delantal, y tecleaba la llovizna, ah, en la oscuridad el feto rasguea su lira con uñas de laca. Temas: el cadáver de Vidal. Los chicos. Ma. Qué hacer. Milton cada tanto relojeaba la puerta, la cita le parecía engañosa, y a Beatriz se le iban los ojos por la ventana de la cocina buscando en la bombita escuálida, en el mate chorreado sobre un mantel de ceniza, secretos de la vida de soltero.

Antes de que a Beatriz le pareciera escuchar que la llamaban, que hervía el agua o cualquier otra excusa para irse ya más Cenicienta, quedaron en que Ma dormiría esa noche en un catre en la piecita de arriba de la cocina, el resto verían mañana. (Sin embargo, dormidos los Nascate, Ma se asomó a los labios de la noche, subió descalza

el tramo de escalera revestida con cerámicos esmaltados fríos, de filo cortante, y pasó a lo de Milton por la terraza, arriba el cielo siempre gris, hermético y sin fisura como la tapa de un frasco visto desde adentro por un insecto, ganó el patio pisando otra baldosa, áspera, la sala desnuda, la pieza y la cama sin tropezar con ningún zapato hasta meterse entre sus sábanas diciéndole sh, chupándolo).

Sombra sigilosa, gajo desprendido de la oscuridad, Beatriz volvió a entrar en la cocina fluorescente acomodándose el pelo. Reconciliados, los chicos jugaban al ludo en parejas, Brian con Ma versus Yamila y Benyi.

En el baño Nascate se afeitaba. Ya que no iba a poder cumplir con su ronda nocturna renegando del perro y de la correa enredada en los árboles, de la cintura de su esposa, ni espiar si estaba bien peinado en el reflejo de las vidrieras de la pizzería mientras saludaba a los conocidos, decidió que mejor esa noche se acostaban temprano. Terminó de enjuagarse los restos de espuma de la cara y se cepilló los dientes. Arrancó treinta centímetros de hilo dental medidos con dos azulejos, lo pasó a través de cada resquicio, estiró los labios separándolos bien para comprobar el tono uniforme del esmalte, cepilló la lengua, midió el nivel de las encías, palpó el paladar, descubrió nuevos hongos en un rincón del techo y la cicatriz del último afta.

La carne del lunes era fibrosa y amarga, y él quería estar bien preparado para entrarle.

Enroscados, enredados, dándole: entonces Milton y Ma y su temporada suntuosa de siestas, mañanas interminables entre las sábanas húmedas y viscosas y lentas noches de lamé, horas de émbolo y frotarse que marean al reloj, relojito chino a pila a precio de andén, no sumergible en el agujero del tiempo donde se mecen hundidos siguiendo el ritmo de la casa, o el del agua, es igual.

Dándole a base de mate y galletitas blandas sin gusto y una vez fetas de carne fría en un plato hondo que Ma lleva por el pasillo sin nada abajo del impermeable, ahuecando el pecho para tapanlo, afuera es noche llueve tanto, las nubes no cejan, nubes sólidas, nada de algodón, cemento, plomo, óxido, y unas papas recién hervidas que pelan soplándose las yemas, uno de esos juegos de darle al otro en la boca que terminan en el piso: los pobres se divierten. Cuando por fin se apaga el disco de jadeos regulares, sostenidos, sin ninguna explosión ningún desborde, se oye uno de esos silencios espesos que no dan risa ni dejan dormir, y él por callarse lo que piensa le pregunta en qué pensás: entonces rodeos, la cara menuda angulosa de Ma se esconde y finalmente asoma desde atrás de sus rodillas, Ma no es ninguna moderna nena fría, una imprevista lágrima traidora perla sus ojos, él le ofrece su hombro y ella lo abraza, déjala rodar, desafíos, confesiones nunca faltan, él la esponja y la empalanga y trasca viene a sumergirse, mítico Milton hunde su lengua en el tacurú.

A todo esto una noche se emponchan con sábanas y flotan fantasmas en la azotea y otra, anterior, entran en lo de Vidal acompañados por los Nascate llevando cada uno



su pañuelito embebido en colonia sobre la cara. Las mujeres sostienen la puerta o corren las macetas mesitas sillas mientras los hombres bajan al pútrido, al arrastrado a través del pasillo, hasta la puerta de calle. El agua es negra está ahí nomás. Ante la puerta, sin haberse puesto de acuerdo, los cuatro se miran. Miran el bulto, el agua y el cielo, en ese orden, por toda ceremonia. El cuerpo se hunde en un segundo, pedorrea su testamento de burbujas desde allá abajo y eso fue todo, otro fiambre más en el floto del río, ¡adiós!, ¡adiós!, a levantarse las solapas del impermeable, a olvidar, a hundirse los vivos en su, a sacarle brillo: al día siguiente o al otro Milton baja a buscar la pepita, pelambre traga, miel lenta, días húmedos con todas estas comas como gotas de lluvia o pinceladas monótonas de una pintora amateur, una impresionista que atrasa décadas tratando de acomodar un paisaje que se le va de las manos, y ya se va, claro, si no hay lienzo que alcance, ni próceres muertos sepultados en el agua cuando sos feto y se cojen a tu Ma hasta vaciarla de gritos atragantados pendientes, gritos y manotazos a la pared y al colchón y choque de cabeza contra los barrotes que se aferra, se suelta y todavía falta espasmo, falta aullido que raja el aire y por un tiempo, siempre el tiempo, ese tic, suspende el pulso, respiración, latidos, todo trazo de vida en nosotros, hasta que la masa de músculos tensos cede y ella suspira, se afloja y cae, tac, como aquel que el sueño abate.

El cuerpo todavía empeñado en el sueño, Ma sintió el toque de la luz del sol. O primero sintió el aire tibio sobre la piel y movió un brazo para sacarse algo de encima, faltaba la manta, faltaba Milton, y recién después esa luz sobre los párpados que vela el negativo del sueño. El sol entraba oblicuo por el vidrio de la puerta proyectando un trapecio en el colchón. Ma se fue deslizando con modales de gata y se volvió a adormecer. Se despertó transpirada, se puso un short y una remera de Milton con las costuras para afuera y salió.

Arriba el aire olía a plantas, a pasto silvestre, a humo, agua y soretas de Benyi. El sol ardía con una fuerza increíble. Una capa de vapor acolchaba la tierra. Milton esperaba sonriendo, flor de loto en equilibrio sobre la medianera de la terraza, un poco dueño de la mañana él o con esa satisfacción del abridor, del pionero. Del otro lado de la parecita entre terrazas apareció el equipo Nascate, subía la escalera atrás de su entrenador recién afeitado y con la toalla sobre los hombros. Era un conjunto lagañoso, incrédulo, con algo de presos a la salida del túnel cavado con cucharas y algo de oruga alándose y dejando caer en los escalones de cerámica las cáscaras secas de su piel anterior. Todos se miraban como si acabaran de despertar en ese instante, después de soñar que estaban en la terraza, ¡y enterarse de que los demás habían tenido el mismo sueño! Incrédulos, tanteaban las paredes de esa celda de sol, le apuntaban con su muñón de cara al otro sin verlo, todavía no sorpresa por los pelos en desorden y las marcas de la sábana sobre la piel, los lamperones patito del pantalón, la pechera de

baba seca, las hilachas, la costura abierta, el pijama corto, toda esa versión ridícula y de ultrasueños que de a poco empezarían a descubrir de reojo como nuevos nudistas, incluso los pezones de Ma tensando la remera que le hicieron parar la pija a Milton, obligarlo a relajar el perineo y pegarse al borde bajo de pared con la excusa de que a lo lejos, a babor (porque para entonces al río ya le habían aparecido un par de orillas con casuarinas, sauces, ceibos y ñandubayes, vegetación espesa, ganado cimarrón que pastaba indiferente, barrancas y plantaciones), adonde Milton dijo que le parecía ver algo sólo para esconder la pija contra la pared al final terminó viendo algo: techo rojo, con tejas, ¿tejas?, asombro de Ma en falsete, menos interesada por lo que divisaba el vigía que con esa intuición del otro cuerpo que le daba el amor, y esa obediencia para satisfacerlo, Ma fue a ponerse de espaldas, dejó que la abrazara de atrás y le indicara dónde las veía con una mano apretándole el pecho y la otra extendida, del otro lado de la pared los Nascate también empezando a excitarse: ¡es verdad!, ¡sí!, todos los índices bajo el sol apuntando al techo de tejas y la pija que en la penumbra corcoveaba y pujaba contra el lienzo y hacía fuerza por salir, puede ser, sí, y se acomodaba entre los cantos dóciles, sí, y se frotaba y se zafaba y se volvía a colar en el short amplio a lo punga, y la encanalaba de una, sí.

Tejas y también antena, columna de humo, hilos del tendido eléctrico perdiéndose entre las copas a medida que la corriente lenta los acercaba a la orilla. El aire de la mañana en silencio, la casa encostó contra unas raíces, a la entrada de un sendero como los que abren las hormigas en el pasto pero a escala humana. Gorjeos, pájaros confianzudos, manchas de luz. Trenzaron sábanas y las amarraron a un árbol: bajaron por un tablón que habían dejado los últimos pintores. Milton primero, Ma pegada a su espalda, atrás Yamila, Benyi y Brian, última Beatriz riéndose de su falta de equilibrio. Nascate por lógica a cargo de la casa. Se alejaron por la picada en zigzag

oyendo sus últimas advertencias, arrastrándolas a la cola hasta que la distancia, el propio entusiasmo, esa alegría de cortejo que atraviesa el campo ondulando como un echarpe de colores.

Las cañas se hicieron más altas y gruesas y el camino angosto. El sol lanzaba navajas afiladas entre las hojas, y de la tierra subía un olor a humedad profundo y sombrío. Si paraban, unos mosquitos muy livianos, llevados por el viento, les caían encima. El grupo se fue partiendo en tres. Milton sostenía el ritmo y Ma lo seguía tratando de atrapar la mariposa de una mano. Brian, con botas de goma y cantimplora, guardaba hojas secas, ramas, caracoles y alas de insectos en una bolsita. A Beatriz se le pegaba la suela de las chancletas al barro. El movimiento que tenía que hacer para despegarlas y levantar el pie le daba risa. Yamila la ayudaba bajo protesta, empastándose, y la retaba con miedo a que las dejaran atrás y al enojo de Nascate, un miedo extraño de ver a la madre como borracha de barro y que su risa insensata la enchastrara a ella.

Ese camino desembocó en un pastizal hundido en agua. Volvieron a ver el sol, pero ninguna casa, ninguna humareda, aunque por momentos el viento traía un olor fugaz a hojas quemadas. Esperaron a Beatriz en el albardón. Se le había roto la tirita de la chancleta y llegaba rengueando, agarrándose de las ramas, sin poder parar de reírse. En alguna parte pareció explotar un motor, o eran ladridos, o por un segundo una radio que trataron de localizar con el cuello ladeado y una mano en alto, pero el ruido se deshizo en el aire. El camino empezó a ofrecerles desvíos que a la ida no estaban. Ahora dudaban si era el mismo. Una punta de tronco quemada, una guirnalda de nailon negro atada a las ramas, ¿podían no haberlas visto? Empezaron a andar rápido, seguidos desde arriba por un gran pájaro negro de alas pesadas. Iban esquivando raíces, madrigueras, cortando con la cara líneas invisibles y pegajosas tendidas por insectos

entre las cañas, velos de telaraña sobre la frente y en la nuca la risa desatada de Beatriz. Ahora iban atrás de unos patos o gansos blancos que aparecieron en el camino y que a su vez se escapaban de ellos. Corrían arañados por el filo de las ramas pero también hiriéndolas, en círculos, con Benyi que se enredaba entre las piernas de todos, era pateado y gemía y ladraba pero porque había sentido la voz de Nascate y el agua cerca.

En algún momento, la corriente había empezado a picarse y ahora arrastraba ramas y camalotes a toda velocidad, y golpeaba contra los cimientos de la casa. Nascate los esperaba en el umbral aguantando la amarra. El arbolito al que estaba atada se arqueaba y crujía, pronto se desterraba.

Entren rápido, gritaba Nascate, rápido.

Al tablón se lo había llevado el río. La casa bailaba. Milton último en tierra los ayudaba a embocarle a la puerta. Cuando saltó Beatriz, su chancleta rota cayó al agua. Después la sogá se cortó, la casa arrancó de golpe con un sacudón y Nascate se dejó caer en las baldosas del pasillo. Los chicos mudos mirando sus brazos tajeados de rojo. Beatriz de golpe seria, viendo alejarse la chancleta que surca rápida el agua acompañando a la casa hasta que un remolino la aleja y la calza entre los juncos. Queda encajada ahí mientras la casa se va.

Entonces Milton y Ma decidieron apoderarse del mundo. El mundo: ellos dos y las ocho paredes del departamento, esa burbuja flotante en la que viajaban.

Ma se adhirió a la casa con sus sopapitas de rana de fábula, la hizo suya poniendo cada cosa en su lugar, limpiando hasta dejarla totalmente desengrasada, ordenada y brillante, como en un sueño. Adentro de la burbuja, la luz flotaba libre de polvo. Ma trabajaba y cantaba: *dueño de ti, dueño de qué, dueño de nada, un arlequín que hace vibrar tu piel sin alma, dueño del tiempo y del recuerdo de la luna sobre el agua... O: qué es lo que pasa, amor, que nos estamos alejando tanto, que cada día nos queremos menos, que cada noche que termina es un fracaso...* Canciones siempre de amor perdido, conjuros, ¿a qué le cantaba? Se despertaba con náuseas pero con ganas de levantarse y trabajar hasta el mediodía. Después del almuerzo, cuando el guante del calor sofoca todo, los dos en malla jugando a un juego que desemboca en luchas de catch sobreactuadas, tomas cómicas, chicotazos con la franela, corridas, y en la cama, vuelta a tender más tarde sin reproches, cantando.

Milton pasó de los castillos de naipes inestables y las flores con el papel plata de los cigarrillos a ocuparse de los arreglos de la casa. Esa veta práctica fue una revelación. De pronto, una madrugada, se encuentra golpeando la pared de la pieza con una maza y un cortafierro que el sueño puso en sus manos de amanuense. Golpea, no se pregunta de dónde. El revoque vuela. Ma se despierta con los mazazos en las sienes y atina a taparse. A través de la trama de la sábana lo ve de espalda, sin camisa verde

Grafa ni sombrerito de papel. Ve sus hombros huesudos lucientes, su pelo gris, la telaraña de grietas extendiéndose por la pared. Golpea contra un rectángulo dibujado con lápiz sobre la medianera, sin parar, con pasión menos de poseído que de converso, golpes de polvo, sordos, de lleno. Si le pifia, la maza desafina, todo vibra y él putea y sigue. Polvo y sal en los ojos, nudillos en carne viva. Cada golpe lo lleva más lejos, como si se diera dándole. El cortafierro se traba, Milton apalanca a costa de su muñeca y un cascotón rojo seco salta, vuela sobre la cama y rueda y la pieza se vierte de luz.

Asomado a la banderola, Nascate en calzoncillos tiembla.

Después Milton iba a explicarles que necesitaba una ventana para tener qué mirar mientras no hace nada, un recuadro para imaginar su pasado.

El agujero quedó abierto esa misma tarde, a estribor, del lado que soplabla el viento. Por esa mordedura en la pared, una noche va a entrar una ola y se va a llevar la casa a pique, profetizó Nascate.

La fiebre del cortafierro terminó también con las divisiones de la terraza, dejando una sola bien grande, regada de escombros, pista de bicicleta para los chicos y Benyi saltándole a los tobillos, y con el portarrollos del papel higiénico empotrado en la pared del baño. Después vinieron todo tipo de arreglos. Milton encoló sillas, empalmó cables, ajustó el elástico de la cama, atornilló el mango de la pavita panzona, calafateó, lubricó, revocó, pintó y pulió; ahí empezó a inventar cosas nuevas.

Una tarde perdida sin saber qué hacer, saliendo de la cocina al patio, con la bóveda del paladar pelada de tanto mate y chasquidos de fastidio, ve de reojo las ruedas de un carro volador a punto de chocar contra su cabeza. Pudo agacharse rápido para esquivarlas. Suspenso, redoble de tapa de pava en el piso. Al enderezarse descubre su bicicleta colgada de la pared.

Es la penumbra del atardecer, con sus rondas de error y visión.

Trabaja toda la noche persiguiendo herramientas que se le esconden, y con una de las ruedas, el manubrio, un cajón, las patas de una silla vieja de roble y un par de palos termina de armar, de madrugada, la carretilla. Se aleja para apreciarla, le pican los ojos. En la cocina se hace un mate fruto no del tedio. Al primer sorbo tiene la imagen de la que va a ser su próxima obra, el mediomundo con polea. Siente el impulso del creador, el que decide sobre las cosas, su plenitud. En sus manos todo encaja. Si al descuido cuelga el asiento de la bicicleta, de cuerina naranja y flecos, en el clavo de la pared, apuntando hacia abajo y un poco para adelante, lo que aparece es el pubis de las odaliscas berretas en los gabinetes del bar libanés de Malabia: tómame, tómedame, la tanguita que engatusaba subgerentes de provincia, congresistas de América, jueces cocidos en su baba y algunos solitarios como él.

Años dormido estuve, dice, viendo la luz del día que de a poco invade el patio y lo va haciendo cambiar de color y tamaño. La carretilla también se transforma bajo esta luz. Ve detalles, cositas, retoques. Nueva tensión, nuevos músculos que cobran vida, que fueran a salirse del cuerpo parece, como él mismo, y a volver a entrar cambiados, ¿o no es otro Milton este que entra a la pieza en puntas de pie y se desliza desnudo entre las sábanas como un cuatrero a través del alambre de los campos? O no son nuevas estas manos ásperas que sin un solo ruido, un solo roce de más, doblan la falda del camión floreado de Ma, que dormía profundamente, sin alertarla, manos hábiles infrarrojas de quién. De quién el índice que separa la bombacha del cuerpo tibio de Ma y la corta con una tijerita bien afilada, y después la otra tira, y descorre el velo negro de lycra. Quién se arrodilla sin que suenen los muelles, quién contiene un suspiro o burbuja de tos traicionera atorada en la garganta, respira hondo, cierra los ojos: ¿quién seco entró?



Marcada la casa, un supuesto sábado de sol, Milton y Ma vaciaron las despensas, los roperos, cajones, botiquín, estanterías, mesitas, etcétera, y amontonaron todo en el piso del patio. Lo habían visto hacer muchos sábados, pasando por la vereda de casas adonde otras parejas llegaban para instalarse, y siempre con esa claridad, esa luz especial elegida por el director para la escena de la mudanza: las cajas, los muebles, lo frágil, los choques cómicos en la puerta angosta, la pareja purificada por la luz frente al futuro que es la casa vacía.

Yamila y Brian ayudaban, qué divertido. Ma se había atado un pañuelo en la cabeza y aprovechaba para repasar el interior de las alacenas cantando en voz muy baja, reconcentrada, sin oír los pájaros, los sapos ni el silbido de Milton. Cada tanto el cristal de la mañana vibraba con un ladrido de Benyi y quedaba sonando, fluía de a poco hacia el silencio hasta apagarse del todo.

Y más rápido iría, sin tanto lastre. El calor del sol en el cenit la hizo reventar y todo lo que incubaba desde hacía años salió a la luz, excesivo como el relleno de esos muñecos de trapo destripados que no para de salir. Quedaron casi todos los muebles, lámparas, mantas, *Los grandes pintores*, el menaje. De las sábanas, cortinas y manteles, lo sin puntillas. Los licores, los artículos de limpieza. Abajo de la pileta del lavadero descubrieron un tesoro, una caja de cartón con seis frascos de champú. Yami se llevó una muñeca de porcelana, un sombrerito de terciopelo negro con pluma, varias carteras, esmaltes, todos los cuadros, las postales, dos copitas de licor talladas, un

frasco de perfume vacío, un cenicero de hotel y un pañuelo de seda. Brian, la colección de animalitos de cristal, un fuelle, un silbato, cortes de tela, cajas, un embudo, goteros, frascos de tinta seca y de remedios vencidos, el papagayo y el bastón. Todo lo demás fue a parar al agua a través del hueco abierto en la pared por ahí para esto.

Ma quiso saber de esa abuela, pero las cartas caligrafiadas, algunas fotos al fondo de cajones, sus cepillos y su ropa, hablaban de ella más que Milton. Qué diferencia con Beatriz, cuando subían con el termo y el mate a la terraza y se tiraban a charlar en las reposeras una al lado de la otra, de cara al sol que pasaba de estribor a babor mientras se contaban sus vidas y las de sus conocidos perdiéndose en cada recodo. A un costado, sobre un ladrillo, se iba amontonando el reloj lerdo de yerba. Abajo Milton martillaba y silbaba, y Nascate en silencio vigilaba las líneas.

Lo último fue el viejo televisor forrado en madera. Lo apoyaron sobre el borde grueso de pared: a la una, a las dos y a las tres. El cable viboreó entre sus piernas sin engancharse ni arrastrar a nadie ni llevárselo de ancla hasta el fondo, a alguno de los chicos, que duelen más, hacia la vieja bóveda barrota. No, éste es otro género. Acá reciben una salpicadura y se ríen, río de agua bendita que viene a mojarlos al final de toda esta ceremonia como anillo al dedo, y viene el beso, frente al altar de la ventana, y Yamila y Brian de testigos atrás, sus aplausos. Porque ceremonia era, ¿o Ma no se había dejado llevar apoyada apenas en el brazo de Milton con los chicos a la cola a través de las porquerías desparramadas en el piso del patio, con pasos de pelícano o como entre las champas? Si no podían evitar los pliegues, los volados, el voulez vous, la excitación que exageraba sus risas, la tendencia de Milton a consultarle todo, la de ella al falsete, y así, entre envases de lavandina, latas y bidones vacíos, celebraban su unión oscura y tibia.

Tibia, sí. En toda esta puesta hogareña había algo sospechoso, algo que necesitaban disimular con pasión. Había algo en sus besos... Frente a frente, rodeando con los brazos la cintura del otro, las bocas sin abrir estiradas hacia adelante, chocaban los labios fruncidos, se alejaban un centímetro y enseguida volvían a chocar, casi rebotaban en la otra boca, siempre mirándose a los ojos. Eran más bien picoteos, un pájaro que trata de extraer del fondo de la boca del otro un gusano recóndito y trabaja, trabaja... Cada tanto una boca se desplazaba hasta una oreja, susurraba y volvían a besarse, y mientras tanto se miraban. ¿Veían algo de tan cerca, descubrían el truco? Algo había, más allá de la línea punteada del trópico, del calor sofocante, para que Ma se quedase con todos los vestiditos de la abuela de Milton, cortes rectos, de telas livianas, estampadas con colores alegres, aunque le sobraran mucho de hombros y bajo las axilas pero en la cintura menos. Y cuando dijo que no los tomaba porque le daba fiaca, que le gustaban así, y al preguntar si le quedaban bien: ¿a qué jugaba? ¿A qué jugaban cambiando los muebles de lugar o imaginando las paredes de otros colores mientras comían en la cama, a qué prodigándose tantos? Cuando él estaba aceitando una bisagra y Ma le acariciaba la coronilla traviesa al pasar, y cuando le cocinaba tortas, lavaba sus calzones, lo sonsacaba, anotaba lo que le oía decir en sueños, y él, cuando la abrazaba fuerte contra su pecho con la excusa de la piel de gallina, o diciéndole que el arroz le había salido rico, que la quería, sí, y cuando uno de los dos arrimaba su pala a la escoba del otro, atingidos por esa luz plana de todo sábado, y cuando a la hora de la siesta descubrían ese cuerpo en sus brazos y se obligaban a hacerlo acabar, y poniéndose crema gotas oftálmicas vendas, y dejando caer el sorete propio sobre el sorete ajeno en el inodoro para ahorrarse un viaje con el balde, ¿a qué jugaban?

Cada tarde, alrededor de los bordes de la casa, se empezaba a agitar un sonajero de insectos. Las bandadas pasaban en ve hacia el oeste con su orden misterioso y en la costa cabeceaban las copas, de un lado dunas pintadas con aerógrafo de violeta y naranja, del otro el bosque, los animales desconocidos que se guardaban o recién asomaban con la oscuridad, el vagalume, la playa empezando a tender su ancha cama de arena.

La niebla, levantándose del río, abrazaba la casa. Eran los últimos chuchos del día en la superficie del agua, pronto negro aceite alrededor de sus paredes. Era un cuchillo sin punta ni dientes, de los de postre del juego, separando el contorno de la casa del día. Uno de esos cuchillos que les dan a los chicos precisamente porque no les sirven. La casa desmoldada cae de ceca.

Allá arriba, en la terraza, un ruido sospechoso quebró la quietud de estanque adonde cada uno preparaba su sueño... Cada uno en su rincón empezaba a golpear la masa, a desendurecerla. Chirle tiene que quedar. Apenas habían abierto el paquete y le daban así, con los primeros puños, para entibiarla. A veces tiene pegados pelos, hojas, yerba, hasta un panadero. Hay que dejarla lisita para entrar, hay que dejarla mole. Trabajaban en esto cuando oyeron...

Ya habían sentido otras veces el mismo ruido indescifrable, como de risas o sollozos entrecortados. Por ahí en alguna parte alguien lloraba de alegría, por ahí

alguien reía de nervios. Cada uno descartó lo que acariciaba. En este viaje, todas las almohadas esconden algo.

¿Será posible? No hay ocaso sin obstáculo. A Nascate le tira la sentencia, es su forma preferida. Subió en pijama, con aquella voz de loco azuza sombras.

Milton patrullaba los patios con su martillo.

Soplaba una brisa suave sin mover la bandera. Andaban las mujeres, por esta vez, calladas, los chicos incitándolo a Benyi a husmear. En la neblina todo se tramaba con grano grueso. De los dos lados, la tierra acompañaba al río con su pianito de negro en penumbras. Las primeras estrellas, el último pájaro, puaj: mirándolas se hicieron sombra.

Era el sauna de Seurat, era el sereno.

Cerca del sol, los días son más cortos. Amanece temprano y enseguida empieza a hacer un calor insoportable. Por suerte la tarde cae de golpe, también temprano, y cede una oscuridad engañosa, una máscara del fuego.

El aire quema. Obligados a refugiarse del calor, todos corren de una trinchera de sombra a la otra. Tragan bocanadas cálidas, se apantallan, se acuestan y empapan la cama, los mosaicos, las paredes y el techo pelan, nada salva del sol, el agua oscura del fondo del río alivio rápido pierde poder. Cada tanto alguien tira una ráfaga de baldazos contra la casa pero enseguida su rabia o sus fuerzas también se evaporan, entonces deja el balde en un rincón y se rinde.

Todo se acepta con esa indiferencia que da no dormir, aunque duermen, pero sin descansar, en tandas, vencidos sobre una silla y otro poco de noche, Ma despertándose a cada rato con la vejiga comprimida por algún miembro nuevo mío y la almohada en la otra punta abajo de sus tobillos. Se levanta y va al baño esquivando los libros de *Los grandes pintores* desparramados alrededor de la cama. Si el elástico cruje, Milton se da vuelta y protesta, y al girar tira al piso el último fascículo de la noche. Duerme desnudo, con la almohada apretada entre la cara y los brazos y los puños prietos.

De mañana, rearma la pila de libros sobre el colchón, menos uno que siempre descarta. Todas las mañanas, puntual, Milton le da de comer al río su ración de arte. Lo tira sin levantarse de la cama, a través del agujero, de lejos. El libro aletea en el aire y cae, se le acercan garzas curiosas, él no lo mira hundirse, no lo va a extrañar. Empezó

como un chiste. Después dijo que era otra forma de sacarse de encima una capa de cultura que le pesaba, seguir el trabajo que había empezado cuando se transformó a sí mismo en ¿alguien útil?, ¿un artesano? Ma no sabe qué contestarle. También toda una teoría vaga sobre despojarse, y lo verdadero, y que de todo hay demasiado, y que un sólo pintor, un sólo cuadro, una sola página escrita, deberían alcanzar para toda la vida. Ahora pasa el día hojeándolos, a ver cuál va a sacrificar mañana. Delibera hasta durante el sueño. Es su nueva ocupación visible. La otra, reforzar las soldaduras del carozo que pasa de boca en boca sin abrirse, el fruto de lo que callan, empozarlo lejos de la mirada de Ma.

Como si el calor pidiera espacio, ahora la casa los divide: Milton en la pieza y Ma en la cocina adornada con Kandinskys que salvó del agua la única vez que intercedió ante el verdugo. Recorta esos bichos coloridos y los pega en los azulejos, le parecen alegres. Pero, mujer, la alegría la espera de Milton, y no le viene. Cogen, siempre con gusto, a alguna hora del largo día, o más bien se chupan, los mismos cuerpos resistentes a la idea de pegarse al calor de otro, pero más allá de eso él casi no le habla, casi no se levanta, abandonó la construcción del horno de barro en la terraza, no proyecta nada, y cuando Ma lo ronda sin animarse tampoco a encararlo él le sonrío amable y sigue Renoir, o Franz Hals, o de golpe salta y se esconde atrás de un mueble para espiar a los guardias de las plantaciones que vigilan el paso de la casa desde la costa, ellos sí erguidos, la barriga cruzada por dos tajos de cartuchos y el fusil en la espalda.

Una de esas noches, la luz de luna llena atrae a Ma a la terraza. En un rincón descubre a Yamila en cuclillas, apichonada en un nido nube dulce. Escupe humo y se atora y trata de esconder en la mano un porrito todo deshecho. Ma aprovecha para tenerla en brazos. Le cuenta que de chica vivió con un tío que al volver del trabajo, mientras ella cebaba mate, le hacía armarle también sus cigarros. Deshace éste y arma otro, un cilindro fino y parejo que se consume sin apagarse ni una vez.

Mirando el río planchado, el borde negro de la barranca cortada a pique y la extensión infinita de palmeras, Yamila habla de Chelo por primera vez. Mientras la escucha, Ma se acuerda de cuando tenía la edad de Yamila y le parece que hubieran pasado mil años. El tiempo se distorsiona. Cuando se vuelvan a abrazar burlándose de sus sombras también va a parecerles que hace mucho que están hablando, o ahogadas en lagunas, pero antes tiran piedras a la orilla sin darle a nada, admiran la luz, parece de día repiten, parece de día, y se entusiasman con la idea de meterse en el río, Ma ofreciéndole su panza de feligresa a la luna y Yamila su vergüenza, el agua fresca las atrae pero las frena el miedo a los yacarés, se indeciden, calan la última tuca de la intemperie, después les da una epidemia de bostezos, oyen ruidos raros, alguien anda, aguzan, agazapadas, Ma la acompaña hasta su escalera resuelta a meterse en el río cuando quede sola baja y se acuesta a dormir.

Despierta un segundo después de haber cerrado los ojos y ya es casi mediodía. Ninguna imagen, ninguna sensación encarna del sueño. Así vacía está la cama. Náusea.



En el pasillo, fusilado de sol, Nascate le avisa que Milton bajó a tierra. Ma se imagina que fue a buscar maderas para construir el marco y la ventana, o para el bote del que hablaba, y prepara jugos, hace la cama y cocina.

Milton vuelve mucho más tarde de lo que ella esperaba. Contento, cantando la canción que aprendió de Brian, *sólo nadar no es original, yo quiero tener un par de piernas, y salir a pasear por ahí, ¿cómo dicen?, a pieeeee*, trae un portafolios de cuero negro, un diario plegado abajo del brazo y una botella en la otra mano. Una parodia de oficinista que llega a casa después de un día duro, pero el diario está quemado en los bordes y desteñido, la botella vacía, y él descalzo, rodillas de barro y hojitas en el pelo. Cómo son: ahora que él canta, ella calla. Se sientan a la mesa. Milton dice que tiene algo para mostrarle, abre el portafolio y desparrama unos papeles que agarró la lluvia. Traga la comida mientras lee en voz alta esos papeles en los que Ma no ve nada. Cuando termina, levanta la cabeza y descubre que ella llora. La consuela, consiente que lo lave, se terminan refrescando juntos, cojen y acaban juntos, se duermen juntos abrazados a cualquier otra cosa.

En la nueva rutina, Milton salta de la cama temprano, se lava, toma cuatro mates rápidos con Ma mientras ella le prepara la vianda y baja a tierra. Ahora, el fascículo que tira se define sin pensarlo, después de una ojeada ligera al azar. Aunque diga que busca algo nuevo y que su peor enemigo es la rutina, las va encadenando una atrás de otra como un acróbata de ferias. Arrojar el fascículo es el eslabón que une el hábito anterior con éste de salir.

Se interna por el primer sendero que ve, siempre del lado oriental. Abandona la vianda en las vizcacheras y come lo que encuentra, diente de león, hinojo, bayas. Un día bananas verdes, otro mamones, setas, ají. Ningún poblado, ninguna otra persona en su camino, pero él intuye que alguien más anda, y rastrillando encuentra restos de

fogones en lugares siempre parecidos, al reparo de piedras grandes o árboles nudosos que podrían servir de atalaya, y tronquitos tallados en punta, otras botellas también vacías con la misma etiqueta de la primera, cabos de vela, cáscaras, puchos, pilas, un zapato, llaves oxidadas y otros portafolios, documentos desteñidos, monedas.

Bandas, dice Nascate cuando se entera por las mujeres. Por la misma vía, en sentido contrario, corre una conclusión: comprometés la casa, le dice Ma sin conseguir enfriarlo. Otra noche no vuelve. Ma lo llora. Aparece al día siguiente. Cuenta que encontró una casa en ruinas, dos piezas sin techo y los agujeros donde alguna vez hubo puerta, hubo ventana, que durmió ahí y en algún momento lo despertó la luna mirándolo como una anciana mofletuda a su huésped nuevo (a Ma le viene a la cabeza la bruja mala), que tuvo que esperar la luz del día para poder leer las paredes grabadas con frases escritas con tinta y carbón en otro idioma, con trazos torpes, también dibujos, caras de perfil y otros como planos o indicaciones de caminos para llegar a alguna parte, y cuentas, y fechas que se sucedían, como si ellos se estuvieran dejando citas. Por los agujeros de esa casa se iban las historias, entreveradas con la selva y él quería irles atrás. Ma se fastidia, ofendida, para ella una casa es un santuario, no se abandona, no se deja derruir.

¿Quiénes citas Milton, ellos quiénes?, al borde del llanto.

Hay otros mundos, dice Milton, más allá de esta casa. Muchos mundos y muchas vidas posibles: esa intuición la tuvo desde siempre. Entrampado, sin saber cómo cambiar, sin ocurrírsele ninguna salida, ningún medio de fuga, tenía siempre como esta idea que no llegaba a formarse con claridad. Apenas lo rozaba a veces una punta de imagen, fugaz como un deja vu o la memoria de un mellizo desprendido antes de nacer, y se deshacía sin que pudiera ponerle las manos. Desde que se acordaba de su vida era así. Y de repente, aquella noche larga que terminó con ella en su cama, pensándolo

después, sintió que esa noche el nudo se había desatado. Pasó sin que me diera cuenta, por ahí durante el sueño, no sé. Esa mañana, mientras se secaba el pelo mirándola dormir, con la imagen del río y el cielo electrocutado todavía en los ojos, el mundo ya era otro. Era muchos. Abierto el mazo del mundo se mostraba en muchas cartas posibles. Mundos paralelos que están todo el tiempo ahí, asoman y se vuelven a esconder. Vos sos uno, uno de los mejores que conocí. Este río es otro. En cada camino, en cada desvío hay otro posible, como estas ruinas de anoche, como las personas que venimos siguiendo o acompañando o ellos a nosotros, todavía no sé. No sé qué vida viven. Tendrán leyes, como todos, la cuestión es descubrirlas, es lo más divertido del juego. Después dice que eso trata de hacer ahora, y vuelve a desparramar los documentos y los papeles encontrados, y se inclina sobre.

Ma camina muy despacio hasta la pieza, se acuesta y se encoge en la cama. Por hoy no quiere saber más, no quiere oír piropos torpes ni esperar que él pregunte desde allá qué te pasa o necesitás algo. Se hace un sándwich de cabeza y almohadas, y en esa cueva mullida, un poco como yo acá, ejercita sus muecas menos vistas.

No eran los únicos habitantes de esas aguas. Los rozaban chatas comidas por el óxido sesteando panza arriba, botes con su nativo harapiiento con botas altas de goma y perro en la proa, canoas cavadas en el vientre de un tronco, lanchas molestas como mosquitos, una de milicos con megáfono: que izaran bien en alto la enseña nacional, y más visible el nombre de la nave. Beatriz, equilibrista en un peldaño, pintó con esmalte blanco sobre un ladrillito rojo del frente, encima del óvalo 970, la palabra Muñecas.

Un sólo encuentro los tocó.

Nascate, ya casi recluso en la terraza, y en un irvenir nervioso constante, avistó otra casa que se acercaba al Muñecas en sentido contrario. Enseguida reconoció la de los Pozzi, su patio con sillas rengas y gallinas, la galería con su techo de varas podridas, las jaulas, la entrada a las piezas, las montañas de cosas juntadas de la calle y basura que ellos mismos quemaban. Los Pozzi vivían rascando restos de subsidios: desempleo, incapacidad, cajas PAN, pensiones, pero eran ultraliberales con la basura y mantenían una lucha a muerte contra el monopolio municipal.

Ellos también se sorprendieron. Don Pozzi, panzudo, con su gorra de beisbolista, short y ojotas y el mismo mate larguísimo de pezuña pulida siempre en una mano, y las tres viejas que levantaban la cara hacia el Muñecas y pestañaban. ¿Qué hacen ustedes acá?, gritó Don Pozzi con su vozarrón, las yemas juntas, y las viejas se rieron y repitieron el gesto, ¿qué hacen ustedes?, el hueco incrédulo baboso y sin dientes.

¿De dónde vienen?, gritó Nascate, asomado a la medianera, señalando el río.  
¿Qué hay allá? ¿Hasta dónde llegaron? Pero las viejas, y los jóvenes que habían salido al patio con su radio a todo volumen, empujándose y bailando y pegándole a los más chicos, todos repetían atrás de Don Pozzi, ¿qué hacen ustedes acá?

Benyi y los perros Pozzi se chumbaban sin parar, igual que antes. Eran seis o siete perros que de mezclarse años entre ellos daban un híbrido cabezón de pelo corto gris. Nascate se dio vuelta para gritarles a Brian y a Yamila que encerraran a Benyi y cuando volvió a asomarse, viendo el patio cada vez más lleno de perros y parientes de Pozzi, como un rompecabezas al que le sobran fichas, ladrando y discutiendo a los gritos, empezó a dudar si lo habrían reconocido.

Las dos casas se pusieron a la par y se encajaron formando otra vez por un instante el cuerpo que habían tenido tantos años, los dos frentes hacia ese sol en diagonal de las ocho de la mañana que quemaba como si fueran las doce, uno marrón claro cochambroso y el otro de cerámico rojo símil ladrillo, Muñecas 970, 976.

Ma, que reposaba, mareada, oyó los gritos: vecino, somos nosotros, qué carajo hacen acá, y fue hasta el hueco de la ventana y se agarró de los bordes. Los chicos entrando a empujones casi la tiran al suelo. Eran varios pibes sucios, en pantaloncitos, que se pusieron a saltar sobre el colchón y a revolear las almohadas por el aire. Pasaron como ráfaga por la pieza, la sala y la cocina, subieron a la terraza y desde ahí saltaron a su patio agarrados a los alambres de colgar la ropa. Cayeron sobre las gallinas espantadas. Don Pozzi aplastó la gorra contra el piso y los empezó a correr revoleando un puño.

Del fondo, por entre unas celosías desvencijadas, se asomó al patio una chica morocha, jovencita, pelo largo revuelto, ojos amarillos, labios gruesos esquinados de saliva y la misma cara descompuesta de Ma. Se agarraba a las maderas como ella a la

pared. Al final de sus patitas finas, la panza inflada. Se quedaron mirando, la chica y Ma, en silencio, serias, cada una impresionada por la visión de la otra, tan parecidas que podían imaginar sus pensamientos, la pena que se daban, la fe en el hijo más lindo, más bueno y más inteligente que les permitía soportar ese estado, el mejor hijo, el redentor.

El viento barrió gritos y ladridos. Río arriba se oyeron explosiones lejanas. De un sacudón, la corriente separó las dos casas, y cada una buscó su destino, los Pozzi la ciudad y el Muñecas río arriba, adonde unas nubes grises tejían con lana de presagios.

Ma sacudió las sábanas antes de acostarse. La misma angustia descolgada y oscura envolvía a todos. Cuando los chicos vinieron a traerle un vaso de leche los vio sosos y sin gracia, tristemente amables. Ellos parecían concientes.

Nascate siguió dando vueltas en la terraza hasta que se hizo de noche y Beatriz subió a rescatarlo de la lluvia. De abajo se oían sus pisadas, putear cada tanto a una maceta o una piedra, caminaba repitiendo el diálogo, vecino... adónde... qué hacen... y la pantomima de lo que había pasado. Después volvía a su puesto de vigía, trataba de penetrar la cortina de agua espesa, dudaba si una luz, o se agarraba una muñeca y la sostenía por la fuerza contra su espalda marcándola de violeta hasta que no aguantaba más.

Son cinco jinetes en la playa, o en un camino de arena que desemboca en la playa.

Tres descansan sobre sus caballos marrones, quietos, de frente al mar. El principal está ubicado exactamente en el centro del cuadro, de espaldas, sin camisa, descalzo, la piel bronceada y el pelo negro, vestido sólo con un pantalón verde que le llega hasta las rodillas. A su izquierda, en diagonal, hay otro jinete también sin camisa y descalzo y con el mismo modelo de pantalón, pero azul, y sombrero. Los dos están bien sentados sobre sus caballos, la espalda recta, un brazo flexionado y la mano apoyada sobre el muslo. A la derecha, un poco más adelante y también en diagonal, el tercero, casi desnudo, con un taparrabos rojo y un pañuelo blanco sobre la cabeza. Su piel es más oscura. Entre estos dos encierran al del centro en una V que apunta al agua.

Por la izquierda aparecen dos mujeres al galope sobre caballos blancos. Tienen las dos el mismo modelo de vestido, una amarillo y la otra rojo, de mangas cortas, recogidos sobre los muslos y con capucha. Se frenan antes de interponerse entre los primeros y el agua. Aunque están en planos diferentes, la boca del primer caballo blanco y el codo del jinete de la izquierda se tocan en un punto, más una mancha blanca de espuma que está al mismo tiempo adelante y atrás. Los cinco montan en pelo. Ellos caballos marrones y ellas blancos, ellos de espaldas y ellas de perfil. Desnudos el torso de los hombres y las piernas de las mujeres. No se distinguen los rasgos de la cara de nadie.

A la derecha del tercer jinete, una línea divide el suelo rosa y blanco, adonde están ellos, de un pasto amarillento en el que se levantan tres troncos marrones muy finos y sinuosos que poca sombra dan.

Al frente el mar, azul y con un borde blanco de espuma, ocupa poco espacio pero todas las miradas.

La línea del horizonte une las cinco cabezas, aunque la del hombre del centro está un poco por encima. Sobre esa línea, única horizontal de todo el cuadro, se ven a lo lejos dos islas borrosas, una naranja y otra amarilla.

El resto es el cielo.



Un amanecer, cuando todavía se guardaban en su cueva los últimos murciélagos, y empezaba a aletear el guaroé en los bancales, Milton dejó el Muñecas. Trabajó su puerta en silencio y cruzó por última vez el umbral de la casa.

Era demasiado temprano hasta para las rondas de Nascate. Nadie lo vio meterse al agua sosteniendo una bolsa encima de la cabeza, trepar a tierra por una escala de raíces de puya y perderse entre la vegetación lujuriosa que se peleaba por abrazarlo. No dio vuelta la cara, en su mundo nuevo no había lugar para las despedidas. Sólo el hambre voraz y el asombro, el pasaje de los agudos de Benyi en el lavadero del 1 al zumbido de una nube de mosquitas del coco rodeándolo en la orilla a modo de bienvenida, el perfume espeso y dulce de los frutos.

La falta de un encendedor, una linterna, un cacharro, mate y bombilla, una línea de pesca, su navaja y el capote de plástico transparente, ese era su adiós, más la hoja con la copia del cuadro arrancada, nota muda que Ma no leyó ese día ni el siguiente, cuando ya no la desesperaba que Milton no hubiera vuelto a dormir, no golpeaba las puertas de Beatriz ni lloraba tirada sobre la colcha, ni más tarde, cuando se deshizo de *Los grandes pintores*, los pocos que quedaban, sin hojearlos. Guardaría todo lo demás por una esperanza mínima de que volviera, por las dudas, culpa o ese respeto por las cosas de los ausentes, de últimas porque la casa era de él aunque la hubiese abandonado, pero no pudo esperar para deshacerse de los libros, como si sus imágenes lo hubieran echado a Milton en la cama y distanciado de ella y finalmente hecho partir,

no ella, no la bola deformante inflándose entre los dos. Decidida y rápida como el cura cuando rastrilla la biblioteca del Quijote y tira por la ventana los libros que va a quemar, los autores del daño, Ma tiró éstos al río.

Esa misma tarde, en la terraza, terminaban de coser las lonas para un toldo cuando ocurrió un episodio oscuro, del que Ma fue testigo sin terminar de entender qué pasaba y sin saber cuánto afectaría este hecho su vida en la casa de ahora en más. Las frases que parecen mejor construidas son las que menos sentido tienen. Es la convención. Así disfraza su locura el emérito, el normal.

Cosían y cantaban. Amor, amor, amor, amor, amor. Perseguían al fantasma con los cantos tristes melosos de siempre, la voz de Ma se afinaba tanto en los finales de frase que la de Beatriz, suave y gruesa, quedaba sosteniendo sola.

Yamila tomaba sol boca arriba sobre la estera, en bikini, una piedra playa en cada párpado. *Estás llamando a un gato con silbidos*, cantaba ella sin oír a la madre pero respondiéndole, y con una voz muy parecida.

El río se había puesto sinuoso y espeso de camalotes. En el puente de proa, Nascate vigilaba el camino enmarañado de crestas de yatays. En su espalda descubierta, sobre un omóplato, al límite del óvalo oscuro que proyectaba el sombrero, se veía la cicatriz donde lo había mordido un perro de chico. Tenía como un tic de buscarse esta marca. Giraba la cabeza por encima del hombro, o trataba de pasarla por abajo del brazo, como si la cicatriz lo llamara para confidenciar. Esas torsiones frustrantes, porque nunca llegaba, lo enfermaban, pero no las podía evitar.

En la otra punta de la terraza, Brian jugaba a ser un luchador de artes marciales con una caña el doble de alta que él, recta y puntiaguda. Silbidos cortando el aire, poses de samurai. Benyi le ladraba, le tiraba el tarascón a la punta y Brian con un grito lo

embocaba en los riñones, zac, o en el lomo. Se ajustaba la vincha, el perro se retiraba y volvía a la carga con ladridos más agudos.

Dame esa caña, dijo de pronto Nascate. La casa estaba quieta y Nascate flexionaba una mano.

La caña. Brian se la quiso dar pero no quiso. ¿Para qué? Las mujeres, las chicharras y el viento de la tarde bajaron el volumen. Nascate se acercó al chico dando zancadas. Dame esa caña, te digo. Empezaron a forcejear. La mano derecha de Nascate apretaba la caña entre las de Brian que querían dársela pero no aflojaban, los tres brazos extendidos y la hélice de caña en el aire. Benyi gruñía alrededor midiéndoles los tobillos. El jurado de mujeres mudas a la expectativa.

Mordían la palabra dame a cada tirón. Dame, disparaba Nascate, y Brian solícito: tomá, pero por abajo dame, dame. Con un golpe de mano y un tacazo simultáneos, Nascate hizo rodar al perro y sentó de culo a Brian sobre la baldosa roja. Cuando se alejaba, Brian se le colgó de la espalda y él, sin darse vuelta, lo sacudió con la caña entre la nuca y el hombro.

Levantó el sombrero caído y siguió caminando hacia el borde bajo de pared que sostenía el bauprés. Los camalotes tapaban el agua de orilla a orilla. Plantas grandes de hojas redondas y flores amarillas, violetas o de un naranja rojizo real, de otras se levantaba un porongo verde y erguido sobre una base de pétalos fucsias secos que habían sido la vaina. Nascate empezó a estocar la caña alrededor de las líneas. Se alzaba apoyándose en los talones y se doblaba con todo el peso puesto en los dedos de los pies. Machacaba, se enderezaba y volvía a golpear.

Ver de vuelta el agua lo envalentonó. Golpeaba y hablaba, abría grande la boca mostrando la muela de plata de gondoliero fanfarrón. Ahí podía haber víboras, zorros, lobos de crin, pumas, hienas, gatos moros, pronto iba a ser de noche y cualquier animal

podía subir a la casa, que de a poco volvía a moverse. Un cementerio de plantas quebradas quedaban atrás, flotaban rotas con sus flores. Un par de culebras abandonaron el camalotal nadando hacia sus agujeros en la costa.

Nascate subió el balde y se enjuagó la cabeza, la cara y los brazos. Llevaba siempre un peine de plástico negro en el bolsillo de atrás del pantalón. Rozó con la palma los cardenales del pecho, dos medallas con las que Brian lo había condecorado en la lucha. Se dio vuelta. Se miraron. Nascate le tiró la caña señalándola con la cabeza. La caña sonó contra el piso como un piano hachado. Brian se soltó de Beatriz y fue corriendo a encerrarse en su pieza con los ojos llenos de padre.

Aprenda a defender la casa, dijo Nascate.

El sol también se iba. Yamila juntó sus cosas. Beatriz y Ma ya casi habían terminado el toldo, la última puntada en suspenso para estirar la charla mientras cosían. Se pararon con dignidad de niñas de Ayohuma, los párpados bajos y el nudo final firme en la garganta, y tomaron distancia hasta que la tela estuvo tensa para volver a acercarse ahora con los brazos abiertos, una punta en cada mano, cediéndola a la otra con una leve presión de los pulgares al final del pase, y al inclinarse y hundir cada índice en el nuevo pliegue marcado, en la simetría de sus pasos, en sus ojos que reflejaban los de la otra toda la gracia de ese rigodón.

Yamila se instaló en el cuartito sin ventanas arriba de la cocina, a mitad de camino de la terraza. Vacío y limpió la pieza sin ayuda, alegre en el polvo. Tenía pocas cosas. Algo de ropa, su agenda, la caja con fotos, dibujos y cartas y los peluches. Tenía por fin piso de alfombra, un patchwork de felpudos y esteras al que entraba descalza y barría en cuatro patas cada mañana, y que fue su cama las primeras noches sola. El tufo a revoque flojo, a rancio, más sus medias, el sudor en las sábanas y las caras de cantantes sobre la pared, la pila de revistas de Beatriz sosteniendo un velador alto, única luz, a veces enmascarada por su pañuelo de seda, alcanzaba para no ver los hongos, las aureolas, los ángulos negros del cielorraso.

Para que Brian no durmiese solo, Beatriz se mudó a la cama de Yami. Después se cambiaron de arriba a abajo, hasta que una noche Brian se cayó y Nascate se lo llevó llorando con él a la matrimonial. Brian dormido pateaba, así que cambiaron de lado y se alternaron unos días hasta que Nascate abandonó y fue Beatriz de vuelta a la matrimonial, ahora con Brian, y Nascate a cualquier cama de la pieza de los chicos. La almohada larga la arrastraban por el pasillo como rehén, y Benyi saltaba cada mañana sobre un bulto distinto.

Una noche, Yamila invitó a Ma a dormir en su pieza. Jugaron a las cartas, se leyeron, apoyaron sus palmas sobre la panza para sentirme patear. Acostadas, vieron el desfile de formas de humo bajo el velador, cuchichearon a oscuras, Ma se despertó de

mañana con un brazo de Yamila alrededor del cuello y supo que el departamento de Milton le estaba pesando demasiado, que iba a dejarlo y a mudarse a lo de Vidal.

Como la Tierra, que se traslada y rota, daban vueltas en el vientre de la casa.

Bañados, lagunas, sombras de puentes de hierro, otras casas construidas sobre pilotes que los miraron pasar con desdén, pueblos vigilantes arriba de un acantilado o solitarios al final de un camino de polvo, pueblos con nombres familiares y extraños: Los Hilos, Úcar, Docencia, La Bañada, Brigadier Livi, Puerto La Cruz, los lugares se sucedían y mutaban en otro distinto pero modelado con la misma masa, así un muelle con viejas serias fumando en pipa se transformó en un islote, en cascadas, en chicos que les tiraban piedras desde atrás de unos troncos, en cebúes que pastaban indiferentes o en la vincha de bombitas rojas de un caserío de latas.

Abandonada a su panza, Ma se dejaba llevar. Nada le parecía extraño ni familiar fuera de su cuerpo, las siestas largas en que se empantanaba y sus mañanas de azúcar, su panza rosa en punta con una hilera de pelos negros desde el pubis al botón del ombligo sobresaliente, y las tetas hinchándose. En cama o frente al espejo, acechaba su panza durante horas que se hicieron semanas y meses mirándola crecer y arquearse convertida en tema único en la cocina de Beatriz, adonde se sentaba a hablar y a tejerme escarpines, chalecos, mañanitas y mantas, y a imaginarme, y a veces, resignada, jugaba un tutti fruti con los chicos, o a la batalla naval.

Tejía también Nascate, incansable, su locura de araña. Casi ahoga a Benyi, tirándolo desde la terraza, para demostrarles a sus hijos que el perro nada por instinto. Es algo genético, decía. Mientras Beatriz, de mañana, en la cocina, trataba de seguir los libros escolares, de tarde los chicos tenían que asistir a unas clases de supervivencia que

les daba Nascate en el puente de proa. Nudos, primeros auxilios, guardias por turnos, diferencias entre hongos comestibles y venenosos, qué llevar a una caminata de reconocimiento en la nieve, o problemas para resolver: durante una salida para aprovisionarse de alimentos o de leña, alguien sufre una fractura, ¿quién se queda con el herido y quién va a buscar ayuda? Se basaba en sus recuerdos de boy-scout y horas de cine de súper acción, aunque cuando le cuestionaban algo decía que lo suyo era sólo sentido común, y también años de luchar por ellos (dedo índice firme), ahí afuera (pulgar de autostopista), no crean que la ciudad no es una selva o algo peor. Hay que mentalizarse dos cosas. Primero, la situación de cada momento es para siempre: saber acomodarse. Segundo, la situación puede cambiar de repente: rapidez de reflejos. El problema nuestro, se lamentaba limpiando los pescados al sol, es que ya no sabemos matar. Sin embargo, el trabajo sucio no le gustaba: los abría haciendo demasiada fuerza con un cuchillo torpe, demasiado largo, y raspaba las escamas con los dientes apretados manteniéndolo lejos. Usaba un delantal de Beatriz con pechera y un pañuelo sobre la cara, lentejuelas de nácar, guantes de sangre y tripas por anillo.

Una tarde que Ma lavaba los platos, Nascate se acercó al fregadero por atrás y se le pegó a la espalda hasta apoyarse. Aspiró con exageración todo el perfume de su cuello. Después la rodeó y apretó con sus manos las de Ma alrededor del vaso que ella estaba enjuagando. El chorro de agua borboteaba en la boca del vaso y caía espumoso, salpicándole la panza, y la mesada empezaba a oprimirla pero ella no protestó, no dio vuelta la cara, se mantuvo inmóvil sin respirar, los ojos húmedos, las rodillas a punto de traicionarla, los hombros tensos curvados para adelante, la garganta cerrada emitiendo un chillido casi inaudible que le subía desde el fondo del pecho. Lo sintió hacer y alejarse.



¿Quién canta?

Allá afuera, en el bosque, cuatro notas repetidas como un eco infinito: la primera corta, silencio, dos más bajas y la última aguda estirándose, un silencio un poco más largo y de vuelta la primera, siempre el mismo sonido como entre la e y la u de una cuerda imposible de afinar o atrofiada aunque también podía ser un ave, un instrumento casero o hasta el viento colándose entre las costillas de los árboles.

Empezaba antes del amanecer y duraba hasta la noche. De mañana abrían los ojos esperando que la casa se hubiera movido pero seguía ahí, estancada en esa agua pantanosa, enfrente del mismo árbol de flores violetas que sobresalía y dominaba desde su altura la masa verde y cerrada del bosque, y esa canción o lo que fuera rebotando de orilla a orilla y en sus cabezas, amplificándose en el aire espeso del pantano adonde no pasaba nada, quietud, silencio salvo esas cuatro notas, las castañuelas de las ranas y el salto de algún que otro pez de barro.

Esperando que el agua se los llevara de ahí, evitaban mostrarse y hablaban bajito, intimidados por la violencia de sus propias voces. ¿Pero quién canta?, se enojaba Beatriz. ¡Callensé!, gritaba al fin, ¡nos van a volver locos a todos!, y corría hasta su cama apretándose las sienes como un decapitado a punto de caérsele la cabeza. La oscuridad y más tarde el mate rondín en la cocina la calmaba, buscaba respuesta en su espuma.

Nascate siempre sospechó indios. No lo quiso decir hasta el último momento, cuando tuvo que pedirles que mantuvieran a los chicos abajo mientras él iba a vestirse, justamente para evitar ese torneo de estupor de las mujeres, su abracito, sus máscaras de goma fruncidas, el puño contra la boca, el eco de las chinelas rebotando en los cuartos. Se cambió rápido oyéndolas desesperarse desde su pieza, lo apuraba ese miedo al llanto de la mujer que en los maridos toma la forma del amor.

Cuando subió, las dos espiaban en cuclillas atrás de la pared baja del puente. Se inclinó apenas y puso una mano pulida de crupier sobre cada hombro. No entendieron qué dijo, pero ya había entrado en ellas su perfume ambiguo, el filo de la loción de afeitar y la caricia del talco. Su efecto narcótico las enturpió al instante. Al darse vuelta, Beatriz se encontró con el Nascate de toda la vida. Traje azul, camisa blanca, corbata azul de seda, zapatos negros relucientes, gemelos y traba dorada, peinado a la gomina, cara, cuello, dientes, manos de marfil, las uñas un semitono más rosa y brillante y esa N en el centro del óvalo de la hebilla dándole aires de ganadero o superhéroe. Algo porno la escena: Nascate impecable de frente a la costa con las manos en la cintura y las dos mujeres de rodillas, sus caras húmedas a la altura de su bragueta, ojos húmedos, labios hinchados, punta de lengua atrapa lagrimita, él poderoso dador y ellas súplica.

O Apocalipsis ahora que los indios entraron a aparecer de entre las plantas y a rodear la casa en círculo con sus balsas de madera y tiento. La cancioncita por fin se había apagado. En cambio, eran sus cuerpos los que se multiplicaban abajo de los aleros de hojas planas y anchas o encima de las ramas del siriguái, ellos en persona, la piel oscura y el pelo negro, descalzos, pantalón corto, la cara, el pecho, los brazos y la espalda pintados con líneas gruesas, todos atentos a la figura de Nascate. Tanta mirada lo llevó de vuelta al pasado, a su ciudad y a su imagen impecable reflejada en las

vidrieras, en las pupilas de las recepcionistas, en los anteojos de los clientes, en las paredes de los ascensores y las puertas de los grandes edificios del centro, en el cristal de su propio reloj, en las manijas, las mirillas, los cromos, las aristas de acero y en todas las pantallas que lo confirmaban sin pliegues, de corte médico, neto, y ese ligero tirón para emparejarse las mangas del saco.

Una balsa apareció en el umbral. Beatriz y los chicos quisieron ir a despedirlo a la puerta pero él se lo prohibió. Por los poros de la persiana lo vieron alejarse entre sus guías, dos indios gordos que se inclinaban con sus palos sobre el agua. Ese día sin Nascate se les hizo interminable. El sol que termina de subir, clava su bandera en la cumbre y emprende el descenso, la hazaña diaria, la repetición la hace parecer vulgar: hora del chaparrón, hora de aparearse los pájaros, hora del rocío, hora de la luna. Recién tendida la sábana rosa del atardecer, la misma balsa lo trajo de vuelta, los mismos gestos ahora de frente hacia la casa y hasta las rodillas una niebla espesa de la que saltaron recién lustrados y sin rastros de barro sus zapatos de Capitán. La balsa tocó un segundo y dio la vuelta. Los dos indios se fueron sin levantar la cara. Trabajaban a un tiempo, serios, clavando su vara y agachándose, una pareja de equilibristas ensayando su número sobre una nube.

Ya iban a volver unas horas más tarde, iluminados de perfil, perseguían la bola blanca de luna sobre el agua. Nascate esperaba puntual en la puerta buscando a cada rato, él, la luna en su reloj. En un baúl de madera de pino y manijas de sogas todos los cubiertos y los utensilios de cocina de la casa, la bijouterie, los picaportes, despertadores, candelabros, adornos, su radio portátil, lápices, costureros, la colección de revistas femeninas de Beatriz, termómetros, herramientas y hasta los juguetes arrancados de los brazos de Brian a gritos. El pobre quería sus pistolas y sus robots, no le importaba la suerte de la casa. El futuro para él qué era: una mentira más de los

grandes, un cuco de cuentos sásticos. Él era el futuro. Hubo que atarlo al mástil de la madre mientras Nascate se iba arrastrando el arcón por el pasillo y esperaba a los balseros alisándose el traje. Entre los tres lo cargaron. La balsa osciló y se estabilizó, después le convidaron una especie de mate que tomaban y que él sorbió en silencio, aspirando al mismo tiempo el paisaje lunar.

De golpe Nascate era el de siempre, Beatriz lo vio irse así. Aunque no dijo no me esperes a cenar ni tengo una reunión importante, como otras noches, aunque fuera a comer carne dura sentado en un tronquito alrededor del fuego para negociar, a pura mímica, el baúl contra un remolque que los sacara de ahí, su ausencia era la misma. Las horas hasta oírlo volver, abrir la puerta y sus pasos, estaban hechas de la misma seda frágil y fácil de rasgar en la que Beatriz se envolvía hasta con miedo de que un movimiento brusco suyo pudiera separarlos para siempre, tan ligada estaba, tan al límite de llorar o estrangular el almohadón entre sus muslos y montarlo hasta que los gemidos, las emociones vividas como dicen, la pendiente del sueño.

Cuando Beatriz se despertó, el sol entraba por las persianas abiertas por quién. Nascate dormía boca abajo, vestido, los pies sobresaliendo del borde de la cama, uno sólo con zapato. Había vuelto sin luna, achumado, y ahora roncaba con la boca abierta sobre un charco de baba aguardentosa. Beatriz cruzaba de a poco la frontera del sueño, empezaba a olvidar lo soñado sintiéndose molida y seca. El alivio de rozar a Nascate se transformó en sobresalto. Dónde, cómo, qué es lo irreal: ¿chicos tímidos y mujeres en tetas parados alrededor de la cama mirándola despertarse? Dio un salto envuelta en la sábana hasta los pies, y ellos dejaron de sonreír y dieron un paso atrás. Estaban por toda la casa, como hormigas o escolares de visita en un museo, y Yamila y Brian los guiaban. Si se paraban adelante de algo que les había llamado la atención y empezaban a murmurar, ellos les decían cómo se llamaba y los otros trataban de repetirlo. Al oírse

diciéndolo, se reían. El juego les gustó, nombrar las cosas cada uno en su idioma y repetirlas en el del otro, imaginar para qué sirven. Yamila y Brian estaban tan felices que Beatriz no pudo enojarse. Habían traído un montón de frutas insulsas y hubo que darles gusto. Primero abrieron un meloncito rodeado de pinches, después una especie de durazno del que sólo se comía el carozo, una mezcla de uva y ciruela, roja, con la cáscara gruesa, y unas pelotitas ocres hechas pasa, llenas de semillas de colores y jugo denso, las semillas eran más importantes que la pulpa, había que chupar esas semillas, morderlas, hacerlas polvo, pasta, jugo y escupir, el piso de baldosas del patio salpicado de pepitas que se perdían en la piedra.

Por las puertas sin picaporte, sin golpear, iban pasando en fila. A Ma la curioseaban de lejos desde los primeros peldaños de la escalera, hasta que llegó una mujer arrugada y flaca y se corrieron para dejar que pasara. Ma nunca había visto ojos tan duros y tan encendidos, unas rocas venidas de donde estallan meteoritos y estrellas a incrustarse en la arcilla seca de ese cuerpo. Los resaltaba el silencio. No dijo una palabra, sin embargo su mirada era clara. Las manos, sus dedos ágiles y rugosos daban indicaciones menores: sentarse, beber, respirar, abrirse la camisa. Palpó la panza. Con una escobilla de cerda corta y dura frotó sus pezones. Midió, dibujó en el aire líneas, envolvió el cuerpo desnudo de Ma con hilos invisibles, con palmadas, con pelos, sellos de hojas y polvo de tintura. Ma fue dejando de verla, se alejaba, abrió los ojos y la mujer se había transformado en un hombre joven que esperaba que ella abriera los ojos para empezar a hablar.

Hablaba sin parar, de qué hablaba. La mujer sin voz se había ido y el hombre sólo hablaba, el resto de su cuerpo parecía ausente. Parado, los brazos caídos, sin mirarla, como un estudiante recitando su lección de memoria, la boca abriéndose apenas para dejar pasar una corriente de palabras en la que ninguna asomaba la cabeza, sonidos

inauditos en los que Ma empezó a reconocer un orden, como partes de una canción cantada en otro idioma que se repetían. En un momento ponía un punto mínimo, respiraba, levantaba la cara, la miraba y volvía a empezar.

Ma no entendió nada, ni que se le estaba declarando ni que Nascate la había ofrecido, aunque algo debió intuir para quedarse muda sin pestañear hasta que el hombre se habrá cansado y se fue, y los que esperaban curiosos en la escalera, en la cocina y en el comedor salieron atrás.

Cuando Nascate se despertó, o más bien lo despertaron, su mujer indignada, sacudiéndolo, supo que había problemas, además de su cabeza y los chuchos y el sabor a bilis quemándole la garganta. El silencio de Ma amenazaba toda la negociación y los gritos de Beatriz le retumbaban en el cráneo. La casa entera vibraba. Su cabeza inflamada no cabía en la boca del inodoro. Tuvo que volver a subir a la balsa. Viajó acostado sobre los troncos, el agua tibia le entraba por la boca abierta de pez atrapado y entre las arrugas del traje. Lo despabiló un poco la sensación de la tierra bajo los pies, el aroma fresco de la vegetación y un buche solidario de chicha que le dieron de lástima. Anoche se había ido como un triunfador y ahora su imagen se desmoronaba. No tenía autoridad sobre sus mujeres. El indio de los discursos le escupió la cara. Al final tuvo que entregarle lo más valioso que tenía, lo único que podía calmarlo, su reloj con cronómetro.

El que volvió en la balsa ya no era ninguno de los Nascates conocidos. Desde lejos le apuntaba a las mujeres con la piedra del puño, y les mostraba el tajo de piel blanca en su muñeca.

Se derrumbó como si le hubieran quitado la casa o la memoria de todas las cicatrices que repasaba con orgullo de gladiador. Y aunque Yami insistía, dale Papi, subamos, llevándolo del brazo, para que viera cómo por fin empezaban a alejarse de la

sombra del gran árbol violeta sobre el agua, tironeados por todas esas balsas que envolvían la casa con sus lianas y cinchaban y gritaban, y Brian pegó la mejilla a su espalda y lo abrazó de atrás manera de decir nos salvaste, él seguía frotándose la muñeca, indiferente, o tironeaba la cabeza para atrás como un caballo arisco buscándose la marca, y en la otra punta de la terraza vería de reojo a Ma y la declaraba culpable, culpable de todos los males de esta casa.

Ya falta poco, se alienta Ma. Le falta el aire al moverse y la escalera caracol la tortura. Abandona la pieza de Vidal y ahora ocupa la cama de la madre, angosta, en un rincón oscuro del comedor. Se acuesta y se masajea los tobillos perdidos en algún lugar entre los pies y las piernas. Tiene sueños tortuosos. Se sobresalta en la mitad de la noche como si ya pudiera oír mi llanto; su cuerpo se anticipa.

Sin cerraduras, sin manijas ni adornos ni relojes, la casa es del viento que apenas empuja las puertas entra y despega pósters, junta hojas en los rincones, voltea sillas. La casa es un vacío, un desamparo, pero a Ma ya no le importa.

A veces la van a visitar Yamila y Brian que se aburren. Todo el día en su calesita alrededor del delantal de Beatriz, y de noche en la terraza encienden antorchas.

Nascate echa raíces en el colchón y por encima le brota una barba que se extiende como hiedra por el pecho y los hombros, los pelos suben por las sienes y la frente, le cubren las cejas, y en el fondo de sus cuencas se agitan los ojos amordazados.

El comedor de la casa de Vidal es sombrío. Ma se acuesta con la cabeza y los pies sobre almohadones. Se apantalla, se acaricia, sueña o piensa nombres absurdos para mí. Por ninguna celosía entra luz que le raye la piel, no posa. El día desnudo pasa lento y de golpe terminó, fue y vino en un par de bandejas, salpicaduras del chorro fuerte de aguantarse contra la loza blanca cuarteada del inodoro, el cuadrante de los nombres que se repiten, se descartan y vuelven a salir en una rueda infinita, nombres de personajes



de ópera como el suyo y del cine, nombres de actrices, de flores, santos, reyes, nombres de parientes, próceres y compañeras de escuela olvidadas.

El nombre no se tiene, dice, el nombre es, y la persona es parte del nombre, por eso duda tanto. Después, alrededor del nombre, se van amontonando las cosas de la vida. Se imagina ella con otros nombres y piensa que hubiera sido otra, más linda, piernas más largas por ahí, más segura de sí misma o menos sonsa. Se acuerda de todos los nombres de sus muñecas y mascotas pero de repente dice en voz alta un chico no es un perro, no es una muñeca, y se echa en los brazos de la noche.

En el sueño, los monos saltan desde las ramas sobresalientes de los árboles a la terraza y se sientan en las sillitas de lona. Monos chillones que bajan hasta el pasillo y los patios. Por el vidrio aparece la cara de un mono que la mira. Ma se tapa rápido con la sábana y grita. Beatriz llega corriendo. Beatriz es el motor de la casa. Ella sola limpia todo el Muñecas, cocina y despacha bandejas para Nascate y para Ma, espanta a los animales con su plumero, recoge las líneas, espulga a Benyi, Beatriz maestra puta comadrona hasta que se le resbala de las manos el último espejo y se parte en mil contra los mosaicos de ónix, entonces explota.

Un borde filoso la punza abajo de una costilla y Ma se despierta. Está empapada. ¿Oye o soñó murciélagos que aleteaban sobre su cabeza dibujando líneas de vuelo irregular? Va al baño y vuelve pensando en Beatriz, en la actividad que demostraba en el sueño y en el peso que a ella la mantiene contra la cama, sin fuerzas para nada. Como el día y la noche, piensa. Le tiene admiración. Ahora que ya terminó de hacer todo debe estar sentada en el borde del colchón de su hijo, acariciándole la mano caliente. Si el chico no quiere rendirse, seguro que Beatriz le cuenta un cuento, le canta, se adormece ella misma y sin embargo sigue, sostiene su murmullo ronco, un arrorrió que no puede apagarse. Es una ceremonia antigua, historias contadas alrededor

de la fogata, rezos, canciones de cuna. Las voces los van llevando de la mano hacia el sueño. Al fin el sueño llega, llena la oscuridad y el vacío con imágenes y palabras, es de noche y la vida vuelve a sumergirse en el sueño que la rodea y la abraza como una isla sitiada por el mar.

Dormidos todos, Beatriz salía con un banquito de paja al pasillo y se instalaba adelante de la puerta. Sacaba del bolsillo del delantal un naco y una pila de sedas arrugadas y armaba un cigarro que fumaba en silencio, la cabeza para atrás y los brazos caídos. Adivinaba las luces a través de los párpados. Sentía al viento en las ramas; en el viento a las chicharras, los grillos, el grito de la lechuza. La noche era su recreo, su rincón. Fumaba ese cigarro, respiraba, se dejaba cromar por la luna. De noche, en el pasillo y sola, todo era perfecto: el silencio, la temperatura, el olor del aire. Los murciélagos enjambraban en su cabeza y en sus hombros como palomas alrededor de una mendiga en la plaza. Una víbora de agua cruzaba el río muy rápido, sinuosa, el diamante de la cabeza apenas en punta.

Un agudo de bisagras podía romper el encanto. La sombra del cuerpo de Ma avanzaba desde la otra punta del pasillo con su paso oscilante, el chapoteo de las chancletas, los pelos revueltos, un brazo siempre abajo de la panza como si no se sostuviera sola. Ma no sabía que Beatriz fumaba, ni que necesitara soledad y silencio. A ella le iba a costar volver a dormirse y la compañía la alegró, la puso locuaz. Se acordó de la primera mañana en la casa, cuando se descubrieron, en ese mismo pasillo. Donde ahora estaba sentada Beatriz, había caído al piso, vencida por la vista del río. Ella la había ayudado a levantarse, la había abrazado y puesto una toalla sobre los hombros, no se iba a olvidar jamás. Mientras hablaba se masajeara la panza. En la cápsula ingravida de la noche, su voz sonaba todavía más chillona. Hablaba de la

suerte de haber conocido a Beatriz, que la oía sin mirarla, con la cara apuntando al cielo, sin dejar de encender el mismo cigarro que insistía en apagarse antes de cada pitada. Ma le pidió si quería ser mi madrina, con su tono trémulo y demasiado agudo por la emoción, y entonces Beatriz bajó la cabeza y abrió los ojos, enfocándola, como si acabara de aparecer. La panza cautivó su mirada.

La primera vez que yo pisé esta casa, dijo Beatriz, estaba embarazada de Brian. Estaba a punto de tenerlo. Fue un domingo de verano a la tarde. El viejo dueño nos abrió la puerta de calle y Yami, que era chiquita, entró corriendo y se fue hasta el fondo. Yo vi este pasillo largo abajo del sol y pensé que me moría. No quería entrar. Cuando me enteré de que era el departamento del frente dije está bien. A los dos meses nos mudamos, con Brian recién nacido. El departamento era una cueva. La primera noche, Beatriz había llorado a coro con el bebé y Nascate, para calmarla, le pidió que le dictara una lista completa de todos los cambios y arreglos que deseaba. El baño, el lavadero y la cocina a nuevo, los placares, las persianas, las rejas, el toldo metálico del patio, la parrilla de material en la terraza, la instalación eléctrica, el termotanque, las estufas, los macetones y el techo. Además la decoración: picaportes de bronce, cortinas con puntillas, lámparas, juegos de sábanas, toallas y colchas, todo tipo de muebles, y los electrodomésticos, la multiprocesadora, el secarropas, el horno eléctrico, con el tiempo iba a tener todo lo que había pedido esa noche secándose los mocos y empezando a reírse porque le parecía imposible y ridículo, todo lo que él anotaba con seriedad, más otras cosas que se habían ido agregando después, superponiéndose, como manos de pintura sobre otras tapadas por los años.

Cansada de encontrarlo apagado, tiró el pucho por la borda. No miró el agua, su voz no dijo amarga éste es el fin del parquet, el fin de los zócalos, del yeso, de los muebles de cocina, las camas, las puertas, el fin de todo, no, pero a Ma le pareció

oírsele decir en clave de silencio, uno de esos silencios largos, las dos inmóviles hasta que una exhala y mira el cielo y la otra la imita.

Se habría corrido un manto que cubría la casa, o roto algún filtro de la noche, porque aparecieron estrellas que nunca habían visto antes, enormes y encendidas como teas, astros fugaces que cortaban el cielo sin cicatriz. Una pasó de estribor a babor y se emboquilló atrás de la sombra que era la tierra. Ma pedía siempre por mí, pero esa noche se le apareció una imagen guardada a su pesar, un deseo pasado de contrabando y desenvuelto por la estrella. Se acordó de las pinturas de Venecia del Canaletto, de esos palacios con hileras de balcones, de sus ventanales, sus cúpulas y torres y columnas con estatuas encima y de las banderas rojas flameando, los puentes voluptuosos y las naves que llevan a nobles enmascarados, vestidos con túnica, bajo una sombrilla. Ese deseo tuvo, dorado y rojo. Con la misma inocencia, le preguntó a Beatriz qué había pedido ella.

Beatriz había pedido volver. Quiero volver a mi casa, dijo.

Otra noche llegó la fiebre, y Beatriz dejó de salir al pasillo para quedarse con Brian, pero entonces sólo pedían que se curase.

El día anterior había sido liso, sin reparos. Lo repasaron después buscando pistas, qué tomó, qué comió, picaduras, dicas de la enfermedad, y nada. En la mitad de la noche sonó el golpe de un cuerpo abatido contra el piso, y antes de terminar de despertarse Beatriz ya estaba corriendo. Encontró a Brian caído al lado de su cama. Lo alzó. Hervía. El colchón empapado, no supo si de pis o de transpiración. Pronto estuvieron todos despiertos; cargaban otro colchón y baldes de agua deambulando entre el sopor y los nervios, chocando entre ellos, mientras afuera empezaba a aclarar, como cuando se levantaban muy temprano para salir de viaje el primer día de vacaciones.

La fiebre no se parecía a ninguna que hubiera sufrido. No cedía. Mientras tuvo algo adentro, lo vomitó. Después, sólo el ahogo de la arcada seca, el golpe desde el interior del estómago que lo enderezaba en la cama y lo dejaba boqueando. Le dolerían la cabeza o los oídos, porque se los tapaba con las palmas y estrujaba como si alguien le dijera cosas horribles, y se pegaba en las sienes. Otras veces la ola de dolor envolvía los músculos de las piernas, otras la panza.

En su delirio susurraba frases rápidas y violentas dichas con odio. Provocaba a alguien para pelear o tenía que escapar de un peligro. Frases que asustaban a la madre, que se esforzaba por descifrarlas y calmarlo o calmarse diciendo ya se fueron, ya pasó

todo. Si estaba más relajado, trataba de atrapar los peces grises que según él aleteaban entre las sábanas.

Beatriz se instaló las veinticuatro horas con su banquito junto al colchón. Rastrea el mal en ese cuerpo, lo lamía con paños, le daba medias cucharadas de agua hervida que al rato le salían por el culo convertidas en un jugo de olor insoportable. Espantaba a las moscas gordas y ruidosas, lo acariciaba, le cantaba y le hablaba en voz muy baja buscando sus ojos. No conseguía ningún reconocimiento. De noche se acostaba con él en la misma cama hasta que el calor la obligaba a bajarse.

Se dieron imágenes cristianas que Ma, encerrada en cuarentena, habría reconocido de las pinturas de pesebres y retablos. Los labios de Beatriz sobre la frente del hijo, las caras sepias ojerosas y el pelo desmañado de todos, Benji desde el primer día postrado a los pies de la cama, parándose sobre sus patas sólo para verlos salir de la pieza cuando lo llevaban a la bañera: el llanto, el rezo, el cuerpo pálido y brillante y de un día para el otro huesudo de Brian en calzoncillos en brazos de la madre, esa Pietá.

Yamila cocinaba, hervía las sábanas ácidas en un tacho sobre la parrilla, mantenía vivo el fuego.

Nascate cambió su puesto de guardia en la terraza por una silla en la puerta de la pieza. Desde ahí esperaba una mirada, una orden de su esposa o cualquier signo de mejoría, todo ese tiempo a pie firme y ofrendando una transfusión de horas de sueño pero a quién, por ahí sólo era la necesidad de imponerse un sacrificio a medida que los días pasan y los pronósticos caen y el miedo se multiplica, el silencio alrededor de la camita se espesa y la mierda no para de fluir.

O si no salía un minuto a recoger las líneas y volvía cargando baldes de agua fresca para el baño a través del pasillo como un sirviente jorobado, hablando solo y en voz baja inentendible él también.



El campamento tenía tres ranchos de paja malhechos, sin puerta ni ventanas, apenas una cortina de tela sobre el hueco de la entrada, y dos quinchos largos abiertos, con piso de tierra y vigas verdes adonde los hombres colgaban las alforjas, un farol y el cabo de las hamacas. Unos caminos de pasto pisado los unían entre sí y con el resto de las instalaciones: el muelle, el galpón, el corral sin animales y esa atalaya de palos que sostenía el tanque de agua y un guardián encima del tanque parecido los que habían visto y oído silbar con fuerza a medida que se acercaban al campamento, mestizos, medio ocultos atrás de un tronco o sobre una roca, rifle al hombro.

Pronto se acostumbraron a llamarlo así: el campamento, y a hablar del Patrón y de los hombres en el tono que cada uno exigía.

A medida que la casa se acercaba, salió a su encuentro un bote de brea y parches y un solo remo, con tres hombres que pasaron una cuerda entre las rejas de la ventana del frente y jalaron, tensión, ninguna bienvenida. Los demás estaban a la sombra de un árbol grueso, bajo y frondoso, fumando, cortándose el pelo o afeitándose ante espejitos redondos clavados en el tronco, todos los rifles apoyados al pie.

De uno de los ranchos salió un hombre vestido con pantalón y camisa blancos, el único limpio y sin arma. Cinco perros flacos, que vagaban metiéndose adentro de barriles desparramados por ahí y salían rodeados de moscas, sus costillas sobresalientes haciendo juego con la superficie acanalada del barril, se le fueron atrás. De un salto entró en la casa, seguido por los del bote, que lo llamaban Patrón.

Nascate adoptó el nombre enseguida: Patrón, hospitalario sonriente menos los ojos de agua helada. Fueron a ver a Brian. Flotaba en un sueño leve, ajeno a sus voces. Beatriz se precipitó a contarle todo como a un médico. El Patrón mandó a buscar la penicilina y un sachet de suero. Él mismo lo picó. No vean, dijo. Después sacó de una arpillera unas hojas embebidas y las puso sobre el pecho y la panza de Brian, el cuerpo se escalofrió y se contrajo, ahora había que taparlo y dejarlo descansar. Por suerte era temprano, había tiempo para que los hombres aseguraran la casa, la correntada nocturna podía alejarla. Más tarde iba a mandar a su asistente con dos bandejas llenas de carne y pan sucio de cenizas, y volvería para clavarle otra aguja.

De anfitrión a anfitrión, Nascate quiso presentarle la casa. La historia al Patrón no le interesaba, apenas la oía, pero la casa parecía haber despertado en él sensaciones latentes, y empezó a dudar si una noche, muchos años atrás, había soñado que vivía ahí, o si realmente la había visto o estado en ella alguna vez. Las agujas ágiles de los años, tejiendo recuerdos y sueños, los desdibujaban en el mismo tapiz, y él, sin poder internarse en su memoria, entraba a todos los cuartos y abría las puertas de los placares, las alacenas, los cajones, y giraba la manija del toldo, pasaba su palma absorta por las juntas de los azulejos, olía las maderas del piso, probaba las sillas, las almohadas, la textura de sábanas y cortinas, la fuerza del chorro de agua en las canillas y el gusto de sus gotas, dulce.

Antes de que se hiciera de noche, los hombres rodearon la casa con palos largos afilados en punta, clavándolos en el fondo del río, y la amarraron con sogas desde la terraza a los árboles de la costa. El golpe de las mazas, los gritos, los pasos de la cuadrilla que subía y bajaba corriendo, empujándose, cantando siempre las mismas canciones que los Nascate y Ma no conocían, le devolvieron a la casa un poco de vida. Energía rara, brusca y ajena, que cada uno soportaba desde su penumbra sin animarse a intervenir.

La casa estaqueada, pialada como un animal arisco, finalmente entró mansa en la tarde, pero su sombra estirándose sobre la tierra dibujaba una telaraña monstruosa, y al caer el sol, desde la costa, parecía el experimento de un ortopedista ido.

Ma no durmió, su cuerpo estaba citado y me esperaba. Por la mirilla vio la linterna del Patrón y desde lejos, en la oscuridad, combado por la lente, lo confundió con Milton. Por un segundo dijo es Milton que vuelve, después cayó. Tanto tiempo que no pensaba en Milton y de golpe le parecía verlo recortarse en el marco de la puerta de calle desandando sus pasos. Una linterna traía a otra. ¿Adónde habrá ido a parar?, pensó, ¿adónde van a parar los recuerdos de los que nunca nos acordamos?

Más tarde, segura de que nadie la sorprendería y sin vela, volvió al 2. De a poco se fue habituando al palor de luz que entraba por las claraboyas hasta distinguir los recortes de cuadritos pegados sobre los azulejos de la cocina, el bulto del sillón del comedor, el camino hasta la cama pelada, la oscuridad de la pieza menos intensa por la

luna y los fuegos del campamento que entraban a través del agujero en la pared, ese agujero que era toda la ausencia de Milton, su marca.

En el 1, Beatriz tampoco durmió. Veló el cuerpito de Brian hablándole sin parar, como si él le hubiera pedido esta noche por favor no te calles, o convencida de que en esas horas se definía algo y su voz, esa voz dulceáspera más que sus palabras, pesaba en la decisión y podía forzarla. De últimas, al amanecer, cayó guillotizada en el borde de la cama.

Abiertos, los ojos de Brian eran marrones como los de la madre y la hermana.

En el cuerpecito pálido y débil que le devolvió la fiebre, la única demostración de fuerza posible era el fulgor de esos ojos, el único derroche el de lágrimas cuando lo pinchaban, lágrimas repetidas en el espejo de los ojos de Beatriz que no paraba de llorar y agradecer y besarlo. También Yamila y Ma liquidaron el stock de lágrimas acumuladas. De paso, lavaban sus nervios demasiado sensibles sucios de miedo al futuro, culpa infantil y sugestión.

Desahogada, ahora Yamila trabajaba con ganas. Dentro de dos meses iba a cumplir quince años y los hombres la miraban y sonreían apuntándola, algo comentaban por atrás, el deseo de los hombres le hizo crecer las tetas de golpe y la redondeó, y aunque Nascate no la dejaba mostrarse ella igual usaba ropa apretada y en la cintura un delantal de la madre, el moño rojo de regalo sobre la cola. Se ocupaba sola de la casa y de Beatriz, que había enfrentado la enfermedad y salido a flote arrastrándose como un náufrago, o como el que resiste la tormenta sin soltar el timón toda la noche, golpeado por las olas, aguantando firme las ráfagas del viento, y en la mañana de sol y de pájaros aparece en harapos sobre las tablas de cubierta, Beatriz tan desgrasada como su hijo pero en vez de huesos las arrugas visibles.

Yamila también se encargaba Ma, de sus comidas, de ayudarla con la limpieza y a tomar el tiempo entre contracciones. Ma veía por los ojos de Yamila. Por ella supo lo que pasaba en el campamento, al que no bajaba nunca, y algunas cosas de la casa

también; otras las descubrió mirando desde lo de Milton, lo de Vidal era su refugio y lo de Milton, ahora que había vuelto a entrar, reconciliada con su recuerdo y hasta extrañándolo, o por ahí presintiendo el cierre de la historia en el mismo lugar en que empezó, era el rincón secreto desde donde espiaba esa película muda sin entender qué había habido en esos barriles ni qué protegían esos rifles, a Brian trepado a los árboles y atormentando a los perros huesudos con su gomera, volviendo de sus excursiones cargado de insectos, piedras verdes veteadas de azul, casquillos de balas, y a Nascate feliz de ser de nuevo un hombre entre otros, siempre medio paso atrás del Patrón. Se había hecho de confianza y entraba y salía a voluntad de la choza del Patrón, tomaban mate juntos de mañana y alcohol de la misma botella a la noche alrededor del fuego; meaban la corteza del mismo tronco antes de irse cada uno a su cama.

Una mañana, Ma vio cómo los hombres preparaban tres caballos marrones para Nascate, para el Patrón y para su asistente con Brian, y dos blancos para Yamila y Beatriz. Los vio irse y muchas horas más tarde volver, horas lentas empañadas de miedo, alarma al menor ruido, hambre pero indecisión para levantarse a hacerse algo, más quieta todavía porque los hombres enfrente no pensarán en ella mientras los otros no estaban.

Apenas volvieron, Yamila fue corriendo a contarle que habían visto el mar. Al principio Ma no le creyó. Ella tampoco le había creído al Patrón cuando dijo que iban a verlo, mientras avanzaban al trote, primero por el campo y después por un túnel oscuro de ramas a través de la selva. Cabalgaron por el medio de esa galería de espinos para caballos insensibles durante horas hasta que de repente el túnel se abrió y aparecieron en un claro, un mirador alto donde la luz recuperada tenía otro color y otro olor el aire, el del mar, ¿lo ven?, allá abajo, sí, el Patrón no les había mentado. Se quedaron inmóviles y sin animarse a desensillar aunque les doliera todo, tan fascinados como los

caballos por la visión del agua muy azul con diferentes tonos según la profundidad y en la que cada tanto flotaba una isla ribeteada por una tira de arena blanca y espuma. Aunque estaban en la cima de algo, el terreno bajaba y después volvía a levantarse y esa elevación no les dejaba ver la costa. Era la silueta de las montañas, y atrás de sus puntas el agua que se extendía hasta el horizonte. Agua sin orillas, supuestamente el mismo elemento pero tan distinta del agua de todos los días que su visión a lo lejos los hizo emocionarse y creer que también sus vidas, siendo las mismas, podían convertirse en otras diferentes, y más cuando el Patrón les indicó en qué punto del otro lado de esas montañas se encontraba la ciudad, no dijo el nombre, a pocas horas de ahí, una ciudad con un gran puerto del que salían barcos con destino a todas partes.

Por Yamila supo también los detalles de esa cena con la que el Patrón venía amenazando desde que llegaron al campamento, o mejor desde que Brian se levantó de la cama con las piernas de plastilina y anduvo.

La cena en realidad fue un auténtico banquete. Los preparativos y el despliegue y más tarde la reunión y los gestos de goce los vio Ma desde la pieza de Milton, ni siquiera esa noche bajó, era la única que podía desplantar al Patrón en su campamento, le alcanzó con esconderse atrás de la panza sosteniéndola ahora con las dos manos y con un rictus de padecimiento femenino feo de ver, un pase libre que no hubiera podido rebotar ningún soldado de ninguna frontera del mundo. Beatriz no la delató, encantada de ser la única dama en ese pedazo de selva que los hombres habían emprolijado en su homenaje.

El día de la cena, desde temprano, inmunes al calor, los hombres empezaron a pelar terreno a machetazos, y levantaron con cañas y palos y sogas el esqueleto de una tienda que más tarde cubrirían con capas de tules, una réplica a escala y transparente de la casa anclada a pocos metros de ahí, su reflejo visto en un charco a la caída del sol.

A esa hora ya ardía la brasa, y dos bestias abiertas, recién sacrificadas, atadas a los fierros en cruz, una al lado de la otra casi estirándose para juntar sus pezuñas, y las puntas blancas de hueso expuestas, las costillas, la carne rosa empezando a transpirar y a dorarse. El aire alrededor se terminó de oscurecer sin apuro, al rescoldo, al final se



hizo de noche y sólo las llamas, sólo la brasa, las chispas, luciérnagas y esa vía láctea de velas sobre la mesa.

El Patrón en persona, todo de blanco, entró a la casa a buscar a los Nascate, y salió con Beatriz del brazo. Yamila iba última sintiéndose ridícula y mal vestida con sus viejos jeans ajustados. Sin embargo, cuando entró a la tienda a través de un pliegue en la membrana de tul, se emocionó con los cubiertos de plata y las copas también de plata, las fuentes esmaltadas, la abundancia de frutos, el temblor de las velas a modo de reconocimiento, y las mosquitas nocturnas que los sobrevolaban con sus alas brillantes de hadas o figuritas de la infancia.

(Al día siguiente, hablando con Ma, mientras Nascate y Beatriz hacían su inventario incluso de recuerdos y Brian se dedicaba a dibujar con permiso todas las paredes, Yamila iba a darse cuenta de que sólo en esos días en el campamento, desde que se curó su hermano, la tarde que vio el mar desde el mirador y la noche de la cena y después, en la terraza sin luna, se había sentido de verdad impresionada y conmovida por algo, hasta por la naturaleza, después de tantos meses).

Confundida con la oscuridad de la pieza de Milton, Ma los vio tomar, comer y reírse, siguió sus gestos indescifrables hasta quedarse dormida. Se despertó de madrugada y encontró la escena desmantelada, la mesa vacía, humo, silencio, solamente los perros activos atrás de sus huesos y un tendal de futuros resacosos durmiendo sin camisa en la playa. Se levantó para ir al baño pero fue hasta lo de Vidal con las chancletas en la mano y volvió a acostarse ahora en su cama. Aparecieron las contracciones. En media hora se hicieron fuertes y regulares. La panza se endurecía como un puño y volvía a ablandarse. La frecuencia era cada vez menor. Cuando se decidió a pedir ayuda se desvanecieron. Volvió a dormirse ya con luz diurna en la

ventana y las manos de Yamila le apretaban el brazo y la sacudían diciéndole que se despertara, que eran las once, que volvían, ¿estaba dormida?

Al principio no entendió tanta excitación, cómo volvían, adónde. Agarró la taza de té que le daba Yamila y se dejó abrazar varias veces, recién después que se quemó pudo soltarse. Yamila dijo que el Patrón les había comprado la casa y Ma, que no terminaba de despertarse, repitió cómo, y Yamila que sí, que les había comprado la casa, varias veces una dijo cómo y la otra cómo cómo: que les había comprado la casa.

Resulta que él necesitaba una casa así, dijo Yamila, pero construirla ahí, llevar los materiales y todo era muy difícil, así que se le había ocurrido comprarles la casa. ¿Cuál casa? ¿Cuál iba a ser? Esa casa, la de ellos. Y bueno, se la habían vendido. Y volvían. Volvemos, decía Yamila, y la abrazaba. Ma ya había podido apoyar la taza llena en el suelo. El campamento no sirve, dijo Yamila. El campamento era algo temporal, provisorio, pero cuando empezaba la estación de las lluvias las chozas se inundaban, o la corriente las arrasaba, o el suelo blando dejaba de soportarlas y caían de costado, derretidas, como si fueran de crema. Por eso necesitaba la casa. Además le encantaba. Y además, la estación de las lluvias, el Patrón les había dicho que también podía ser peligrosa para ellos, que el río desbordaba y bajaba con violencia, se hacía no navegable, ¿entendés? No navegable. Era perfecto para todos. Yamila no lo podía creer, iba a poder festejar su cumpleaños en un salón con todas sus compañeras, ya le habían prometido el vestido blanco largo y cien invitaciones. Nascate había aceptado enseguida. Beatriz abrazaba a Brian y a Nascate y lloraba. Los hombres abrían botellas y se golpeaban los hombros. Yamila no podía creer cómo no los había oído. Celebraron hasta tarde, y antes de que se fueran a acostar el Patrón les había regalado a las mujeres una piedra extrañísima, negra, opaca y circular, que les dijo que brillaba a la luz de la luna.

Además, otra cosa, un secreto. Después de todo eso, Yamila se había ido a la cama, pero los ruidos en la pieza de sus padres y la ansiedad no la dejaban dormir. Mentalmente planeaba su fiesta. Al rato volvió a vestirse y subió a la terraza llevando la piedra. No había luna, sí muchas estrellas, y la camisa blanca del Patrón en la oscuridad asomado a la baranda. Le dijo que estaba empezando a disfrutar de su nueva casa. Era muy linda. Yamila dijo que sí, y que la iba a extrañar. El Patrón dijo que él también la iba a extrañar, le corrió el flequillo y le besó la frente, las sienes y la mejilla. La besó suavemente atrás de la oreja. Ella sintió el perfume del pecho del Patrón en su cara. Él era suave y fuerte al mismo tiempo, algo raro. Sabía dónde tocarla. No intentó besar su boca. Le bajó los pantalones hasta las rodillas y se abrazó a ella con la cara pegada a su pubis, cariñoso, frotándose contra sus pendejitos. Alejó un poco la cara para verla bien y después empezó a besarla alrededor y a chuparla. A Yami le dio risa y orgullo y gusto y un poco de asco. De repente sintió su humedad. El Patrón le bajó un poco más los pantalones, se paró, cruzó un dedo de silencio sobre sus labios y otro sobre los de ella. El dedo del Patrón recorrió sus labios, los separó, se metió en su boca y tocó su lengua. El Patrón le besó el cuello y la nuca. Hundió la lengua en su oreja. La dio vuelta. El dedo chupado entró en su concha. Yamila apoyó la panza contra la baranda fría. Abajo vio el río oscuro sin reflejos. Aguantó el primer gritito con la boca tapada por la palma del Patrón y apretando la piedra.

La estación de las lluvias se prepara varios meses y empieza así, de noche, como un ahogo, el aire demasiado cálido, demasiada humedad retenida madura para salir y derramarse, paredes de humedad espesa que bloquean el viento, truenos todavía sin relámpagos ni agua, toda la noche el mismo cielo gris claro a pesar de la hora y el río liso en la suya, aunque de a ratos con accesos febriles en la superficie, y la advertencia de los truenos.

De mañana la despedida de la casa es abrupta, una fruta rápida.

Todavía bajo el efecto de los truenos sin lluvia, cinco hombres que no se afeitan ni fuman ni se hacen bromas entre ellos esperan abajo del árbol coposo el fin de los saludos, cada uno a horcajadas de una moto de cross polvorienta. Los espejitos clavados en el tronco del árbol, asimilados a la corteza como nudos, los muestran serios y acelerando.

No se lleva equipaje. Nascate, en un inciso improvisado a última hora, contrariando su propio reglamento ref. sección transportes, les dio permiso para viajar con la ropa que cada uno quisiera. Nascate está hablando con el Patrón en la playa fluvial, vestido con su mejor traje, camisa y corbata de seda, zapatos de vestir recién lustrados y un impermeable que él dice que es inglés. Abajo del sobaco aprieta la cartera bancaria de cuero negro contra las costillas. Sin reloj, mira el cielo a cada rato.

Beatriz eligió algo elegante y práctico: jeans de marca, botas marrones y un sacón de cuero al tono, regalo del marido para un aniversario, con muchos bolsillos interiores

donde guarda fotos del casamiento, de sus hijos recién nacidos y de sus primeros años, fotos de ella joven y fotos donde se ve la casa. Cuando se abraza con Ma, suena como palmeaar una bolsa llena de papeles. De otro bolsillo saca la piedra negra que le regaló el Patrón y se la enseña. El Patrón le devuelve la sonrisa.

Yamila tiene puesta la ropa que usaba Ma la noche que llegó a la casa. El vestido corto negro escotado en la espalda, los zapatos negros de taco, las medias de nailon, las pulseras, el par de aros de perlas, todo le queda perfecto. A Ma le parece volverse a ver en el espejo de esa noche, le dice al oído estás hermosa y cierra los ojos para no pensar.

El último que sale de la casa es Brian. Aparece en el umbral con su disfraz de Superman y salta a tierra extendiendo un solo brazo, en la otra mano el bolso a cuadros con Benyi adentro. El traje es de hace dos cumpleaños, le ajusta, y la capa corta no le llega a la cola. Ma lo aprieta contra su cuerpo. ¿Vas a venir con nosotros, no?, dice Brian. Algún gesto habrá visto que se agarra a la panza con fuerza mientras Benyi deja sus últimos pelos en la espalda del vestido de Ma, un vestidito gris de sarga reformado de la madre de Vidal. ¿Qué habrá entendido? El padre vuelve a mirar el cielo y lo apura, vamos, vamos, que se larga, pellizcándole el hombro, y Brian lo fulmina con un rayo mortífero de sus ojos marrones. Ya se lo va a enrostrar años más tarde, entre otras cosas, o por ahí con el tiempo entienda tantos apuros coscorriones y haga lo mismo por el futuro de los suyos, les dé el mismo sentido a la palabra futuro y a la palabra suyos, diga llega un momento que no se puede joder más, qué querés que te diga, o al contrario, por ahí se rebele y se dedique a ayudar a los desposeídos, actúe llevado por una oscura compasión, dé la vuelta al mundo sin bañarse buscando una huella de la antigua casa ya demolida en su memoria para enseñársela a una chica loca por sus ojos, casa fósil grabada en algún borde de arena, acantilado o piedra, o se enamore fanáticamente de otro fantasma y lo siga ciego, incendiario, dude y desprecie el confort

frío de la secta, lo repudien, vuelva al padre muerto en vida y vacío color piel en tamaño natural, brazos, muslos, pies y cuello constelados de picaduras de jeringas, vomite, se babea, se haga encima poemas incomprensibles, qué se yo qué hace uno con su padre, por ahí hasta tome en serio el estudio y escriba ensayos lúcidos, sea un descubridor, un precursor, por ahí pinte, cante, baile su Nascate-Mambo hasta obtener una ganancia o hasta pasárselo a otros, a un público, ya gastado como un chicle sin gusto, o venda cara su derrota, o se acostumbre, se fastidie, se arrepienta o se enoje, como de este hábito fetal de ofrecerle a todo lo que no sé si será así o no una o, una coma y otra o, o, o, o...

Aunque todavía no había empezado a llover, los truenos ya retumbaban con rabia, cada vez más fuertes, como un ejército enemigo acercándose y tomando posiciones para el asalto final. Los hombres aprovechaban los últimos instantes para asegurar la casa atrayéndola más a la orilla, un ojo atento al cielo y otro al río que por ahora los dejaba trabajar, tranquilo el río, sólo espera una señal del invasor para levantarse. Habían puesto una rampa sobre el umbral de mármol y subían barriles, carretillas cargadas con cajas y bolsas de mercadería.

Antes de subir a la moto, Ma se puso un capote plástico transparente encima del vestido. Se sentó de costado, las piernas juntas, el brazo izquierdo alrededor de la cintura del hombre. Palpó la culata de un revólver. El hombre le agarró la mano por la muñeca y la puso un poco más arriba, sobre su pecho. Ella iba a decir algo pero arrancaron. Salieron en fila. Su moto era la última.

Viendo la casa desde lejos, la sorprendió la forma desprolija del agujero hecho por Milton en la medianera, la torre de la pieza de Vidal, alta, con su techo de chapa que reflejaba el gris del cielo y el brillo de los relámpagos, y cómo se iba achicando hasta convertirse en apenas un detalle, nada llamativo, del paisaje.

Las nubes, listas para descargar, dejó de verlas por los árboles y las plantas que cerraban el camino, un sendero oscuro de piedras, cruzado por hilos de agua que lo iban embarrando. Cada Nascate giraba la cabeza para comprobar que el de atrás lo seguía y lo saludaba con una sonrisa, una mirada o levantando la mano. Anudaban con

gestos semejantes la cadena de unidad familiar. A Ma le tocaba recibir la sonrisa de Beatriz, verla morderse el labio o arquear las cejas, y ella misma sacudía los dedos en el aire y sobreactuaba un uf. Si la moto patinaba o agarraba una piedra, una contracción fuerte y baja le hacía apretar el pecho del hombre.

La tercera o cuarta vez que le clavó las uñas en el pecho, el hombre empezó a ir más despacio. Las otras motos se fueron distanciando. Las últimas Beatrices que vio fruncían el ceño y asentían con la cabeza, o le mostraban una palma ambigua de esperá o te esperamos. Perdido hasta el ruido de sus motores entre el de los truenos, por la distancia, y bajo unas ráfagas nuevas de viento que agitaban las ramas y la falda de su vestido, el hombre y ella se quedaron solos.

Ahora, pensó Ma, dan la película de muerte que siempre tuve miedo de ver, y se agarró más fuerte contra el pecho del hombre. Era lo único que tenía. La película tan imaginada, repetida mil veces desde el día que llegaron al campamento, ya esperada casi, con su final de violación balazo barro mezclado con sangre y su cuerpo apagándose, yéndose de a poco por un agujero, y dejando de latir con el otro cuerpo adentro, no, esa mañana no la dieron.

En una curva brusca rompió bolsa. Si ya hubiera empezado a llover, no se habría enterado más que por los dolores. Sintió de golpe sus muslos empapados. El líquido tibio le chorreaba por las piernas, bajaba hasta la rueda y volvía a salpicarla con el barro del camino. Por un segundo pensó que era pis pero enseguida la contracción y ese dolor inconfundible, el grito que no retumbó en ningún tronco, en ninguna piedra húmeda, ella misma lo ahogó en su garganta, la cabeza tirada hacia atrás y los ojos abiertos viendo aparecer entre las ramas un parche de cielo y recién ahí el ruido de las primeras gotas de lluvia sobre las hojas mojándole la cara.